EDGARDO UBALDO GENTA

LAZARO

O

LA VOZ DEL ESPIRITU

Dos semanas decisivas
en la vida de Jesús.

EDITORIAL STYLO
MEXICO, 1955

PQ8519
.G33L43

LIBRARY OF PRINCETON
MAY 21 1980
THEOLOGICAL SEMINARY

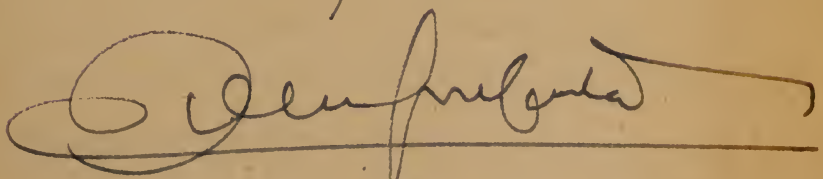
PQ8519
.G33L43

Gioo

A mi ilustre y querido
amigo
don Alfonso Mora Naranjo

Ofrenda y recuerdo de

[illegible]



Dic. 1955

GENTA
DUILIO 1414
MONTEVIDEO

LÁZARO

Es una obra espiritual y optimista, para un momento de materialismo y desesperanza.

Conteniendo su dilección por los temas americanos, Genta quiso abordar el de un momento cenital para la cultura a la que pertenecemos y alrededor de una historia que parece una alegoría.

Cuando las escuelas filosóficas, artísticas y literarias tienden, en su mayor parte, sin querer o de intento, a desorientar y aun a dividir al Hombre, la vida de Lázaro, surgiendo de la injusta oscuridad en que hasta hoy se mantuvo, tiene mucho de útil y bello que decir a quienes llevan sobre el alma una losa de timidez, duda, codicia, escepticismo, perversidad o desaliento.

LAZARO

O

LA VOZ DEL ESPIRITU

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/lazaro00gent

EDGARDO UBALDO GENTA

LIBRARY OF PRINCETON
MAY 21 1960
THEOLOGICAL SEMINARY

LAZARO

O

LA VOZ DEL ESPIRITU

Dos semanas decisivas
en la vida de Jesús.

EDITORIAL STYLO
MEXICO, 1955

Derechos asegurados conforme a la Ley.
Copyright 1955, Edgardo Ubaldo Genta.

Impreso en los talleres de la Editorial Stylo, Durango 290, México, D. F.

"Sólo sé que estaba entre los muertos, pudriéndome en las tinieblas, inmóvil frente a la lucha, vacío de espíritu, insensible a los reclamos del mundo, incapaz de sufrir; y que una voz me sacó a la vida, diciéndome: "Levántate y anda".

CONFIDENCIA AL LECTOR

Sorprende atestiguar que un personaje de la importancia de Lázaro en los acontecimientos decisivos de la vida de Jesús y de la historia del Cristianismo, sea casi ignorado por el mundo cuya cultura se asienta en el inmenso drama del que fué uno de los actores principales, el extraordinario hijo de Betania.

Nadie en su aldea natal hubiese sospechado que aquel tímido adolescente podría alcanzar renombre y trascendencia. Sólo Jesús supo descubrir la llama recóndita que abrasaría cien pueblos a lo largo del mar civilizador. Es más, Jesús afrontó singularmente por Lázaro la persecución, el martirio y la muerte.

Fué esa "segunda vida", la que no suelen mencionar los distintos cronistas de tan magnos hechos, la más llena de interés. Si la inocente y primera transcurrió en la quietud de Betania, la que motiva nuestro relato fué una incesante aventura hasta el fin de sus días.

Resulta curioso confirmar que cuantos estuvieron con o contra de Jesús, fueron cobrando extrañas vinculaciones con Lázaro, al punto que se aclaran y aun explican por él muchas figuras que aparecen sin enlace ni desarrollo en los mismos textos bíblicos, y se nos descubren otras que, de no ser ajenas a su misterioso influjo, permanecerían por siempre en la oscuridad irredimible.

A muchos lectores esta fiel narración les parecerá una novela. Para nosotros se trata simplemente de una Historia de Lázaro.

Es otra la inquietud que nos acucia.

Más de un lector, notando la profunda diferencia entre nuestro héroe y ciertos personajes develados recientemente por famosos escritores, podrá creer que procuramos oponerlo al descreimiento y pesimismo que aquéllos destilan. Pero confesamos que nuestra pretensión fué bien modesta, no obstante reconocer que más hábiles

relatores habrían sabido obtener de cuantos informes pudimos reunir sobre la vida de Lázaro, resultados provechosos contra el materialismo y la desesperación que llenan la literatura de los últimos tiempos.

E. U. G.

1

LLEGA UN GRIEGO A BETANIA...

En las últimas jornadas del largo camino de Menfis a Jerusalén avanzaba el griego Milo a la cabeza de su caravana de cien camellos cargados de esencias, objetos de arte, alhajas, telas y otras preciosidades que había podido acumular en Alejandría y las poblaciones a su paso por el bajo Nilo, para surtir a sus ricos clientes de Judea y abastecer los agotados almacenes que tenía en Jericó, donde su bazar era el preferido por la gente de Herodes, cuyos régulos, princesas, opulentos huéspedes y aún sus vasallos, solían exigirle perfumes y joyas, esculturas y tejidos de Egipto, Arabia, Persia, Hélada y otras distintas regiones del mundo apenas conocido.

Iba de prisa, porque se acercaba el mes de Nisan y pronto la capital de Judea rebosaría de peregrinos. Pero la herida de dardo que recibiera en un hombro, lidiando con bandidos árabes al atravesar el desierto de Edom, se le había puesto tan mala que agotado y febril llegó a caer de su montura; por lo cual dos fieles servidores cerraron entre sus camellos el más brioso del querido señor y lo condujeron casi entre sus brazos.

Por fortuna, antes de que viniese la noche consiguieron alcanzar el valle de Josafat y, dejando a su izquierda la populosa Jerusalén, subieron a Betania, en cuyos aledaños el noble judío Zachú tenía grandes depósitos y establos. En aquella aldea y en el hogar de sus mejores amigos, aunque demasiado cerca de la poderosa capital, pensó que hallaría la paz y los cuidados que mucho necesitaba.

Un guía se adelantó a llevar la nueva del arribo; y pronto el único hijo de Zachú, Simón, llamado el Rico, llegó al galope de su hermoso corcel a la vasta propiedad, donde ya los camelleros descargaban sus bestias. Y dando al mayordomo rápidas y precisas órdenes para la custodia del bagaje y el bastimento de los conductores,

se llevó al muy amado Milo, para alojarlo en la mejor habitación de su hogar.

A pocos pasos de la casa de Simón estaba la de Lázaro, quien fué con sus hermanas, Marta y María, a ver al griego, turbada la alegría que les daba siempre tan dilecto visitante por la preocupación de su estado de salud. De modo que todos se consagraron a cuidarle, de acuerdo a las instrucciones de un vecino centenario y lleno de sabiduría, con tales cariño y acierto que a la otra mañana, cuando vino de Jerusalén el médico de la familia, lo halló sin fiebre y sólo tuvo que aconsejarle que guardara quietud por una semana, más otra sin exponerse a los rigores de un viaje.

LA CASA DE LOS LÁZARO...

Como Zachú era muy anciano y le aumentaban los achaques desde la muerte de Sara, su admirable mujer, y hermana de la madre de Lázaro, Simón debió multiplicar afanes y bríos para atender los muchos y grandes intereses de su casa y la de sus primos, unidas desde la mocedad de sus fundadores; porque Lázaro, huérfano de padre y madre desde muy niño, si bien era ya más mozo que adolescente, le faltaba vigor y padecía extraños males nerviosos, de suerte que se le evitaban las menores inquietudes, sostenida su existencia por la ternura de sus hermanas y la protección de su primo, en un reposo que apenas entretenía el diálogo, la contemplación y el ensueño.

Además del vínculo de sangre, Simón tenía otro poderoso motivo para mirar como suya la casa de Lázaro, desde que se había enamorado de Marta, la madrecita de aquellos dos hogares, tan activa, enérgica y valiente como Simón; y pensaban unirse en matrimonio para el mes de Jaír, una vez que pasasen las preocupaciones de la Pascua de aquel año, el décimo octavo del imperio de Tiberio César sobre el mundo.

En cuanto desaparecieron los temores de que Milo se agravara, Lázaro lo hizo conducir a su vasta habitación, porque tenía gusto y tiempo para consagrarse al exquisito griego; de modo que pasaban

muchas horas juntos, acompañados por María, tan feliz como Lázaro de gozar las pláticas del ilustrado huésped.

Descansando en finas pieles de cabra que extendían junto a los lechos, ambos jóvenes deseaban lo mismo: que aquel accidente aconsejase al griego, mejor que las palabras, a dejar por fin su vida de aventuras para asentarse entre los tranquilos naranjales de Betania; y así podrían disfrutar sin término de los muchos conocimientos y las extraordinarias experiencias del admirado camellero.

YA SE NOMBRA A MAGDALENA...

Era Peleo hombre de edad madura, oriundo de Milo, y la gente prefería, al nombre del genitor del gran Aquiles, llamarlo por el de su isla natal, famosa por la belleza de sus mujeres y el genio de sus artistas.

De joven se estableció en Chipre y después cruzó el mar en barcas del fenicio para ir, en excursiones comerciales por las colonias griegas de la Decápolis, extendiendo más y más sus audaces y afortunadas correrías a lomos de mulas, camellos, borricos, caballos y también elefantes hasta las costas del Mar Rojo al sur, el Golfo Pérsico, y por el norte, las del célebre Helesponto.

Al encanto de sus descripciones de países y costumbres, matizados de toda suerte de anécdotas y relatos de peligros, añadía el embrujo de lo fabuloso y lo quimérico, con tales elocuencia y gracia que la fantasía de los jóvenes volaba en pos de sus recuerdos y visiones, por el reino sobrenatural. Y como si todo aquello no bastara, acudía a la historia, versado como era en efemérides y anales desde los días de Herodoto a las conquistas de Cayo Julio César, sin omitir las crónicas de los faraones y reyes persas, del primer Radamés al último Darío; con las hazañas de Alejandro por el corazón de Asia persiguiendo el fantasma de una dicha y un poder inalcanzables. Y aun le quedaba el arsenal de las descripciones de los juegos y las olimpíadas, de los combates y sus tácticas, de las virtudes cívicas y sus grandes ejemplos, de la filosofía y sus ilustres precep-

tores, de la religión y sus templos innúmeros, del arte y sus obras maestras; desfilando de la Acrópolis al Coliseo, de las terrazas de Milo a los jardines de Babilonia. Hasta tenía informes de la creciente ciudad de los megáricos, que soñaba sobrepujar la grandeza de Roma. Y acudía al recurso de maravillas cercanas pero desconocidas para ambos adolescentes, en la Cesárea de Filipo y en la de Jericó de Antipas. Por último y como buen griego, convocaba a las Helicónides, recitando pasajes de la Odisea que, con los aforismos y diálogos de Sócrates, eran a su entender la expresión máxima de todo lo creado.

Pero había otra causa no menos poderosa que los talentos y las cualidades en la magia que ejercía el griego sobre el espíritu de los jóvenes; y era la seducción de Magdalena, hija única de Milo, a la que llamaban "la rosa de Jericó", porque allí nació la niña en el solo período completamente feliz de la agitada y azarosa existencia del heleno.

El nombre Magdalena se lo dió Peleo en homenaje a Juana, su primera esposa y madre de la niña, oriunda de Magdala.

La encantadora Magdalena tenía diez y nueve años, la misma edad que Lázaro, y era muy parecida a María, sólo dos años mayor. Ambas jóvenes lucían esbeltas y delicadas; Magdalena con largos rizos de oro brillante, contrastando con sus pupilas oscuras; y María, el cabello menos rubio, suelto en ligeras ondas y los ojos verdes, también soñadores.

Cuando Milo venía directamente de Jericó a Betania por negocios en Jerusalén, solía llevar a Magdalena a casa de Lázaro y entonces vivían horas inolvidables bajo los naranjos y limoneros del huerto, o en excursiones llenas de emoción por los aledaños cerriles y pintorescos, entre los cándidos pastores y labriegos, asistiendo a los trabajos de la mies o la vendimia. Allí la hija de Jericó olvidaba con espontáneo contento el oropel de la ciudad cortesana, mostrándose en su natural predilección por las cosas simples y puras; de manera que la dormida agua de alberca podía correr ahora libre en cantarino y dulce manantial.

SÓLO FALTA JESÚS...

—¿Sabéis lo que pienso? —dijo Simón, llegando con Marta, momentos antes de la comida general, a la muy pulcra y bien iluminada estancia, donde Lázaro y María se hallaban suspensos de los labios de Milo.

—Como siempre, lo mejor —contestó Lázaro, que admiraba a su primo tanto como le quería.

—Pienso que ha llegado para nuestro noble huésped la gran hora de detenerse a reposar, sin preocupaciones de reemprender la marcha; de quedarse definitivamente en nuestra casa, así rodeado de atención y cariño.

—¡Eso! ¡Eso!

—¡Se lo propusimos ya!

—¡Qué gran maestro sería para los jóvenes, no de la intranquila y refinada Jericó, sí de la serena y juiciosa Betania!

Los hermanos rieron y palmotearon; mas sobre el rostro del griego, que los miró con gratitud, vino a cruzar la sombra de un pensamiento triste.

María propuso, observando el efecto de sus palabras en el dulce hermano:

—De ese modo también Magdalena compartiría nuestra felicidad interminable.

Lázaro se sonrojó, agregando en seguida:

—Para que nuestra dicha fuese total y maravillosa, sólo nos faltaría agregar a ese cuadro la divina presencia de Jesús...

LÁZARO DISPONE POR PRIMERA VEZ...

Habían conocido al profeta de Nazaret el año anterior.

Fué la tarde de un día caluroso del mes de Elul. Se hallaban ante los grandes establos, que alojaban ahora los camellos de Milo. Una borrica vieja, que los había llevado en sus lomos cuando niños, y tan mansa que entraba a las habitaciones en busca de alimentos y mimos, había dado a luz un precioso borriquillo, y les hacía mucha

gracia verla cuidar, con belicoso e inusitado recelo, aquella última flor de su vida.

Como les llegara un eco de clamores, se asomaron y vieron que descendía la cuesta del otero un grupo numeroso de gente tan feliz que parecía un cortejo de bodas. Amigos de la vecina aldea se adelantaron para informar a Simón:

—Es el vidente de la nueva edad, que llega con su corte de esenios.

—¿No has oído de él? Lo llaman "Hijo de David".

—Son galileos, que van a Jerusalén y desean pernoctar aquí.

Simón frunció el ceño. Desde las convulsiones provocadas por la invasión de Alejandro, la Galilea venía perdiendo su pureza racial, y con las características exteriores del pueblo elegido, el carácter indómito de Judá e Israel, más la fidelidad a las tradiciones y el Talmud. Simón palpitaba orgulloso de la misión suprema de su estirpe, guardaba con celo las costumbres del pueblo y nada creía bueno a partir de su límite con la Samaria. Así que respondió:

—¿Profeta y galileo? ¿Habláis en serio?

Cuando volvieron a levantar la vista quedaron atónitos. Delante de ellos se había parado un hombre en la plenitud de la edad y nadie tuvo duda de que aquél era el santo. Su elevada y esbelta figura revestida totalmente de blanco, se destacaba sobre el oscuro ropaje de su corte reverenda. La barba era rubia y pequeña. El cabello color castaño con reflejos de oro, liso y partido en dos sobre la armoniosa cabeza, caía luego en ondas sobre las espaldas. La piel y los rasgos eran delicados, la mirada azul y profunda, el gesto grave. Un influjo extraño y poderoso emanaba de su majestuosa presencia, y no se sabía si era la tierra la que se alzaba vestida de blanco o una aparición celestial la que descendía para rozar el suelo.

Lázaro lo vió hermoso como un arcángel y espectral como el pálido lirio de sus valles. Por la mente de Simón desfilaron en un segundo los mayores profetas: Moisés tirando de la espada, David impulsando su honda, Jeremías lanzando sus lamentos, Isaías blandiendo el cayado; y hasta Juan, el último, cubierto de pieles y alzando el Jordán entre sus puños, más de amenaza que de bautismo. Pero ninguno se parecía a aquél, de blanco manto sobre la blanca

túnica, los brazos lánguidos y las manos abiertas. Se hubiera dicho más un cordero transfigurado en hombre que un capitán de Jehová, libertador a sangre y fuego por el que tanto suspiraban Israel y Judá bajo la férula de Roma.

Se veía que llegaba fatigado. Al levantar suavemente las palmas, exclamó:

—La paz sea con vosotros.

Uno del coro, de barba y cabello poblados y oscuros, de tosco pero noble continente, agregó:

—Soy Pedro de Genesaret, discípulo del Rabí, igual que éstos, mis hermanos. ¿Nos queréis alojar por una noche?

Antes que nadie pudiera responder, se desprendió del grupo de galileos, otro, bajo, grueso, lampiño, que apretaba en sus manos un bolso de piel, diciendo:

—Soy Judas de Keriot. ¿Cuántos denarios nos cobraréis por dejarnos dormir donde tus bestias?

Entonces fué cuando Lázaro, habitualmente tímido y callado en público, se adelantó con gran sorpresa de sus hermanas y especialmente de Simón, para proclamar, dirigiéndose al que llamaron Rabí:

—Hijo de Dios; nuestro hogar es tuyo y mi lecho, tu lecho. Sólo las nubes merecían orlar tus pies, pero deshojaremos, mis hermanas y yo, las más bellas rosas que se cultivan en Betania para alfombrar la senda de tus pasos.

—¡Oh, sí! —dijo María, aunque bajando los ojos y la voz.

Como el apocamiento habitual de Lázaro mucho inquietaba a Marta y también a Simón, éstos se miraron alegres y satisfechos de que por vez primera aquél ejercitase su voluntad. De modo que lo dejaron hacer. Y tomando el mancebo una mano del Rabí, quien dió la otra a María, subieron todos a Betania; alojándose los doce del coro que iba en seguimiento del santo, en la casa de Zachú; mientras que el llamado Hijo de David aceptó complacido la hospitalidad de los tres hermanos, de manera que podría gozar de quietud y silencio, dos bienes que dijo amar y al alcance de todas las criaturas, menos de él. Estas palabras y el aire de tristeza, impresionaron tanto a Lázaro que rogó a Simón que ofreciese al Rabí

también su huerto en el monte de los Olivos, sitio de paz absoluta y maravillosa, y verdadero mirador sobre Jerusalén; a la vez que convino con sus hermanas que por los días que disfrutasen de tan noble presencia, se comiese con el máximo sosiego y en la más dulce intimidad, eligiéndose para ello el último gran salón, sobre el peristilo del huerto, al que llegaba la frescura de la alberca y el perfume de los azahares y las rosas.

SIMÓN MIRA A JESÚS CON RESQUEMOR...

Jesús se halló tan a su gusto en el seno de aquel hogar, que permaneció en él varios días, para gozo de su alma y descanso de su cuerpo, pues venía muy agotado de viajes por toda Galilea, predicaciones en plazas y caminos, disputas con escribas y fariseos presuntuosos, en el pórtico de los templos y en el recinto de las sinagogas.

Simón miraba al llamado Nazareno con íntimo resquemor, procurando esconder a los seres más queridos tan ingrato sentimiento, acentuado al ritmo en que crecía la devoción de los tres Lázaros, como se les llamaba en el pueblo; en un conflicto sin salida por su forzado disimulo, para no ocasionarles pena; con el remordimiento consiguiente de ocultar por primera vez, sobre todo a un espíritu tan recto como el de Marta, el disgusto contra Jesús que le fluía irreprimiblemente.

Simón, al revés de Lázaro, era de complexión vigorosa, carácter vivo y enérgico. Su alma noble descansaba en el fondo de roca de su linaje, de absoluta pureza judía, reflejada en los rasgos fisonómicos, en el cabello y la barba rojizos y hasta en la intensa pigmentación de la piel. Severo en lo tocante a la doctrina y formalidades de sus preceptores, rabinos de Jerusalén, no sólo veía en Jesús y por los comentarios de sus propios discípulos, a un revolucionario hasta el límite de la apostasía, sino que su presencia en el hogar común ya alteraba en cierto modo la conformidad y el gusto en que vivían.

Ahora los hermanos Lázaro no se inquietaban de su ausencia, que extendía de intento por las tardes; ni lo asaltaban con pre-

guntas y mimos a su regreso de las haciendas, plantaciones y almacenes. Por el contrario, luego de recorrer en soledad la calle mayor de Betania y deslizarse en silencio por el pasillo de los dormitorios, veía a Jesús en la gran sala, sentado en el triclinio de honor, que no se ocupara desde la muerte de Amasías, el venerable padre de Lázaro. Sus primos apenas levantaban los ojos para sonreírle y los volvían otra vez hacia el divino Maestro, que tal era el título que ahora le daban. La hermana mayor, más hacendosa que de costumbre, atendía al huésped primacial como a un rey en su trono. Si con una excusa, humillante y dolorosa por falsa, Simón se apartaba de allí, era para confirmar que los vecinos de la aldea y los servidores de sus fincas estaban, en ése y en todo momento, rodeando a alguno de los discípulos de Jesús, modo indirecto de adorarlo a él. Aquello era insufrible. ¿Qué conmoción no ocasionaría sobre el resto de Judea la doctrina del Nazareno, si en cada localidad producía las turbaciones que en Betania?

¿QUÉ PODÍA UNIR A JESÚS CON LÁZARO?...

Aquellas horas de gozo y deliquio en casa de los Lázaro solían interrumpirse por las excursiones del Rabí hacia Jerusalén y los pueblos circundantes. Pero cuando regresaba al huerto de los Olivos o al hogar de Betania parecía otro, por el gesto triste y aún de cólera que traía de sus disputas en el pórtico de Salomón, sus admoniciones al desierto de las almas petrificadas en la rutina del culto, la visión de los mercaderes en los lugares sagrados, los sacrificios y las oraciones espectaculares y sin emoción, el atuendo de las formalidades sin contenido, y que él condenaba sin ambages y hasta con frenesí. Del cielo de sus ojos partían como relámpagos y su voz amenazaba destruir de un solo golpe terrible, en un rapto de indignación de su divino padre, que era el mismo Dios, el templo de su raza y el orden de la tierra.

En estos dramáticos momentos nadie osaba, ni siquiera sus más cercanos apóstoles, ofrecerle motivos de distracción y calma; tanto reconocían la superioridad inaccesible de su dolor y su justicia, que se hundían, como las cimas de las montañas, en la sole-

dad augusta de los cielos. Sentados en semicírculo entre las peñas del Olivar, el rústico concilio lo contemplaba callado, intuyendo los arrebatos de Isaías ayer y del Baustista hoy, mil veces preferibles a la meliflua y confusa recitación de los doctores de la ley; pero no obstante recogidos y temblorosos como a la espera del rayo. La vista de Jerusalén, con sus techos de oro y sus bastiones de piedra, hacía más impresionante la sublime tempestad en el alma del Galileo.

Pero he aquí que se le acercaba Lázaro, el temeroso, el pusilánime Lázaro, con la audacia inconsciente de los niños y los enajenados. Se ponía de rodillas delante de Jesús y le alzaba sus ojos celestes, ingenuos, puros hacia la mirada colérica; y tendía sus manos pálidas, casi traslúcidas, entre los ademanes iracundos... ¡Oh, estupor! Jesús no tardaba en callar y dulcificarse; pronto sonreía.

¿Qué influjo de amor, qué profunda unidad de corazones podía existir entre aquel gigante en portentos y el suave adolescente; entre el huracán y el céfiro? ¿Qué lazo espiritual podía estrecharse entre el Hijo de Dios y el del Hombre? Si ante el Rabí se abatía la bravura del León del Desierto, como decían a Juan, ¿cuál era el secreto de este pobrecito de Lázaro, para ejercer tamaño imperio? Era lo que se preguntaban los discípulos, los vecinos, que descuidando sus labores venían a observar al profeta y hasta Simón, que desde lejos o en la penumbra custodiaba celosamente los pasos de su primo hermano, del que se sentía responsable y único protector.

NO CREÍA EL GRIEGO MILO EN DIOS ALGUNO...

Ahora, cuando los tres hermanos y Simón rodeaban el lecho donde Peleo de Milo se restablecía de sus males, había transcurrido el trimestre invernal sin que Jesús se acercase a la aldea de su dilección; por lo cual Lázaro se hallaba intranquilo. Tampoco veía a Magdalena desde la última fiesta de los Candelabros, aunque la presencia del griego era un anticipo de la dulce hija de Jericó, que había heredado no pocos signos del rostro y las maneras de su padre.

En lo atinente a Jesús, Milo informó a los jóvenes que, según las alusiones de clientes y amigos, debía hallarse por la Galilea, no siendo presumible que se aventurase hacia Jerusalén, donde tenía muchos y poderosos enemigos, hasta la fiesta de los Tabernáculos. Por éstos y otros testimonios llegaron a convencerse que el renombre del Nazareno crecía con el paso de los meses. Empero confesó Milo que no lo había visto nunca, ni creía en dios alguno que pudiese caminar sobre la dura tierra. La misma Magdalena, que simpatizaba con el Bautista, no había podido ayudarle a levantar la pesada losa bajo la que yacían los dioses que fueron de sus padres. En las muchas, extensas y sugestivas aventuras de su caravana por las costas del mar Egeo, desde la Fenicia a la Paflagonia, y luego por el interior, del país de los Khitas a Babilonia, Susa y Persépolis, habían concluido por dejarlo sin emoción alguna los muchos templos con divinidades diferentes, credos semejantes y en pugna; con un sacerdocio siempre implacable. ¿Quién podía ser, al cabo, este Jesús, sino una más entre las innumerables columnas que sostenían el inmenso Parthenón de los delirios humanos?

No obstante esa incredulidad y acicateados por el pensamiento de que ayudaban a Magdalena, tanto Lázaro como María se deleitaban en describir a Milo la figura del nuevo salvador, no sólo de Judá o Israel, sino de los fabulosos países que el griego les acercaba en sus pintorescos relatos. No serían ninguno de los dos hermanos, tan ignorantes y débiles, los que podrían convencerle de las gracias del divino Maestro, sino sus propias y sublimes palabras, más los hechos prodigiosos que brotaban del manantial de su espíritu. Pero el sabio amigo sonreía oyéndolos, con esa duda sosegada de los escépticos que por centenares recorrían la Decápolis. Hasta que al fin exclamaba, con irónica dulcedumbre:

—Quien vió caer toda la corte de Júpiter, con sus mil deidades y potencias y genios, desde la cima del Olimpo y el pedestal de la Acrópolis ¿podrá creer que subirá una sola, y nada menos que sobre las peñas del Olivar?

Este modo de expresarse no podía sorprender a los Lázaro; pero sí les impresionó la súbita e inexplicable alegría de Simón

al oír tales palabras. Este sintió vergüenza de tan menguado sentimiento y procuró alejarse al punto, alegando ocupaciones en las tierras de cultivo, porque avanzaba la primavera.

Ya salía Simón, cuando lo contuvieron estas graciosas alusiones de Milo, dirigidas a Lázaro:

—Más que con tu viejo amigo, sé con quién volarías gozozo a ese cielo de ángeles que te promete Jesús...

—¡Con Magdalena! —exclamó María.

Todos rieron alborozados; más que todos Simón, al ver que el rostro de Lázaro se ponía tan encarnado como las rosas de púrpura traídas de Jericó y que acababan de abrir en el abrigo del huerto.

2

EL VIEJO ZACHÚ OFRECE UNA IDEA...

A pesar de los cuidados que se le prodigaban y las frecuentes visitas del afamado médico, Milo se restablecía con lentitud, en vista de lo cual empezó a preocuparse por la suerte de sus negocios, con la caravana detenida en la aldea.

Simón, transcurridos los primeros ocho días de la estada del griego, dió aviso a Raquel, la segunda esposa del camellero, sobre el motivo que lo retenía en Betania. Pronto aumentó la alarma del herido, por cuanto la respuesta vino de Selencio, mayordomo de su bazar, quien le hacía saber que aquélla se hallaba con Magdalena en la corte de Herodes Antipas, en la ciudad fortificada de Maqueronte, desde donde le reclamaba con insistencia nuevos y mayores envíos de valiosos productos agotados en los almacenes de Jericó. Por último le suplicaba que lo autorizase para ir personalmente a Betania con una escolta, para informarse mejor del mal de su dueño y hacerse cargo de la caravana, precavido de los muchos bandoleros que merodeaban por aquellos parajes.

La indecisión y aun la angustia cundían en el ánimo del griego, cuando Zachú dió el consejo que aguardaba ansiosamente Simón. La caravana se pondría en marcha sin demora, a las órdenes de su intrépido hijo. Los camellos disponibles por los buenos negocios realizados esos días en Jerusalén, se cargarían con los productos de las dos familias: vinos, aceites, pasas y alfarería, como se hiciera de costumbre; agregándose algunas carretas para el excedente.

Esta idea les volvió el contento. La misma Marta, que no hubiera mirado con buenos ojos la partida de Simón hacia una ciudad tan llena de tentaciones como Jericó, famosa también por la hermosura de sus livianas mujeres, se alegraba sin recelo, porque su prometido esposo había resuelto hacer el viaje en compañía de Lázaro, a fin de que el mancebo comenzase a adquirir a su lado otra conciencia

del mundo. De modo que no sólo la presencia del inocente reforzaría el decoro de su experimentado protector, sino que la temeridad de éste y su menosprecio de los peligros del trayecto se moderaron al extremo de aceptar que fuesen con ellos una escolta de servidores muy probados en su fortaleza y su valor.

MAGDALENA SE DEJABA QUERER

De no habérselo reclamado Simón, Lázaro nunca se habría separado de sus lares. Su conocimiento se limitaba a unas pocas aldeas circunvecinas y a la parte de Jerusalén donde se alzaba el templo. Cuando las grandes ceremonias, se le hacía angustiosa, insoportable la sensación de multitud y sentía ahogo marchando por las estrechas vías de la ciudad sagrada, entre sus apretados e imponentes edificios.

La madre de Lázaro murió medio loca, como consecuencia de haber sufrido una terrible emoción. Viajaba la pobre con su esposo cuando los sorprendió una súbita tormenta, cayendo un rayo que fulminó la cabalgadura de Ana. Y aunque el accidente no lastimó su cuerpo, la sensible mujer vivió desde entonces en constante melancolía, terminando su padecer en histerismo. Pudo concebir a Lázaro, pero no amamantarlo, porque se agotó rápidamente. Y como todos creyeron que el niño heredaría sus males, lo criaron con exagerada solicitud, en continuo sobresalto de Amasías, ante la idea de perder a su único varón.

Muerto también el padre y llegado Lázaro a la adolescencia, empezó Marta a comprender las preocupaciones de Simón, que deseaba libertar al mancebo de la invalidez moral a que lo tenían reducido.

De ahí que la familia vió llegada la gran ocasión de ejercitarle las fuerzas. Mas Lázaro no sentía temor alguno, porque confiaba ciegamente en su primo. Aquella era, además, la aventura de su primer amor, la esperanza de ir hacia Magdalena hasta el mismo cielo de sus esplendores. En la exaltación propia de su índole e inocencia, la sublimaba hasta el confín de lo sobrenatural, en un reino de los ángeles.

El no estaba muy cierto de que la joven conociese la magnitud de su pasión, aunque vivía proclamándola. Se imaginaba que el universo no tenía los suficientes oídos para alcanzar su extraordinario secreto. De lo que estaba bien seguro era de que nunca podría confesar abiertamente a Magdalena que era ella el objeto de sus insomnios, éxtasis y delirios. Para eso se prestaba muy gustosa la hermana menor, su confidente máximo, fiel espejo en el que su alma podía contemplarse con absoluta claridad.

En las cortas visitas de Magdalena a Betania, Lázaro aguardaba el momento en que María se acercaba hasta su lecho a desearle una noche feliz, para decirle lo que había pensado y removido mil veces en la extensión de la contemplativa jornada:

—Procura que Magdalena se acueste con mi pensamiento. No le digas que la adoro, pero aunque bien sé que no las merezco, díle cosas bellas de mí. Mírame más y llévale mis ojos; y en ellos, mi alma, que es suya.

—Tranquilízate, hermanito. Le diré eso y mucho, mucho más.

En su candor él no hubiera sabido manifestarlo todo. Durante el día, en sus paseos por los aledaños, Lázaro le recitaba a Magdalena pasajes muy poéticos de las antiguas escrituras, como los Salmos de David, y que sabía de memoria; esa memoria prodigiosa heredada de su madre. También la distraía con sus ensueños, mezcla de lecturas de poetas judíos y árabes con sus propias ansias, en las que actuaban genios del mundo y seres divinos, héroes y profetas, asistidos por coros de espíritus y bandadas de serafines...

Magdalena se dejaba querer, hondamente impresionada por aquel frenesí candoroso, rubor de la aurora, primavera del corazón; no pudiendo precisar si le correspondía más lejos de un fraternal cariño; porque si respirando la serenidad de Betania olvidaba los embrujamientos de Jericó, al volver a la pompa de la ciudad de Herodes y al cortejo de Salomé, sentía la seducción avasalladora de la brillante guardia, la refinada progenitura de los fastuosos mercaderes y cuantos más constituían la juventud áurea y palatina; judíos y griegos, persas y sirios, que frecuentaban el bazar de su padre, más que en busca de perfumes y joyas, para admirar, entre indiscreciones y osadías, los encantos velados de Magdalena y los más provocativos de Raquel, su bella madrastra.

LÁZARO CORRE A SU PRIMERA AVENTURA...

En uno de los últimos días de Ve-Adar, fin del año hebreo, la caravana dirigida por Simón estuvo a la vista del portentoso valle de Jericó. Se destacaba de lejos la red de caminos y canales, irradiando como rayos de un sol desde su foco de poderío, belleza y cultura; gran oasis entre las regiones desérticas, cerriles e inhospitalarias que lo circuían.

El viaje no pudo ser más feliz. Apenas si tuvieron una escaramuza al atravesar el desfiladero del torrente, con algunos nómades osados. Pero Simón, ardiendo en ímpetus, dejando la caravana al ritmo de los bueyes, se adelantó con su escolta de caballeros armados con lanzas y flechas; y entonces los bandidos se abrieron en varias direcciones entre el roquedal, luego de ver que la columna era tan importante como bien defendida.

—¡Huyen! —exclamó Lázaro con alborozo. Pero el anciano boyero le expuso su temor:

—Es táctica peligrosa del hombre del desierto. Separan a sus enemigos para llevarlos de a pocos y sucesivamente a donde tienen apostados a los más y mejores de la hueste.

Lázaro, temeroso de que así ocurriera, quiso hacer algo y no supo qué, si gritar al primo que regresara o pedir a un camellero que corriese a contenerlo. Pero aquél estaba demasiado lejos y los conductores eran los más ancianos. Por otra parte, al ver el efecto de su imprudente confesión, el boyero dijo:

—Tranquilízate. Cuando la providencia está en camino, ¿quién osa contrariarla?

El alazán de Simón partía ahora como una flecha tras de un árabe que, envuelto en su flotante albornoz y montando un ligero tordillo, parecía una nube que se llevaba el huracán y sobre la que, a modo de relámpago, fulgía la cimitarra enhiesta y amenazadora.

Con notable instinto y corriéndose de flanco el valiente que guiaba el alazán puso al fugitivo en trance de ser alcanzado por la senda libre o escapar por entre los peligrosos montículos de roca. El árabe optó por lo último, revolando por entre las piedras como un águila del desierto. Mas el bruto que montaba debió de haber cla-

vado una mano entre las fatales hendiduras, porque dió una vuelta sobre sí y fué a desnucarse contra la cornisa de basalto, tras de la cual se perdían sus compañeros de la algara. El beduino, con pasmosa agilidad, cayó de pie, corriendo breve espacio en dirección al alfanje que había botado hacia adelante y cuya empuñadura agitada por la violencia del impulso, le pareció a Lázaro un índice que surgía de la arena para decir al árabe que "no". Eso había pensado porque el caballero sin montura flaqueó, rodando sin alcanzar el arma, en el instante preciso en que se abatía sobre su desvalimiento el erguido Simón tras magnífico salto, en un puño las riendas y en el otro la espada, inmovilizando y rindiendo al árabe caído.

Lázaro respiró hondamente. De la caravana se alzó un clamor de júbilo y victoria. Los jinetes de Betania volvieron grupas y cerraron sobre el campeón de la refriega. Alguien se ofreció para degollar al árabe, que era muy joven, evitando preocupación y custodia. Se opuso Simón, más que por repugnarle sacrificar a un vencido, porque ya estaba Lázaro junto al yacente y lo incorporaba con su apoyo.

Simón dijo entonces:

—Atadlo sobre un camello y volved a la columna.

En seguida agregó:

—Lo entregaremos a la guardia de la ciudad.

APARECE JERICÓ CIUDAD DE HERODES

Lázaro iba en la mejor carreta, recostado entre sedosas pieles y recubierto de una buena manta. Todo tenía para él su encanto, su novedad o su sorpresa. Y aunque el trayecto era de unos cien estadios, parecía más extenso por lo fragoso y arriesgado, máxime para quien dejaba por primera vez la perspectiva de la aldea y el paisaje de los huertos.

La sucesión de lo nuevo le aumentaba el interés del espíritu. Aquí era un animal desconocido o apenas imaginado, que brotaba de pronto entre las piedras y escapaba por el suelo o el aire; allá extraños hasta el absurdo; más allá bellos hasta lo maravilloso. O eran árboles y plantas originales, en redor de claros pozos o sobre las capas de insólita humedad. Más lejos lo extasiaba la variación

y policromía en las formas de las dunas y el cielo, de un panorama móvil y cambiante. Y hasta en la caravana, las continuas e imprevisibles incidencias creaban necesidades cuyas soluciones matizaban de gracia, ingenio, energía, los problemas del trayecto. Ese viaje bien podía ser como el símbolo de la vida, de su vida. Eso le expresó el anciano.

Inesperadamente al joven se le ocurrió decir:

—Venerable amigo: algo me afirma que mi ayer en Betania, entre la quietud y el regalo, fué duración y no vida.

—Piensas bien, ¡oh hijo y señor mío! Has hecho tu mejor hallazgo. No la vida segura y tranquila, sino la de movimiento y azar es la verdadera y dichosa. Si no, acuérdate de Semíramis, hace seis siglos emperatriz de Asiria. Creyendo ella que defendería mejor de los muchos peligros sus inmensos tesoros, hizo rodear a Babilonia con doble recinto de enormes murallas y su palacio de seis otros cercos almenados, más un último de cien codos de altura y de tal ancho que se pudieron coronar de jardines, los que parecían milagros aéreos. Pues bien, una vez concluida toda esa armadura, hallóse tan estrecha en su prisión de gloria, que enfermó de melancolía, envidiando secretamente a los humildes pastores y peregrinos que conseguía divisar desde su altivo torreón, reconociendo en aquéllos a los reales señores de la tierra... ¿Acaso tu primera salida te revelará que la vida es, o debe ser, la constante y la mayor aventura?

—Gracias, abuelo, por tu sabiduría, que es tanta como tu bondad.

Mientras que avanzaban, el anciano boyero complacía la curiosidad de Lázaro, explicándole los pormenores de la geografía de la región, que se enlazaban a su historia. Aquel valle fué de la tribu de Benjamín y era célebre por sus palmares y jardines que diseñaba el horizonte, alzando al cielo oriflamas de nubes guarnecidas de sol.

—¿Y esa hondonada?

Por ahí corre un tributario del Jordán y su lecho sirvió de fosa al baluarte de los jebuseos, cuyas murallas se derrumbaron con sólo pasear el virtuoso Josué el Arca Santa con las potestades de Jehová, al son de sus trompetas y al himnario de sus aedos.

—¿Y aquellas torres en la ciudad, que dominan el friso de piedra?

—Son del castillo y el frontal del palacio del rey Herodes.

—Parecen gigantes curiosos que se asoman a observar a los viajeros que llegan.

—Ya se dominan los terrados de las principales mansiones, tan bellas y ricas, que Jericó compite con Jerusalén la primacía del fausto.

Llamó la atención de Lázaro una línea de altas sierras hundiéndose en la dirección del Mar Muerto.

—¡Ah, joven! Aquél es un lugar terrible y maldito. Se llama Desierto de Engadi; más bien cubil de hienas que escondrijo de malvados.

—¡Engadi! ¡Pues allá vivió Jesús cuarenta días!

—¿Jesús, el esenio?

—Sí, abuelo. Y por el relato que Jesús me hizo de su permanencia en esa boca del infierno, diría que la conozco, espino sobre piedra.

Simón, que regresaba de atender a un conductor accidentado en el fondo de la columna, apareando su cabalgadura a la carreta, terció exclamando:

—¿Engadi? Por lo que sé del páramo, ninguno de nosotros podría durar ahí más de unas horas.

—Perdona, bizarro Simón, pero sin ánimo de contrariarte, digo que somos los judíos un pueblo extraordinario, que crece mejor con la dificultad y el sufrimiento. Es precisamente del erial que brotaron sus flores más bellas y sus manantiales más puros.

—Me conmueve y halaga lo que afirmas, respetable anciano.

—No soy yo, ¡pobre de mí!, sino que es la historia la que habla.

—Me encantan las empresas y glorias de nuestra invencible nación desde sus remotos orígenes.

—Recordemos a Abraham entre los caldeos y asirios, del Nilo al Eufrates, venciendo a todos en hazañas que llenarían cien pliegos, a unos con la espada de su mano y a otros con la de su boca. Pensemos en Moisés, superando astucia y poder de los faraones con proezas geniales, de Heliópolis a Arabia, del Mar Rojo al Sinaí. No olvidemos las armas del mentado Josué, tan ilustre capitán como deslumbrante profeta; derrotando las coaliciones del infame cana-

neo y extendiendo para las doce tribus el imperio del único Dios sobre los muchos y falsos ídolos. Inclinémonos ante Sansón, el de los músculos de elefante y el corazón de paloma, por sus triunfos contra ammonitas y amorreos. Ante Samuel, el restaurador de nuestra fidelidad al Arca de la Alianza, reconquistando de los filisteos nuestra independencia indoblegable. Tomemos ejemplo en Saúl y en Jonatás, invencibles generales. En la palma de David sobre Goliat, símbolo del ovante destino de nuestra gente sobre el mundo; no por la grosera superioridad del número o la fuerza, sino del espíritu. Alcemos la memoria a Salomón, tan ardiente lirida como profundo sabio. A Isaías, que al ascender a la inmortalidad en un carro de fuego, quiso mostrarnos la suerte de los judíos en la postrer aurora del último imperio...

—¡Roma! —gritó Simón, alzado en sus estribos y blandiendo la espada.

Lázaro tenía los ojos fijos en el anciano, también enardecido y ahora en pie sobre la carreta, apoyándose en la aguijada como un guerrero sobre el lanzón.

De pronto resonó la señal del trompetero, que iba adelante. Estaban junto a un pozo, a unos tres estadios de las fortificaciones. Como fué convenido, la caravana se detuvo para que bebiesen los hombres y abrevasen las bestias mientras se acomodaban los arneses y el avío para entrar a la ciudad en orden. Simón, muy gallardo en su briosa montura, iba y venía dando órdenes y sin perder detalle. El conductor lo miraba complacido, y Lázaro también.

—Me encanta ese joven. Es capaz de grandes cosas.

—Sólo me faltaba conocer su valor en el combate, y hoy lo vi.

—Tú llevas su sangre.

—¿Yo? ¿Me has visto bien, generoso anciano? ¡Mira qué débil soy!

—Nadie comprende quién es hasta su hora de prueba. Y ese momento te llegará.

Lázaro no osó replicar. Desde un grupo de palmeras lo llamaba su primo para ofrecerle unas naranjas adquiridas al guardador de la fuente. El mancebo se sentía fatigado pero muy contento. Delante de ellos cruzaba el viejo dromedario en que venía atado el prisionero. Lázaro lo detuvo y vió más grave el rostro del beduino. Debía

tener algún año menos que Lázaro, mas era fuerte y bravo. Aunque no lo demostraba, el sufrimiento de su herida le pareció a Lázaro atroz e insoportable, porque el pie se le había puesto morado y enorme, y las ligaduras en cuero eran tan violentas que llagaban la carne. Lázaro acercó la jugosa fruta a los labios resecos. El prisionero lo miró sin comprender y rechazó la espontánea ofrenda con un gesto de ira y orgullo; pero al observarlo por segunda vez, algo vió en sus ojos, que cerró los suyos y sorbió ávidamente de la piadosa mano.

—¿Cómo te llamas?

—Absalón.

—¿Qué te harán los soldados de Herodes?

—Imagínalo.

—¿No te agradaría ser bueno, vivir sin crueldad?

—¡Qué dices!

—Espera...

Lázaro empezó a desatar al prisionero bajo los ojos asombrados de los conductores, que buscaban los de Simón. Por toda respuesta el primo se desprendió de su filoso cuchillo, ofreciéndolo a Lázaro, que cortó las ligaduras. Los camelleros seguían atónitos la desusada escena. Ellos no podían concebir la compasión al enemigo, que les parecía una forma de injusticia. Creyeron asistir a otra prueba de la falta de fortaleza y virilidad en Lázaro y pensaron que Simón no desaprobaba esa conducta para no ridiculizar al pobrecito delante de sus subordinados. El propio Absalón ¿no mostraba en sus facciones señal de su sorpresa hacia el absurdo? ¡Soltar al adversario! Al regreso, en cuanto alcanzasen la garganta del torrente, la primera flecha del infiel sería para Lázaro...

Tan insólito fué aquello, que el beduino, ahora libre, no sabía qué hacer.

—¿Y si le regalamos el dromedario?

—Está muy viejo, pero le servirá para alejarse.

Entre dos camelleros montaron a Absalón en el paciente animal. El lastimado pie quedó así a la altura del rostro de Lázaro, con la llaga al sol. El mancebo se rasgó la túnica, íntima, mojó el retazo en el cubo del fontanar y cuando terminó de vendar al hijo del páramo, exclamó:

—¡Adiós, hermano!

—¿Hermano?

El árabe no se movía, desconcertado, como si dudase de que se trataba de una forma refinada de superioridad y burla.

En eso sonó la trompeta. Absalón miraba, siempre en su sitio, cómo Lázaro volvía a la carreta, cómo la columna reemprendía la marcha, cómo se veía solo y en completa libertad.

Entonces, a trote corto, enderezó hacia el desierto.

INTRIGAS, PERVERSIDADES Y CONFLICTOS...

Selencio, el principal encargado del bazar y los almacenes de Peleo de Milo en Jericó, fué el más abnegado compañero de sus muchos y peligrosos viajes. Era oriundo de la orilla occidental del Samachonitis, lago de la alta Galilea. Milo lo recogió cuando aquél tenía apenas diez años de edad, en uno de sus pasajes por la Cesarea de Filipo; y lo retuvo hasta los quince en el seno de su hogar, tratado como a hijo. Si su devoción por el griego era grande y firme, no guardaba menos gratitud a la memoria de Juana, la madre de Magdalena. A la muerte de esta santa mujer, casó con la joven que le había señalado su madre adoptiva, que fué su sobrina Rebeca, tan noble y abnegada como Juana. Y como era natural, Selencio y Rebeca adoraban a la niña Magdalena, máxime porque la suerte no les enviaba un hijo.

Transcurrido un lustro de la viudez de Milo, cometió éste la locura de enamorarse de una de las más hermosas y coquetas jóvenes de Jericó, llamada Raquel. Selencio, animado por Rebeca, hizo cuanto pudo para persuadir a su señor que no llenase el gran vacío de Juana con tan seductora mujer, que apenas parecía mayor que su hija. Pero al cabo, temerosos de perder la confianza de su querido amo, y además a Magdalena, optaron por sufrirlo todo con resignación y silencio.

Ruth, la madre de Raquel, antigua cortesana del harén de un emir, tenía mala reputación de hechicera y se le atribuían los sortilegios que inspiraron a Herodes Antipas el repudio de su esposa, la dulce Haretiana, de piel de oro y cabellos de azabache, para unirse

con insensata pasión a Herodías, la mujer de su hermano Filipo, tetrarca de Iturea y la Traconitilde. En cuanto a Raquel, cumplía en el palacio la envidiable función de dama de compañía de la princesa Salomé, la encantadora hija de Herodías y Filipo. Era de tez morena, ojos negros, estatura mediana y formas opulentas, sin dejar de ser graciosas.

Ruth había trasmitido a Raquel el arte de gustar con todas las potencias del cuerpo, en gestos y vestidos, adornos y palabras, al exquisito modo de las hembras de Siria y Arabia, conquistando con esos refinados atractivos gran ascendiente, hasta ser la principal consejera en el tocado de Herodías y las danzas de Salomé. Pronto superó a su embaucadora madre en el secreto de los perfumes que embriagan los sentidos, en la alquimia de los afeites, mixturas y drogas de la interminable juventud, en la astucia de las actitudes, fraseos y miradas seductoras e irresistibles.

Por los especiales cometidos que Ruth y Raquel cumplían en la corte herodiana, eran muy frecuentes sus visitas al bazar del griego. Y como la aviesa madre advirtiese al viudo embelesado ante su hija, le hizo calcular a Raquel la conveniencia de que fuese suyo todo aquel arsenal, que se dijera inagotable, de cosméticos, esencias, obras de arte, telas, alfombras, muebles y joyas, en pasmo de variedad y riqueza, con lo que se volvería ilimitado su poder.

La joven aceptó el infame consejo, porque, aun cuando amaba locamente a un hermoso oficial de la guardia de Antipas, la perversa Ruth la tranquilizó diciéndole que la mujer casada, lejos de contrariar por su estado una vehemencia oculta, la favorecería con el incentivo de la culpa secreta. Por otra parte, si bien el rico griego casi doblaba su edad, tenía ciertos atractivos en su vasto conocimiento del mundo, sus muchas e influyentes relaciones y el buen gusto. Además era bien visto de Antipas y muy apreciado en la corte, por lo que se volvería un auxiliar precioso, aunque indirecto a los planes de Antipas, que soñaba con alcanzar los favores de Tiberio, el actual César de Roma. ¿No podría extender hasta el mismo corazón del Imperio, entonces con bajeles, los hondos lazos de sus frecuentes caravanas?

A su vez, el bueno de Milo ya no salía como antes al encuentro de sus muchos clientes, a lo largo de los caminos sin fin, no sólo

porque era ya demasiado rico y las fatigas se volvían menos soportables, sino que la juventud de Magdalena le reclamaba más atención. Y olvidando que el hogar de Selencio cumplía con admirable desinterés y amor el cuidado de la niña, justificó la que habría de ser su más peligrosa aventura, con el deseo y hasta la necesidad de ofrecer a su hija un amparo más atento y decoroso.

Hacía un año que el matrimonio había tenido lugar, en ceremonia de inmenso boato. Raquel no demoró en conquistarse también la voluntad de Magdalena. La ataviaba maravillosamente, llevándola consigo a las reuniones y fiestas de palacio, hasta que Salomé, entusiasmada con ella, obtuvo de Herodías permiso para que integrase su corte juvenil. Pronto la joven participó en el coro de las danzas, y se le despertó el gusto natural en las mujeres por la belleza y el lujo. Y la sugestión de tan superficial existencia, aunque deslumbradora, le hizo olvidar completamente la sencillez y austeridad en que la educó la virtuosa Juana y la mantenía la noble Rebeca.

Las visitas de Magdalena a Betania se hicieron cada vez más espaciadas y fugaces, hasta coincidir solamente con las mayores solemnidades. Terminó por sentirse dichosa de que Raquel fuese su madrastra: llamaba abuela a Ruth y se prestaba muy gustosa a intervenir en favor de los caprichos y exageraciones de ambas cuando los sortilegios al padre no eran suficientes para obtener de su recto juicio alguna claudicación o insensatez.

No bien se hubo entronizado en el mundo de Milo, Raquel dió rienda suelta a sus morbosos impulsos y pérfidos designios. No se avergonzaba de que todo Jericó dijese que ella era la amante de Nabarzane, el teniente de la guardia persa, hermoso, refinado, disoluto y despilfarrador, que perdía en el juego de dados cuantas sumas obtenía de sus extorsiones a Raquel.

Valiéndose de órdenes que partían del palacio de Antipas, de forzoso e inobjetable acatamiento, la infame, arrastrando consigo a Magdalena, hacía abandono casi permanente del hogar, se consagraba a las frivolidades y perfidias de la corte y la seguía en sus estadas del otro lado del mar Asfaltite, en la región de Nabatea, entre las murallas donde el rey se sentía seguro, apartado de los hijos de Israel y cercado de extranjeros.

Milo no tardó en ver agotados arca, bazar y almacenes. El único consuelo a su desesperación y arrepentimiento, era saber que entre los amigos que tenía en la ciudad y hasta en el corro de los servidores de palacio, no habían disminuído el respeto y la simpatía que le profesaban. Nadie hizo mofa de su pública desgracia; antes bien, se le compadecía como a una más entre las incontables víctimas de un poder esclavo de Roma e indigno de la tradición y los mandamientos de su estirpe. Tan solidario sentimiento se intensificó bien pronto, cuando se supo que Juan el Bautista había sido decapitado en el fuerte de Maqueronte, a instancias de la cruel Herodías.

La terrible nueva del sacrilegio cometido contra el santo del Jordán levantó grandes tumultos en Jericó, y Milo fué invitado secretamente para entrar en una conspiración con el fin de arrancarle la vida a la incestuosa reina, a quien fustigaran sin ambages el índice terrible y la voz profética del mártir. Pero el pobre de Milo callaba en fatal incertidumbre, en estupor desesperado, no teniendo en su pecho más lugar que el de su dolor. Hasta que un día en que se hallaba más lúcido, escuchó a Selencio, quien le proponía que abandonase a Jericó con los últimos camellos y las pocas mercaderías que le quedaban, hacia cualquier rumbo, a objeto de procurarse medios con que saldar sus muchas deudas y, en lo posible, rehacer en algo la disipada fortuna.

Lo que más ansiaba Selencio era la salvación espiritual de su amo, ahora, cuando Raquel se hallaba en la corte muy lejos de ahí. Y fué con gran contento suyo y de Rebeca que lo vieron partir una mañana por la puerta de Josué, en dirección de la Arabia, Amalek y el país de los Midianitas.

LÁZARO PADECE POR MAGDALENA...

Eso confesaba ahora el mayordomo Selencio a los atónitos y entristecidos jóvenes de Betania, Lázaro y Simón, rogándoles que se volviesen a su aldea con el producto de los cambios y las ventas, más los artículos y dineros pertenecientes a su señor, todo comer-

ciado rápida y felizmente por el mismo admirable Selencio entre sus amigos de la ciudad.

Según las noticias circulantes Herodes se había puesto en marcha lenta hacia Jericó, de paso hacia Jerusalén, a cuyas grandes fiestas fuera invitado por el Sumo Sacerdote, sospechándose que movido de culpable gratitud por la muerte de Juan. Era prudente que los buenos primos de Betania se anticipasen en su partida, a fin de que la malvada Raquel, haciendo prevalecer sus derechos ante los escribas oficiales, no pusiera su insaciable mano sobre aquellos bienes, fruto de tan penosos sacrificios de su señor, que quedaría arruinado definitivamente. Y agregaba Selencio:

—Una vez vosotros en camino, poco significará que la cólera de Raquel se vuelva sobre mí.

Pero ése y otros planes de Selencio, a los que asentía Simón, se desbarataban ante la indoblegable resolución de Lázaro; porque no quería regresar sin haber visto a Magdalena. Y se puso tan obstinado y melancólico que llegaron a temer por su salud.

Después de mucho discurrir el mayordomo acertó con una estratagema que les pareció a todos que los salvaría del trance. Según concertaron, la caravana, renovado el cargamento, saldría al punto de la ciudad y se mantendría oculta en la hacienda de un amigo seguro,perteneciente a la doctrina de Juan, que era la de Selencio y Rebeca. En cuanto llegase la corte, Magdalena iría como de costumbre al hogar del mayordomo, donde su natural bondadoso aceptaría marchar en busca de su padre enfermo de la carne y el alma, al reclamo de su deber y salvación. Lázaro afirmaba su fe en la nobleza recóndita de Magdalena, para no desfallecer de dolor a tantas y tan crueles revelaciones; y esperaba los acontecimientos sollozando a solas, al imaginar la dicha del regreso en la sosegada carreta, al lado de la joven rescatada al bien y al amor, cruzando juntos aquella soledad inmensa, que irían poblando de los más dulces espejismos, las frases arrobadoras de ella y las miradas y los suspiros de él.

Pasaron así tres días más, sin nuevas de Herodes, y Lázaro volvió a caer en trance, ya de estupor, ora de desasosiego. Poco a poco, en la exaltación de la espera, cobraban vida y relieve las desgracias de Milo, apenas en bosquejo desde la paz de Beta-

nia, pero ahora de inusitada magnitud. Lázaro llegó, de ese modo, a intuir los muchos y grandes peligros que su inocencia no le permitía precisar. Y pasaba las horas insomne y febril, más enamorado que nunca, recorriendo la habitación reservada a Magdalena, tendiéndose sobre las alfombras que habían hollado sus pies, enardecido del perfume a rosas de que ella gustaba, hablándole en delirios que su ardiente y exaltada imaginación poblaba de móviles espectros.

Esa última noche Simón le oyó decir mientras dormía:

—En esta eternidad de tu ausencia, cada instante que transcurre es un siglo menos que me separa de ti...

HERODES Y SU CORTE VUELVEN A JERICÓ

Al atardecer del día primero de Nisan, entró Herodes Antipas con mucha pompa a Jericó, aunque sin entusiasmo de muchedumbre. Por el contrario, el pueblo miraba con alarmantes quietud y mudez el interminable desfile de literas, soldados y servidores que, entre músicas y cantos de serviles coros, penetraban al inmenso palacio.

Según se afirmó, el tetrarca no permanecería más que una semana en Jericó, a la espera de los embajadores de Anás y Caifás, los primaces del Sanedrín. De modo que el grueso de la columna real permaneció acampado fuera de las murallas, pronto a seguir hacia el valle de Josafat a la primera orden. De aquella dirección venía el relincho de mil caballos y el mugido de cien bueyes, los sones de las trompetas y el redoblar de los tambores; y, sobre todo de noche, llegaba el bramido de los leopardos, de que gustaba rodear su trono la poderosa Herodías.

Pasaron muy lentas las últimas horas de la tarde para los que aguardaban impacientes a Magdalena en el hogar de Selencio; y se vino la noche sin que la joven diese señal alguna de su arribo a la ciudad; de manera que Lázaro se hallaba en tal extremo de impaciencia y angustia, que Simón aceptó la idea de aventurarse juntos y sin más demora, hasta el palacio, donde se informarían directamente. En cuanto a Selencio, aceptaron su compañía porque les advirtió que sin él u otro conocido de los cortesanos, jamás franquearían el recinto del augusto baluarte.

LÁZARO CAE MUERTO EN EL PALACIO DE HERODES

Raquel estaba en brazos de Nabarzane cuando le advirtieron que el mayordomo de su marido le solicitaba una audiencia urgente.

Ante la inesperada posibilidad de arrancarle más recursos con que satisfacer un nuevo capricho de su adorado amante, Raquel se cubrió apenas con un manto de gasa color violeta y dispuso que sin otras formalidades entrara el servidor en el contiguo aposento.

Venía Raquel tan excitada y las preguntas que le hizo fueron tan concretas, que Selencio no tuvo reparos en contestarlas con ceñida verdad.

—¿Ha vuelto tu amo?

—Quedó en Betania y enfermo.

—¡Maldito sea! ¿Y no guardas siquiera mil piezas de plata?

—Debemos muchas veces esa suma.

—¿A qué vienes entonces?

—Traigo conmigo a los huéspedes de tu esposo en Betania. Vienen a rogarte que vaya Magdalena con ellos, en auxilio de su padre...

—¿Qué? ¿Magdalena, dices?

—Es su hija...

Raquel lanzó una carcajada de burla, agregando:

—Es más mía que suya. Al anuncio de las grandes fiestas ¿crees que renunciará a los encantos de Jericó y en seguida de Jerusalén por la aldehuela de esos bárbaros?

Irritada a ese solo pensamiento, se puso a gritar:

—¡A ver! ¡A ver! ¿Dónde están esos palurdos? ¡Hacedlos pasar, que necesito reírme de veras!

En el instante en que Selencio salía, mandó con enojo.

—Que vengan sin ti, pues ya no me sirves.

Al entrar Simón llevando de la mano al tembloroso Lázaro, Raquel dulcificó con rapidez su gesto, gratamente sorprendida por la hermosura y gallardía de ambos jóvenes, ricamente vestidos. De modo extraño y súbito se sintió atraída hacia el triste y delicado mancebo. Se saludaron con una reverencia.

—¿Sois vosotros los potentados de Betania?

—Somos apenas los cordiales amigos de tu esposo —recalcó el prevenido Simón.

—¿Este es Lázaro, el gentil poeta de las rosas?

—Sí, es él.

Entonces se produjo algo insólito para las costumbres de ambos primos. Raquel se acercó al trémulo adolescente, lo enlazó con sus desnudos brazos y volviéndole el rostro hacia la luz del candelabro, musitó:

—¡Cuán bello eres! ¿No te gustaría amarme?

Los ojos implorantes de Lázaro buscaban los de Simón, quien se acercó a desceñirlo, con toda la delicadeza que pudo, del tentador abrazo, mientras que advertía a la impúdica:

—No turbes al doncel, tan puro como la luz de la estrella.

—¿Para qué busca a Magdalena, entonces?

—¿Para qué? Llama a tu hijastra y lo sabrás.

Raquel los miró con ceño de amenaza.

—Está bien. ¡Vais a verla y oírla!

Tiró de un cordel y apareció una esclava nubia, a la que dió una orden en voz baja; y cuando aquélla hubo salido, explicó reponiéndose:

—Sabed que vuestra amiga se halla en el salón de los espejos de plata, con la divina Salomé y un grupo de áureos oficiales y preciosas doncellas, ensayando "la danza del último velo"... ¡Ahí viene!

En efecto. Se descorrió el cortinado del fondo y apareció la joven. Era una Magdalena desconocida, tan otra de la que amaba Lázaro, que el mancebo se demudó; y fué retrocediendo, retrocediendo, hasta dar de espaldas contra el fuste de una columna.

—¡Magdalena!

Aquella Magdalena estaba en realidad, desnuda: tan leve era el velo que la cubría. Sobre el oro de los rizos sueltos llevaba una corona de narcisos. Se veía que llegaba hasta allí desconociendo que se hallaría con Lázaro, porque permaneció atónita. Se produjo un silencio atroz. Al fin dijo Raquel, burlona:

—Querida. Han venido estos jóvenes a proponerte que renuncies a la corte de Salomé por el caserío de Betania. ¿Qué decides tú?

Magdalena dió un breve y vacilante paso; se contuvo un instante, como si le faltase el habla; y ya iba a responder, cuando ocurrió lo más terrible.

Lázaro cayó, primero de rodillas y después hacia atrás, resbalando sobre la pulida columna, hasta quedar tendido sobre las losas de mármol.

Magdalena lanzó un grito desesperado.

Simón corrió en auxilio de Lázaro.

Era inútil. Estaba muerto.

3

SIMÓN REGRESA CON EL CUERPO DE LÁZARO...

Sobreponiéndose a su gran dolor el hijo de Zachú, con ayuda del virtuoso Selencio, transportó el cuerpo de Lázaro al hogar del mayordomo, donde lo extendieron amorosamente en la misma carreta que lo trajo hasta Jericó lleno de vida y henchido de ilusiones.

Rebeca, llorando, colmó de rosas blancas los espacios libres, extendiendo a manera de toldo un manto de piel de cabra de lechosa albura. Y como los mansos bueyes eran también blancos, con razón pudo decir el boyero que él se llevaba de la ciudad infame el símbolo de la pureza santificada, en dirección a los cándidos huertos en donde había nacido.

Escoltaban el fúnebre cortejo los mismos hijos de Betania que acompañaron a Simón en la caravana de ida, más un nutrido grupo de amigos de Selencio, que fueron con él durante algunos estadios. Esta buena gente pertenecía en su mayor parte a la servidumbre de Herodes, que Juan el Bautista había adoctrinado en el tiempo que permaneció en el ergástulo del tetrarca.

Al llegar al pozo donde el magnánimo joven había puesto en libertad a Absalón, se despidieron con palabras consoladoras cuantos regresaban a Jericó con Selencio. Para no demorar el definitivo reposo del cadáver en el nicho de la familia, se convino que el grueso de la caravana, de andar muy lento, no se pondría en camino hasta uno o dos días después, a las órdenes del mayordomo, tiempo que éste emplearía en procurar el rescate de Magdalena del infamante círculo de Raquel, en cuyo favorable caso él conduciría a la joven en una de sus confortables carretas hasta los brazos de su padre Milo, a quien Simón ya habría persuadido de no volver jamás a Jericó.

Mientras avanzaban rápidamente por el desierto, Simón iba dibujándose la terrible escena que provocaría la llegada del exánime mancebo al hogar de Betania. Le era necesario armarse de todo

su valor para hacer frente a tantas y tan penosas consecuencias de la conducta miserable de Raquel y la deshonrosa de Magdalena. Porque, a pesar de las protestas de Selencio y su mujer, asegurando entre lágrimas que la hija de Milo era sin maldad ni culpa, él atribuía tal defensa al inmenso amor que le guardaban desde niña. Quiso desechar una y otra vez toda excusa a la liviandad de la jericosana. No podía quitar de sus oídos los lamentos de Rebeca mientras velaban el rígido cuerpo al fulgor de un brasero, esperando la primera luz de la mañana. Decía la buena mujer que Magdalena se había nutrido de virtud entre sus brazos; que cuando la desgraciada boda del griego arrastró a la joven hacia el torrente devorador de la corte, Selencio confió su custodia secreta pero segura, a otros discípulos de Juan que servían a los régulos y capitanes; y aunque los peligros eran cada vez mayores, por la locura erótica que se había apoderado de la cruel tetrarquesa desde la degollación del santo, lo cierto y aun lo portentoso era que la princesa Salomé, inconsciente hasta entonces del bien y el mal, se iba convirtiendo ella también a la doctrina del sublime mártir. De modo que bajo el escándalo de las formas, en fiestas y lujos impuestos por el delirio de Herodías, para semejarse en seducciones ya a la reina Sulamita ora a la mayor de las Cleopatras, en lo profundo de sus alcobas y desde los pozos de sus prisiones empezaba a manar un agua de redención y pureza, que terminaría por bautizar a Jericó, a Jerusalén y al mundo.

LOS BEDUINOS DE ABSALÓN...

Poco antes de alcanzar el cortejo la serranía de Rama, donde nace el torrente que riega a Jericó, toparon con el rehecho beduino.

Absalón venía ahora montando nerviosa yegua, ricamente enjaezada. Lo acompañaba su padre, gran señor de un aduar y jefe de tribu en el desierto de Efraim. Se dirigían a toda prisa a Jericó, llevando presentes para Lázaro, luego de dejar a sus guerreros apostados entre los riscos. Desde la atalaya natural de roca supieron quiénes eran los de la columna por el caballo de Simón y los bueyes de Lázaro, y se vinieron en son de paz, a ofrecerles la hospitalidad de sus tiendas.

Simón los escuchaba en grave silencio; y viendo que Absalón inquiría afanosamente con el gesto, a la espera de que su benefactor asomara, se acercó a la carreta y desde la montura tomó el extremo de la manta y descubrió al doncel descansando en su viaje definitivo.

Absalón, arrojándose a tierra, corrió a abrazarse al inánime cuerpo; y cuando lo pudieron separar de allí, el jefe se volvió hacia el desfiladero con su lanza en alto. Rápidamente aparecieron numerosos súbditos apostados entre los peñones y armados como invencible algara. Nuevamente ofrecieron cuanto tenían o podían por labios de su jefe; pero como Simón no aceptase más testimonios que los del alma, ellos se formaron en escolta detrás de la carreta, que el anciano boyero puso otra vez en apurada marcha, mientras se sostenía callado y lloroso en el arranque del pértigo.

En el camino preguntó Simón al guerrero:

—¿Cómo sois tantos y tan bien armados?

—Nos hemos concertado los varones de diversas tribus para estorbar el paso del rey Herodes.

—¿Es por el botín?

—En último lugar; en el primero, por amor a la guerra; después, por odio al tirano.

—¿Y cómo os enteráis?

—Lo mismo que el león para dar con sus presas.

Habían llegado al término de la fragosa orilla que bordeaba el camino de Jerusalén, transitado por las patrullas romanas; y ahí se separaron.

Desde lejos, sobre el fondo de altas rocas coronadas de nubes, se vió por largo trecho la figura de Absalón, inmóvil sobre el corcel estatuario, desunido del tropel de los suyos por la cortesía del dolor.

LÁZARO YACENTE EN LA LLOROSA BETANIA...

La llegada del cuerpo de Lázaro a su aldea natal fué un acontecimiento memorable, que conmovió a las gentes de una extensa región, que comprendía a Jerusalén, donde las viejas y ricas familias de Amasías y Zachú eran respetadas y queridas. Además, como había comenzado la afluencia de peregrinos desde los más distan-

tes lugares de Israel, muchos acompañaban el cortejo y una onda de piedad lo circundaba. Los caballeros mejor montados ya corrían a Betania; de manera que las hermanas de Lázaro, arrancadas del hogar por la terrible nueva, desfallecían en sollozos, entre los brazos del pueblo y sobre la colina de la hacienda, donde por primera vez se les apareció el séquito de Jesús.

Empezaba a anochecer. Simón, abandonando su cabalgadura, corrió hacia Marta, que apenas podía sostener a la desesperada María. Ahí estaban el viejo Zachú y Peleo de Milo, rodeados por los más antiguos servidores.

El encuentro fué conmovedor. María desmayó una y otra vez. Sólo el ejemplo de Marta, cuya fortaleza moral era superior a las pruebas más duras, pudo calmarla lo suficiente como para asistir al acto de mostrar el cadáver.

Los bueyes, abandonados a su voluntad por el lloroso guía, descendieron nuevamente en dirección a los establos. La muchedumbre rodeaba y seguía la carreta, que vino a detenerse en el lugar donde aguardaba la familia.

Entonces llegó el gran momento. Simón, levantando de golpe la manta hacia atrás, dejó ver la inmaculada figura de Lázaro, ensortijados los cabellos que orlaban el pálido rostro de perfección infantil, ceñidos pecho y brazos por la sábana mortuoria, como flotando sobre un mar de pétalos, en medio de una blancura que doraba el último lampo de sol.

Y mientras que María y Marta se abrazaban al hermano rígido, como buscando reanimar sus pies, la multitud cayó de rodillas entonando el salmo de los muertos, en redor de Zachú, obedecido como el patriarca de Betania.

EL CORTEJO DE JESÚS DESAFÍA AL DE HERODES...

Jesús, que venía de la Perea, llegó a Jericó la misma mañana en que Simón abandonaba la ciudad con el cuerpo de Lázaro.

La noticia de que había llegado aquél que, según lo proclamara Juan repetidamente, era el mayor de los profetas, el esperado Mesías, produjo extraordinaria conmoción entre los humildes y los poderosos. Desde que atravesó el Jordán, a la altura de Beth-Haram,

con sus apóstoles y discípulos más fieles, los vecinos del Oilgal le formaron un coro de citaristas y cantores; y avanzaba entre dos columnas de hombres, mujeres y niños con palmas y ramos silvestres.

Su aparición en la gran urbe de Benjamín, con todo ese atuendo, ponía en evidencia que hasta los capitanes que guardaban las puertas del recinto le amaban o temían, porque nadie obstó el paso y la algarabía, ni secundó las protestas de sacerdotes y fariseos ante el pórtico de cada sinagoga.

Tan imponente surgió la comitiva a lo lejos, entrando por la calle principal, que hasta cierto vecino muy importante, el recaudador Zacheo, encaramado para ver mejor, a uno de los gruesos sicomoros que sombreaban el camino de anchas losas, daba muestras de gran excitación, con olvido total del decoro de su cargo.

Cuando alcanzó la columna el palacio del régulo, su amante Herodías, acompañada de Ruth y Raquel, quiso espiar por entre el cortinado de su alcoba el desfile de Jesús, porque se anunciaba en los pasillos que tal profeta era Juan resucitado, que volvía a la tierra más poderoso y sediento de venganza. Grande fué la sorpresa de las tres mujeres, cuando vieron que bajo ellas la niña Salomé se asomaba al balcón del terrado en compañía de sus amigos, para arrojar al paso del esenio un ramo de sus rosas preferidas, que eran las áureas. Pero el santo, en vez de levantar la vista a la soberbia mansión, la dirigía en ese instante sobre el rico Zacheo encaramado en la horqueta del sicomoro y quien, ante el estupor del pueblo que lo temía y odiaba por las funciones del recaudador, lloraba ahora de júbilo, caridad y arrepentimiento.

Se tranquilizaron las tres mujeres porque ese galileo no podía ser Juan. Lo vieron sólo un instante, pero con profunda atención. Juan y Jesús tendrían la misma edad. El aspecto delicado, el andar suave, la vestidura albísima, el aura de serenidad y dulzura, y hasta la fina caña de su bordón, contrastaban en el nuevo profeta con el aire rudo, la piel cetrina, el cabello oscuro y revuelto, la mirada terrible del león del Jordán, que se vestía con el tosco sayo tejido por él con pelos de cabras salvajes, ceñido por cordeles de cerda y empuñando con la tensión de un arma el grueso cayado cubierto de nudos. Sin embargo, pasado el tumulto, la hechicera Ruth se dió a cavilar sobre si tanta diferencia no sería un ardid de genios enemigos que buscaban confundir a la reina y enseñorearse

de su confianza. Por de pronto, ¿a qué extremos conduciría tan firme popularidad, mayor y más peligrosa que la que gozó profeta alguno? ¿Qué significaba la condescendencia de los capitanes y hasta el entusiasmo de los palaciegos, al punto de subyugar a la misma princesa Salomé? Era, entonces, prudente contar los pasos y los días de Jesús. Herodías la escuchó en silencio, el gesto grave, golpeando la sandalia impaciente el piso de pórfido y mármol.

Una vez que hubo cruzado la ciudad, sin que demostrase el menor interés por ninguno de sus esplendores, Jesús fué a tomar la dirección del ejido, cuando la más imponente columna de literas y tropas apareció en el extremo de la ruta. Era el séquito del rey Herodes Antipas, que regresaba de las fuentes sulfurosas del Hiram, donde el tetrarca tomaba sus abluciones curativas siempre que se asentaba en Jericó, de acuerdo a los consejos del sabio egipcio que era su médico y procuraba curarlo de su senilidad prematura.

Al ver aquel aparato de poder y riqueza, la muchedumbre que seguía a Jesús vaciló, e iba a detenerse y aún a desbandarse, cuando un mendigo muy popular, llamado Bartimeo, salió adelante gritando:

—¡Paso al Hijo de David!

Como por obra de encantamiento la grave comitiva del régulo se detuvo, quedando así dividida por la mitad, mientras que el jubiloso cortejo del santo prosiguió su marcha en dirección al manantial de Eliseo, sitio más hermoso para acampar que el de la fontana de donde venía Herodes Antipas.

Cuando por el teniente Nabarzane la tetrarquesa Herodías supo de aquel hecho audaz, en que primó el paso de Jesús sobre el de Herodes, le pareció que se confirmaban las advertencias de Ruth y fué en seguida, y muy indignada al aposento de su real amante, para reprocharle que hubiese impedido al capitán Esaú que castigase con sus soldados a la plebe del esenio. Confesó Antipas que se había turbado a causa del sueño que tuvo la noche última. Vió a Juan, que lo perseguía con su amenaza de siempre: "¡Repudia a la mujer de tu hermano, que ya viene el que te suplantará, tan poderoso que yo no soy digno de atar la correa de su sandalia!"

—Fíjate que cuando asomaba Esaú, espada en mano, alguien, no sé quién, exclamó: "Es Juan que retorna".

A este solo nombre Herodías se enfureció de espanto.

—¡Degüéllalo otra vez!

—¡Qué! ¿Tú también sospechas que es Juan? Al otro Juan degollé por tu deseo. ¿Quién será pues éste, de quien escucho tan extraordinarias cosas?

Y como no podían proclamar su temor ni hallarle explicación valedera, concluyeron por hacer venir al capitán Esaú y le ordenaron que mandase espías a vigilar al populacho y reforzase la guardia de todos los bastiones.

MAGDALENA SE FUGA DE LA CORTE REAL...

La tarde del 3 de Nizan, Magdalena, luego de haber llorado muchas horas su remordimiento, ya en los brazos comprensivos de Salomé ora en los maternales de Rebeca, resolvió escuchar las súplicas de Selencio y partir secretamente en su compañía hasta la aldea donde la aguardaba su padre Peleo de Milo, lastimado y con tormentos del corazón. Ansiaba caer a sus pies, confesarle sus culpas, obtener su perdón y consagrarse por siempre a su cuidado.

Antes de partir fué a despedirse de la princesa, y Salomé le dijo:

—Haces bien en alejarte de tu madrástra y correr hacia tu padre. Aunque mucho te duela, debes enterarte de estos dos horrores: Raquel engaña al noble Peleo con el barbilindo Nabarzane y éste se ha enamorado de ti.

—¿Y es posible tanta infamia?

—Lo sé por quien me dió sus pechos, la buena Sira. Ella te informará mejor mientras te conduce al hogar de Rebeca.

Sira, que se esforzaba por no separarse nunca de Salomé, era la madre del teniente Nabarzane; y aunque el hijo superaba en perversidad a Raquel, ella era compasiva y piadosa, expiando con ardientes lágrimas las culpas de aquella espina de su carne. Allí estaba la pobre, acurrucada en un rincón de la alcoba, siempre atenta a las órdenes o los deseos de Salomé. La princesa agregó:

—Raquel no tardará en enterarse de la pasión con que te acecha Nabarzane, y es prudente que te pongas lejos de su furor. En cuanto a nuestra amistad, te aseguro que no te olvidaré nunca, y ahora

que Sira me ha enseñado a orar, lo haré por tu dicha y por el alma de Lázaro.

A estas palabras volvieron a abrazarse llorosas; y al fin Magdalena, acompañada de Sira, abandonó para siempre la corte y el palacio. Iba con humildad, vestida de túnica blanca y manto violeta, ceñidos los cabellos por una cofia granate, calzando burdas sandalias y sosteniendo un bolso con algunas prendas de poco valor, en el que puso un frasco de riquísima esencia de rosas, regalo de Salomé, con la que pensaba ungir las plantas de su padre.

CÓMO MAGDALENA CONOCIÓ A JESÚS...

Jesús, que acampaba entre las tiendas de los camelleros, resolvió complacer a Selencio, quien, enterado de que el profeta y sus acólitos iban a Jerusalén, le fué a rogar que lo hiciesen con su caravana.

Temprano se pusieron en camino para poder alcanzar el oasis de Benjamín, donde pernoctarían, antes de la puesta del sol.

La despedida entre los discípulos de Jesús y los que fueron de Juan duró un instante, pero tan lleno de gozo y esperanzas, que cuando los últimos enderezaban hacia Jericó, dijo Bartimeo:

—Envidiadme: soy más rico que Herodes.

A pesar de su tristeza, el honrado Selencio sentía la emoción consolante de pensar que llevaba una fortuna a su señor, con la que mitigaría en parte las aflicciones de su estado.

La primera etapa se cumplió con gran fortuna. E iban a acampar cuando llegaron los beduinos que, por encargo de Simón, ofrecieron a Selencio ayuda y escolta. La errátil y belicosa aunque hospitalaria tribu, quiso dar cuanto tenía; y al informarse que entre los peregrinos de Jericó se hallaba nada menos que el famoso santo de Galilea, muy popular en el desierto a causa de sus continuos viajes y su dilección por los humildes, corrieron hacia donde estaba por el gusto de admirarlo y recibir sus admoniciones.

Era hora de oración y Jesús, parado en un montículo de arena y rodeado de sus discípulos, acababa de anunciarles que pronto moriría junto a las murallas de Jerusalén. Poco a poco, para no turbarlo, Magdalena y Selencio, seguidos por los conductores, los guar-

dias y por último los beduinos, le formaron un auditorio reverente y ávido de su palabra.

Feliz de verse tan singularmente rodeado, de tantos pecadores febriles, los unos en la preocupación de la guerra y la rapiña, afanados los otros en los conflictos del trueque y el dinero, quiso iluminar sus corazones encendiendo la hoguera en la que ardiesen las zarzas resecas de sus errores e infamias. Empezó el Rabí exclamando con gran voz:

—¡Ay de vosotros, infelices e impuros!

A esas terribles palabras se oscureció la mente de Magdalena, sintiendo que vacilaban sus pies, y cayó de rodillas, apoyando la cabeza en el brazo de Selencio. Era la primera vez que la joven oía a un profeta y experimentaba la sensación del tallo más débil sometido a las ráfagas del mayor huracán. Hubo un instante en que le pareció que ella ocupaba el sitio de Jesús, y que la cólera de éste descendía del cielo, se reflejaba en el círculo de la turbamulta y caía sobre su pobre alma, vuelta el centro de la indignación y el oprobio.

Así debía ser el suplicio a las mujeres culpables que lapidaba la multitud enfurecida. Y del mismo modo que ellas no podían valorar el tamaño y peso de cada pedrisco, tampoco le era dado a Magdalena comprender el sentido y la magnitud de los vocablos de acusación y castigo que resonaban contra su humillado pecho. Sólo pensaba que iba a morir y a manos del más tremendo justiciador divino.

Cuando ya le pareció que el orbe se estremecía para desgajarle las entrañas, elevó los ojos al infinito, en el movimiento natural del que expira. Y al sorprenderse de seguir viviendo, al dirigir la mirada hacia el profeta, volvió a sobrecogerse, no ahora de espanto sino de estupor.

¡Oh portento! Aquellas manos del santo se dirigían hacia su angustia. Las pupilas ardientes ya no despedían centellas, sino efluvios de amor. Y de súbito cambió el escenario del universo, como cuando el sol deja pasar un rayo de esperanza entre las tinieblas de la tempestad.

¿Cómo, por qué razón de maravilla la piedra fatal y vengadora se trocaba en alvéolo y todavía en fuente de un agua sublime? Sólo supo que su alma infeliz, sedienta de ternura y consuelo, se tendía

con ansiedad hacia la linfa prodigiosa que manaba en el desierto. Sólo quiso apagar su cansancio de dolor y su sed de indulgencia en la frescura de aquella palabra milagrosa que oía:

—¡Bienaventurados!

Las dos palmeras entre las que Jesús se alzaba, gloriosas aún de su penacho de oro, lo abanicaban con sus grandes pantallas, como escuderos de un rey. El aire se volvió más tibio y delicado. Hasta las bestias de carga, estirando sus cuellos aliviados del yugo, sumaban su inmovilidad al silencio maravilloso. Los apóstoles entendieron con alegría que el mayor de todos los poetas iba a pulsar su lira invisible pero conmovedora como ninguna, en el sobrehumano himno de amor que le escucharon otra vez sobre un monte del Carmelo y que ellos reconocían en su esencia, aunque variase la forma y melodía, como el Salmo de la Montaña.

La imponente mole del vacío desfiladero abría sus brazos de granito para recoger la música de las ideas, la emoción y el sonido armonizados; y la devolvía multiplicada en los sollozos del eco:

—¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados los hijos de Dios!

—¡Bienaventurados los que lloran, porque recibirán su consuelo!

—Oísteis que fué dicho: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo". Mas yo os estoy diciendo: ¡Amad a vuestros enemigos; bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y persiguen!

Nunca, ni en los recuerdos de Abraham y David, ni en los versos del gran rey de Israel, ni en otro alguno de los mayores profetas se habían escuchado acentos tan altos, encendidos y puros.

Los corazones se conmovieron hasta el delirio.

Magdalena, detrás de un grupo de infelices mujeres, algunas innominables, que venían en pos de aquellas palabras desde el fondo de la Perea, se sintió tan enternecida que soltando la mano de Selencio, cayó de bruces y besó la arena del páramo.

4

YA ESTÁ MAGDALENA EN LA DULCE BETANIA...

El jueves 6 de Nisan estaban Marta y María, Zachú y Simón en torno a Peleo de Milo, ya muy restablecido de sus heridas; y se consolaban unos a otros de la gran pena que los afligía por la muerte del querido Lázaro.

Se habían reunido para la comida principal, en la gran sala del hogar de Amasías y apenas consiguieron probar bocado; mas Simón procuraba que no se separasen alargando con pretextos la sobremesa, porque la soledad desesperaba a María. También el triste griego sufría el peso de una cadena de amarguras, cuyo primer eslabón era el remordimiento de su insensato matrimonio con la malvada Raquel, culpable de la infamación de Magdalena, causa del fin de Lázaro y la desventura de todos.

Se sostenían recíprocamente con delicados pensamientos, entre el sopor que sigue a las grandes conmociones. Hacía un momento que nadie hablaba, cuando un servidor vino a darles aviso de que entraba a la aldea la columna de Selencio.

Ya se levantaron para recibirlo, pero el mayordomo de Peleo apareció a la puerta y corrió a los pies de su señor, quien lo hizo levantar, abrazándolo. Zachú y Simón, a igual que las jóvenes hermanas, también lo acogieron con muestras de cariño.

En seguida de las primeras efusiones, explicó el diligente hijo del alto Jordán:

—Amado Peleo: tu caravana arribó con tanta fortuna como lo he deseado por tu bien. En este momento descarga en los almacenes del noble Zachú, a quien Jehová otorgue tanta vida como a Sem. Ya he de contarte, con más sosiego, cuánto y cómo hice para salvaguardar tus intereses. Lo único que ansío es merecer tu aprobación y reposar tranquilo en mi conciencia.

El griego contestó:

—Conozco tus virtudes y las de Rebeca. Grandes cosas me ha dicho Simón de vosotros. Te adelanto que cualquiera sea mi suerte, consideraré gracia del cielo, para mí demasiado vacío, que no te separes de mí. Pero... ¿no me hablas de Magdalena?

—Está en salvo. Héla aquí.

La joven, que aguardaba en el pasillo, temerosa y avergonzada, corrió a humillarse a los pies de su genitor, como si un inmenso delito pesara sobre su frente. Pero Marta y María, en espontáneo impulso, fueron hacia ella y en vano se esforzaban para que levantase el rostro y poderla besar. Hasta que el viejo Zachú, sobreponiéndose a sus achaques, se incorporó y llamándola con dulzura, le acarició los cabellos con la mano libre del báculo. Unicamente Simón mantúvose quieto y silencioso, aunque lo emocionaron las frases de Milo, que exclamó abrazando a su desventurada hija:

—¡Alzate ya, flor de Juana, corazón mío! Así fueras culpable de los peores crímenes y te aborrecieran cuantos te amaron, un ser habría con los brazos siempre abiertos: tu padre. ¿Cómo no consolarte si no tienes más culpa que el destino que yo te impuse, al darte esa madrastra y el condenable mundo de sus perfidias? ¡Sube, pues, y bésame! ¡Que nadie te menosprecie si no desea verme morir de desesperación y arrepentimiento!

Entonces la muy afligida alzó la cara y todos la pudieron abrazar; menos Simón, porque en ese mismo instante a él le pareció oír el grito de Lázaro al caer fulminado como por una centella; y fué a asomarse al peristilo, mientras que los demás se afanaban en agasajar a Magdalena.

JESÚS VA AL SEPULCRO DE LÁZARO...

Cuando Marta y María se hubieron informado de la proximidad de Jesús por boca de Selencio, quisieron sin demora ofrecerle su hogar, como cuando Lázaro vivía. Simón, aunque prevenido contra el gran revolucionario de Israel y Judá, no osó contrariarlas. Y como Selencio se ofreció para llevar el mensaje, todo se hizo con facilidad y premura.

A la media tarde llegó Selencio al vergel de naranjos e higueras en que Jesús se despidió de la caravana con ánimo de reposar allí, a la vista de Betania, para consagrar ese día a la meditación y el ayuno.

Estaban los galileos sentados sobre la hierba, en actitudes de ensueño. Halló en medio a Jesús, recostado contra el grueso tronco de un naranjo, inmóvil y cubierto de azahares. Algunos de sus apóstoles lo contemplaban en un silencio admirativo, mientras que el profeta parecía dormitar. Pero aunque el respetuoso jordano se le acercó con mucha cortedad, deslizándose apenas sobre el mullido suelo, el Rabí, sin abrir los ojos, musitó:

—Selencio; no te afanes, que iré.

El buen hombre permaneció callado y confuso. Jesús agregó:

—¡Pobrecito mi Lázaro!

El Nazareno abrió los ojos y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Los discípulos se fueron acercando, con pena y alarma. Uno de ellos, muy joven, exclamó:

—¿No sabías, Selencio, que Jesús y Lázaro se quieren más que si fueran hermanos?

—Ahora comprendo por qué lo reclaman en el hogar desconsolado.

Y agregó, volviéndose a Jesús:

—Como nada se te oculta, permite, ¡oh hijo de David!, que mi discurso sea mil veces más corto que el que Marta y María me confiaron.

Jesús se incorporó suavemente y respondió:

—Vé a decirles a María y a Marta que las espero ante el sepulcro donde mi amigo duerme.

Selencio se lanzó a todo correr, cuesta abajo, hacia Betania; mientras que Jesús, seguido de su asombrado coro, tomó pausadamente el camino que conducía a la hacienda de Simón.

¡LÁZARO: VEN FUERA!...

Era aquella la colina donde Lázaro vió a Jesús por vez primera, en uno de cuyos flancos, el que caía sobre un cauce seco y profundo habían abierto cuatro nichos mortuorios en la pared de

roca. Uno estaba ocupado con los restos de Ana, la madre de Lázaro; el otro era el de Amasías, su padre; el tercero fué para Sara, la madre de Simón; y el último lo había reservado Zachú para sí. Este era el que contenía provisoriamente el cuerpo de Lázaro.

Cuando llegó el cortejo del profeta ya estaban allí las dos hermanas, en compañía de Milo, más toda la servidumbre de la hacienda y muchos vecinos de Betania. Otros más iban llegando de prisa.

Simón se hallaba lejos, en el huerto de los Olivos, porque antes que llegara Selencio, Marta le suplicó que fuese allá, por si el Nazareno deseaba, como otras veces, hospedarse en aquel sitio tranquilo, de belleza paradisíaca y muy próximo a Jerusalén, meta de sus visitas a Betania. En cuanto a Magdalena, sin valor para acercarse al lugar donde yacía Lázaro, permaneció en la alcoba de María, sin cesar de gemir.

Cuando llegó Jesús la gente empezó a aclamarlo; pero guardó silencio al ver su gesto de dolor. Se había parado ante el sepulcro, las manos caídas, la frente inclinada. Lo habían visto elocuente o callado, tranquilo o colérico, alegre o triste; pero era la primera vez que lo veían llorar. Y nadie, ni siquiera el adolescente Juan, se atrevió a turbar aquel testimonio del inmenso cariño que lo unía al lirio de Betania.

De pronto, notaron que Jesús se ponía rígido, fijaba los ojos enérgicos en el muro insensible y movido de inspiración ardiente, clamaba:

—¡Quitad la piedra!

Todos se volvieron hacia la pesada losa que obstruía el alvéolo sepulcral, pero nadie se movió.

La juiciosa Marta, adelantándose hacia el Rabí, le explicó:

—Señor; ya hiede; porque es cadáver desde el día primero.

No obstante la sensata aclaración, la gente empezó a mirarse con extrañeza, porque el aire ya no apestaba y ahora podía percibirse el perfume de las hierbas bajo el sol primaveral.

—¡Quitad la piedra! —repitió Jesús.

Los robustos brazos de Pedro y otros tres apóstoles, unidos a los de Selencio, hicieron caer la cuadrada roca hacia un lado del gran pretil que le servía de base.

Jesús alzó los ojos y movió los labios, como si hablara a un espíritu de las alturas; para gritar de súbito:

—¡Lázaro; ven fuera!

Hubo un instante de extraordinaria expectativa. Se podía oír el zumbar de las abejas que tenían sus panales en los huecos de la roca. No brilló ojo alguno que no estuviese fijo sobre la oscura entrada. Hasta parecía que el inmenso pájaro del sol detenía su vuelo crepuscular, clavadas las garras de oro sobre la colina. La brisa contuvo el suspiro. Aun los ojos más incrédulos se sintieron oprimir por una fuerza extraña. Una mujer parada bajo un añoso olivo, alzó instintivamente los brazos, porque le pareció que se le caía el cielo sobre sí. Y en eso se oyó claramente el ruido singular del paño cuando se rasga...

—¡Levántate y anda!

¡Oh estupor! De la negra boca salió, como un grito de luz, el cuerpo de Lázaro. Se detuvo un instante, como atónito. Y al fin, arrastrando los jirones de las vendas y el sudario, descendió unos pocos y vacilantes pasos hacia Jesús, hasta que cayó a abrazarse de sus rodillas.

Ante ese prodigio, todos, en el límite de una inmovilidad y tensión insostenibles, rompieron a cantar, a reír y aun a danzar, en un solo arrebato de delirante alegría.

LÁZARO CONTEMPLA A MAGDALENA ARRODILLADA

El domingo entró Jesús en Betania, entre vítores y cantos, palmas y flores.

El cortejo tomó por la vía central, donde se levantaban las mansiones de Zachú y Lázaro, separadas por unos cien codos una de otra, aunque unidas por los huertos y, sobre todo, por el amor.

Zachú había dispuesto lo necesario para alojar en su casa al Rabí y sus apóstoles; mientras que María y Marta instalaron en la suya a las mujeres que desde Jericó acompañaban y asistían al santo, manteniendo sin ocupar la más rica alcoba para María de Nazaret, la madre de Jesús, que las visitara el año anterior y prometiera volver para la magna fiesta, con la dulce esperanza de gozar la compañía de su errabundo y maravilloso hijo.

La diligente Marta había organizado un gran convite, del que participarían no sólo los huéspedes, sino muchos vecinos de la aldea y otros de Jerusalén, expresando así el regocijo y la gratitud de la familia por la resurrección de Lázaro. Y a pesar de que el propósito fué darle un sencillo marco de comida fraternal, el ágape resultó opíparo y memorable como el mejor banquete.

Se había tendido la mesa principal en el último salón, el que daba al huerto. Las otras ocupaban el peristilo, se corrían bajo los naranjos y muchas ocupaban el jardín. Jesús podía dominar, desde el sitial en la cabecera, el espectáculo de aquella multitud agrupada en su honor, a la vez que complacerse en el soberbio cuadro que le ofrecía cada abertura del portal y las ventanas laterales, con las tierras del aprisco y la labranza a lo lejos y, más cerca, la falda del monte, profusa de copas de olivo y cepas de vid; y en lo alto, un cielo intensamente azul con rebordes de plata en el casco de la cima.

A la derecha del Rabí estaba Lázaro, y después María. A su izquierda, Marta, al lado de Simón. Entre María y Peleo de Milo quedó un lugar desocupado y hacia él se habían dirigido repetidas veces las miradas de Jesús. Al fin preguntó a Lázaro:

—¿De quién es aquel sitio?

Al mancebo se le velaron las pupilas y el rostro se le puso de grana. Marta respondió por él:

—Es para Magdalena, nuestra amiga de la infancia, una hija de Jericó. Dos veces fuí en su busca, pero ella se recoge temerosa de tu divina presencia. ¿Quieres que insista por tercera vez?

Jesús dijo esta sola palabra:

—Espera.

Al oír el nombre de la ausente, algunos se miraron con inteligencia de los juicios que sobre la jericosana corrían de boca en boca. Simón, aunque sufriendo por la tristeza de Milo, deseaba que Magdalena se mantuviese oculta, porque los vecinos de Betania la maldijeron al conocer, no se supo cómo, lo acaecido en el palacio de Herodes. Y hasta los discípulos de Jesús la llamaban "la Pecadora", sin que nadie pudiese acertar en qué consistían sus culpas y maldades, aunque les bastaba saber que la cuitada era amiga de la princesa que había bailado sobre la sangre del nuncio de Jehová.

En eso, uno de los servidores dió en alta voz el nombre de un visitante cuya calidad produjo desconcierto.

—¡He aquí al centurión Marco Tulio Germánico, que viene a saludar al Hijo de David!

Se hizo una gran pausa; y aún se pusieron en pie y asomaron los comensales del peristilo, mientras penetraba en el salón un capitán romano de edad madura, hermoso continente y ademanes enérgicos; quien se quitó el casco, inclinándose con mucho respeto a la vista de Jesús. Lo seguía su escudero, un soldado de gigante estatura y que asombró a todos, porque corrió a los pies del Nazareno y le besó la orla de la túnica.

Los apóstoles tuvieron que explicar la razón de esta conducta a sus vecinos de mesa, quienes la fueron divulgando hasta el extremo del jardín.

—Se trata de Pilón, al servicio de Marco Tulio desde que era niño, a quien el Maestro salvó de grave enfermedad por la orilla del Tiberiades, a súplica del centurión.

El glorioso carpintero de Nazaret, así honrado, se alzó para abrazar a ambos hijos de Roma. A ese gesto inaudito, Simón sintió que la sangre le subía al rostro y su mano se crispó sobre la empuñadura del cuchillo con que partía el cordero. Ahora hablaba el centurión:

—Amado Rabí; voy con un cuerpo de tropas hacía Jericó, para custodiar al rey Herodes Antipas que se adelanta a Jerusalén; pero supe que aquí estabas, y he detenido a mis soldados para saludarte. Creo que soy más tuyo que de mi madre.

El enorme asistente también quería hablar, pero no atinaba con los vocablos debidos, y sólo repetía el nombre del Nazareno, de su salvador:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

—Ahora, danos permiso para seguir la marcha, y si quieres, tu bendición.

Se arrodillaron, pero Jesús los hizo levantar para besarlos. Los mílites salieron, no sin antes saludar al concurso a la manera romana. No pocos quedaron perplejos y empezaron a murmurar.

Se hallaban todavía bajo el influjo de la extraordinaria visita, que interpretaban de muchos modos, cuando ocurrió otro hecho no menos impresionante.

Mientras que los romanos absorbían el interés general, la hermana menor de Lázaro, abandonando un momento la sala, regresó trayendo a Magdalena de la mano.

Lázaro se demudó tanto, que María corrió hacia él, con súplicas que los demás no oyeron, porque en ese instante Peleo de Milo se alzó para acudir al encuentro de su hija, trémula y vacilante bajo los ojos del Nazareno. Alguno osó decir:

—¡Ved a la Pecadora!

Pero nadie tuvo tiempo para más, porque Magdalena, soltándose de su padre, corrió hacia donde estaba Jesús y se arrojó a sus pies, mojándolos con sus lágrimas y secándolos con sus cabellos.

Como Jesús, compadecido, le acariciara la frente con dulzura, ella se atrevió a mirarlo, mientras el Nazareno le sonrió diciéndole:

—La paz sea contigo.

Entonces, loca de alegría, salió de la sala para volver al punto con el vaso de perfume que había traído de Jericó para ungir a su padre. Y ante el asombro de los comensales rompió el cuello del ánfora, vertiendo la delicada esencia sobre las venerables plantas del joven profeta.

Intenso y delicado perfume de rosas se esparció en el ambiente, vencedor del suspiro de los azahares que venía del jardín.

Ante la gran mesa del peristilo se levantó la figura grotesca de uno de los apóstoles, el llamado Judas de Keriot, y dirigiéndose a otro de ellos, que ocupaba la extremidad opuesta, se lamentó así:

—¡Mira la enajenada! ¡Romper ese precioso alabastro! Nos hubiese dado el ánfora entera! ¿Cuántos denarios engrosarían nuestro bolso?

Por su parte Simón, inclinándose por detrás de Marta, musitó al asombrado Pedro estas pocas palabras cuyo alcance no entendió el apóstol:

—¿Ignora quién es ella?

Pero Jesús, como leyendo en el alma del huésped, se volvió para exclamar:

—Simón; una cosa tengo que decirte.

—Te escucho, Rabí.

Los murmullos callaron y la atención se hizo profunda. Lázaro a su lado y Magdalena a sus pies lo miraron ávidamente mientras Jesús hablaba:

—Un acreedor tenía dos deudores. Uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Pero no teniendo ninguno de los dos con qué pagarle, perdonó a ambos. Díme ahora, ¿cuál de ellos ha de amarle más?

Simón se arrellanó, exclamando:

—Se me ocurre que aquél a quien más perdonó.

—Pues has juzgado rectamente.

La angustia de Peleo de Milo era tanta, que le pareció que se le rompían las sienes.

Jesús hizo una leve pausa y continuó:

—¿Ves a esta niña? Entré al hogar del que tú eres tutor y no me diste ni beso para mi rostro, ni agua para mis pies, ni ungüento para mis cabellos. Pero ella, la gran deudora, es la que más me dió.

Y en seguida, dirigiéndose a Magdalena que lo escuchaba con arrobamiento, le puso otra vez la mano sobre la frente y murmuró:

—¡Porque mucho amas, mucho se te perdona!

5

NICODEMO SE ENTERA DEL JUICIO A JESÚS...

La tarde del miércoles 12 el sanedrista Nicodemo fué avisado que por la gran ruta de Sión al palacio de los Macabeos, ya venía el sumo sacerdote Caifás seguido por largo séquito de acólitos y guardias. Entonces se apresuró a tomar la vía, pues el máximo jefe de la teocracia hebrea le dió temprano aviso de que pasaría ante el hogar del anciano a objeto de ir juntos a la mansión del poderoso Anás; quien por diez años había regido el gobierno del culto hasta su deposición por Valerio Grato, pero que retenía ocultamente, por reacción contra Roma, la potestad del sacerdocio para las magnas decisiones.

Nicodemo había sido admonitor y guía de Caifás en sus primeros estudios, por lo cual éste reconocía y admiraba las virtudes de su gran maestro, velando porque la independencia y sinceridad de su carácter no le trajesen complicaciones y responsabilidades ante los príncipes del Templo, especialmente con el astuto, malicioso y autoritario Anás.

Así como Caifás, conducía el Consejo de los Grandes Sacerdotes, correspondía a Nicodemo la presidencia de la Cámara de los Ancianos, la que unida a la de los Escribas o Doctores de la Ley, formaban los tres grandes cuerpos del Sanedrín. Juntas la voluntad de uno y otro constituían una fuerza extraordinaria, capaz de imponer respeto y temor hasta en el seno del Pretorio.

Cuando los portadores del trono pontifical reanudaron la marcha, y luego de las primeras efusiones de cordialidad, Caifás explicó al anciano que la cita obedecía a que el cónclave del Sanedrín necesitaba dar solución a dos problemas graves y urgentes. Uno de ellos correspondía a las normas de conducta a observar ante la concurrencia en Jerusalén de los tres poderes, en aparente armonía pero en el fondo irreconciliables: el religioso, el del odiado Procurador de Roma y el aborrecido del rey Herodes. En cuanto al otro asunto,

era también impostergable y de una trascendencia tal, que podía crearles un tremendo e inmediato conflicto entre esa misma trinidad de autoridades que procuraban tolerar en las formas o apariencias.

—A ti, noble Nicodemo, te será penoso saber que la segunda cuestión, es formar juicio a la pérfida conducta del falso profeta, que lamentablemente tú aprecias como verdadero. Y he querido prevenirte, por el amor que te guardo. De modo que sé prudente y no regales motivos, a quienes estorbas por tu sabiduría y santidad, para que duden de tu celo.

—Venerado príncipe; tu advertencia me confirma la amistad con que me honras. Por lo mismo, sería deslealtad ocultarte que el objeto que nos convoca, en todas sus partes me causa gran dolor.

—Lo que deseo es que tu pesar por un farsante no se vuelva irremediable tormento. Vivimos horas tan decisivas para la suerte de Israel y el destino que a Jehová le plugo darnos, que nadie admitiría una cuña en el Sanedrín.

—¿Tan peligroso es sentir y pensar abiertamente?

Caifás eludió la respuesta; en cambio dijo:

—Me has iluminado con tu ciencia y también me salvaste la vida. ¿No es justo que me alarme por el resultado de tu obcecación?

Efectivamente; Nicodemo era, además de santo, médico de fama. Hacía dos años, una fiebre extraña se propagó por Judá, diezmando las poblaciones. Los sabios egipcios atribuyeron el mal a la profanación de un antiguo sarcófago, descubierto en la más alta colina de Idumea. Caifás, abatido por la peste misteriosa, tuvo en su preceptor los únicos cuidados que le devolvieron la salud.

—Que el privilegio de tu interés por mí no sea, te lo suplico, por ese recuerdo. Todo bien nos llega de Dios. Busca en mi apego a la verdad el motivo cierto de tus deferencias.

—Por lo mismo que la rectitud nos guía ¿cómo no justificaremos las inquietudes de Anás ante la pretendida divinidad de Jesús?

—También yo creí lo que vosotros, hasta la fiesta de los Candelabros. Pero quiso mi suerte que oyese al profeta explicar su doctrina bajo el pórtico de Salomón, para convencerme que se expresa por él la voluntad del Espíritu. Y si aun dudara, a ti sólo confieso que mantuve con Jesús discretas entrevistas, y cada una fué más grande y fuerte que nunca...

—¡Detente, oh noble Nicodemo! Sufro declarándote que ese poder, supuesto divino, es totalmente diabólico. Y tanto es su maleficio que puede enajenar a un alma tan pura como la que te reconozco. ¡Ay! ¡Tiemblo por ti! ¡Prométeme, al menos, que cuando des tu voto en conformidad con el error que te conturba, callarás explicaciones que te condenen y a mí me destrocen el corazón!

Y como Nicodemo vacilara, agregó:

—¡Hazlo por mí!

El gesto del príncipe del Templo era tan angustioso, que el anciano se vió compelido a responder, sin violencia para ninguno de los dos:

—Procuraré complacerte.

CONDENADOS A LA VEZ JESÚS Y ROMA...

En el palacio de Anás ya estaban reunidos los cincuenta y nueve miembros restantes del Sanedrín, sin que faltara ni el centenario Ben Calva Schevona, amigo de Nicodemo, paralítico de sus piernas desde hacía dos años, varón muy docto en casuística; aunque en puntillos de la Ley lo era más el riquísimo Chanania Ben Chiswa, hombre de contagiosa inquietud, debido a que padecía un mal nervioso que le obligaba a mantener la mano derecha en incesante sacudimiento.

Anás estaba rodeado de sus hijos, príncipes del sacerdocio: Eleazar, el primogénito; Jonathás, Teófilo, Matías y el menor, Anano. El muy sagaz, insistió para que presidiese el concilio su ilustre yerno, pero Caifás alegó que aquél era el huésped y el de mayor experiencia, muy necesaria por la calidad de los asuntos a considerar en la sesión. Sin embargo, el muy político se opuso aunque con exquisitas maneras, porque si bien ambos ocupaban el pináculo sacerdotal, las decisiones que se tomasen sólo tendrían valor para el Pretorio viniendo del pontífice reconocido. Con eso se dió a saber que las medidas a tomarse serían de extrema gravedad y que no se confiaba en todos los sanedristas. Anás agregó:

—Mucho os agradezco que, conociendo mi mal estado de salud, hayáis resuelto reuniros en mi casa. Sabéis uno de los motivos fun-

damentales de esta cita: el legado de Moisés, del que somos responsables, está en peligro.

Alarmó a Nicodemo el ex abrupto. Anás escudriñaba en los rostros el efecto de sus palabras. Se detuvo en Nicodemo cuando agregó:

—Un falso profeta, venido desde el fondo de Galilea, solevanta a las turbas y aún el romano se inclina a seguirle. Si lo primero ha herido en lo profundo el alma de la patria, lo otro precipitará su destrucción.

El auditorio se conmovió y así entraron los sanedristas, apasionadamente, en el proceso al trashumante Nazareno. Onkelos, el escriba principal, que empuñaba su estilo con el rigor de un arma, signaba los testimonios de la memorable sesión. Dijo, mientras desarrollaba un largo pergamino:

—Aquí lucen, reverendos príncipes y sapientes colegas, más y peores denuncias contra Jesús, para sumar a las graves y numerosas del proceso anterior y reunidas en dos años. Varias veces burló nuestro castigo a la hora de la sanción, huyendo de Judea. Hoy culminan sus delitos con la farsa de resurrección de un tal Lázaro, rico de Betania; más el de profanar este mes de purificación en un escandaloso banquete público, donde fué ostentada la burla de nuestro yugo, con su homenaje a Roma en el centurión Marco Tulio Germánico.

No pudiendo contener su ira, saltó Samuel Akkatón, llamado "El Pequeño", un saduceo muy erudito, que alzaba apenas tres codos y tan petulante como iracundo.

—¡Ha dicho: "No he venido a meter paz, sino la espada"!

Al oír esto, el sacerdote Simón Ben Canista, a quien la plebe conocía por "Manazas", por sus enormes puños, que empleaba con más frecuencia que las admoniciones, no pudo contenerse y descargó tremendo golpe contra el respaldar del asiento de Doras, quien, como siempre, permaneció imperturbable, sin modificar un pliegue de su sonrisa cruel.

Ben Tisti Haccassat no cesaba de gritar:

—¡Detenedlo! ¡Aprisionadlo!

Nicodemo lo miraba fijamente, recordando que en el último invierno ese judío, que era opulento y llevaba una vida de gran fausto, se quejó porque Jesús proclamara "que más pronto pasaría un ca-

mello por el ojo de la aguja que un rico en el reino de Dios". No obstante, el cargo que parecía prevalecer era el de la fingida resurrección de Lázaro, que comentaban con indignados tonos, agitándose en los triclinios. El popular Sceva puso el dedo en la llaga:

—Si en días normales toda probada conjuración con Satanás es pecado de muerte, ¿qué menos puede merecer quien tal hace cuando el pueblo se congrega en masa sobre el Templo y vibra en una tensión que el espíritu perverso intenta confundir y arrebatar?

Nicodemo sintió ganas de levantarse para inquirir:

—¿Y si el que pretendéis ajusticiar fuese el propio Mesías?

Pero leyó en los ojos de Caifás la promesa que le arrancara, y calló. Por otra parte, las miradas duras de sus colegas se dirigían tenazmente a él, como advirtiendo y castigando su inconformidad.

Anás, perteneciente a la secta más implacable en puntos de religión y costumbres, quiso apurar el proceso:

—Aclárese que la suerte del apóstata ya fué decidida desde el último Adar. Se trata ahora y simplemente de llenar un requisito, de acusación formal ante el Pretorio, para que Pontius legalice la sentencia...

—¡Eso! ¡Muy bien! ¡Es todo! —exclamaron los sanedristas, con excepción de Nicodemo, que permanecía silencioso y abrumado.

—¡Empieza a redactar el petitorio! —mandó Caifás al Gran Escriba, ansioso de poner fin a sus temores de un descuido por Nicodemo. Pero a éste se le escapó una pregunta que hizo sonreír a los menos ancianos:

—¿Con qué argumentos convenceréis al procónsul romano, que no entiende nuestra religión y aun hace mofa de ella?

—Prudente Nicodemo —interrumpió Caifás, ahora ceñudo—. ¿Quieres prestar oído a lo que dicte el sabio y venerable Anás?

A su vez dijo el escriba Onkelos:

—Grabado fué el encabezamiento de práctica. ¿Cuál el petitorio?

Entonces, en medio de la expectación unánime, Anás dictó:

"*Declaramos, con abundancia de pruebas, que las conmociones de pueblos y ciudades debidas al falso profeta llamado Jesús, hijo de José, ambos de Galilea, que desde el primer momento tomaron volumen de sediciones contra Israel, amenazan hoy el orden de Roma, desde que a influjos de su prédica se están esparciendo en-*

tre los muchos millares de peregrinos que se concentran sobre el Templo y el Pretorio, nuevas de absurdos y prodigios, con engañosa interpretación de la autoridad, que amenazan nuestra jurisdicción, pero que, por repudiar todo poder terreno, apuntan contra Roma y la paz impuesta por Tiberio César".

—¿Qué pruebas? —dijo Nicodemo, como interrogando a su conciencia.

—¡Pruebas! —rugió el abyecto Jochanán Ben Zachal, gran adulador de los romanos—. ¿Las necesita un judío ilustrado como tú? ¿No saben, hasta los ignaros de Samaria y los indiferentes gentiles que llenan la ciudad, que el pasado domingo, y como final del escandaloso banquete de Betania, el endiosado Belcebú hizo una entrada triunfal en la santa Jerusalén de nuestros padres, bajo palmas y entre flores, haciéndose aclamar nada menos que "Hijo de David" y "Rey de los judíos"?

El ambicioso Simeón, doctor en leyes y afiliado a los saduceos materialistas, entró a terciar:

—Eso vi y escuché. Mi indignación fué tanta, que exigí a las turbas que se retractasen de semejante crimen. ¿Y sabéis con qué insulto me contestó el réprobo, bajo la mirada y el aplauso de la muchedumbre?

—¡Habla! ¡Di! ¡Documéntalo, rabino!

—Estas son sus palabras, meticulosamente precisas: ¡"Si éstos callaran, hasta las piedras darían voces"!

Caifás permanecía grave y atento, como deseoso de dar a Nicodemo pruebas de su ecuanimidad. Los principales sanedristas, en cambio, lanzaban denuestos y cerraban puños. Anás, siempre sonriente por sus ojillos astutos, seguía su exposición:

"El último invierno y parte del otoño el revolucionario medró en Jerusalén, ocasionando agrias disputas y aun belicosos tumultos entre los pórticos; y para colmar la medida, luego de la fraguada resurrección de un débil mental llamado Lázaro de Betania, hizo trato con los griegos en el solio de los gentiles..."

—¡A nuestras barbas!

—¡Hay testimonios!

—¡Probado fué!

—¿A dónde irá su locura?

—Yo sé: ¡A trastrocar todo el orden del mundo!

—Dejadme terminar, oh justos.

Anás impuso sosiego y alzó la diestra, en la que lucía una joya de notable belleza; y continuó su discurso para el escriba:

"Juzga, razonable Pontius, que por doquiera te amenaza el subversor. Aquí disputa con desmedro de nuestras atribuciones y para regocijo de la plebe revoltosa, contra príncipes y doctores. Sus parciales están en nuestro seno. Con ese estímulo, de huracán a las llamas, los forasteros de Fenicia a Arabia y de Egipto a Asiria, burdos y audaces, vienen creídos de que el agitador es Juan redivivo, un hechicero castigado por el prudente tetrarca Herodes, para vindicarlos de Roma. Ya todos usan palabras de este tal Jesús, proclamando que nuestros enemigos son nuestro prójimo, lo que interpretan de que no hay esclavo ni señor; doctrina que si socava nuestras prerrogativas, también exige, para repartirlo por igualación, el mundo que gobierna Roma".

—¡Esto es concluyente, definitivo!

—¡Nosotros o él!

—¡A muerte!

Pero he aquí que sobre el imponente arrebato de aquellos sesenta prohombres, se alzó un viejo muy alto, cuyas suaves facciones contrastaban con la potencia y energía de su voz. Se hizo silencio y ante el asombro general, dijo, paseando la mirada de sus claras pupilas sobre el círculo implacable:

—El cándido Galileo es incapaz de ofender al mismo espino del yermo.

Fué aquello tan imprevisto, resultaba tan absurdo el contraste entre la descripción del terrible flagelo del orden universal hecha por el Sumo Sacerdote y la inocente imagen que, con dramático valor le atribuía aquel miembro del Consejo de los Ancianos, que hasta Nicodemo lo miró con piedad.

Al escriba Onkelos se le cayó el estilo de la iracunda diestra. Anás se puso en pie y señalando al impasible defensor con el crispado puño, gritó:

—¡Tú, José de Arimatea! ¿Te atreves a quitarle culpas al que llama al Sanedrín, a ti y a nosotros, "Raza de víboras"?

Entonces saltaron de todos los ángulos del salón voces condenadoras y coléricas y más puños cerrados hacia el impasible José:

—¡Juzgas inofensivo al que tomó a latigazos a los fieles y servidores del Templo!

—¡Puro, al que se hizo ungir por una mujer pública, llamada Magdalena!

—¡Inocente, al que amenazó destruír Jerusalén y reconstruir el propio Templo en tres días!

Caifás, alzado sobre el trono pontificio, golpeó el suelo con el báculo de oro y dijo con gesto decisivo:

—¡Basta!

En seguida de imponer su autoridad, siguió con reposado acento:

—Venerables sacerdotes y sabios: el perínclito Anás, ha sido, como siempre, nuestro ilustre inspirador y guía. Toma pues, docto Onkelos, sus definitivas conclusiones que elevaremos en dos rollos, uno para el procónsul Pontius Pilatus y el otro para el régulo Herodes Antipas, que llega mañana a Jerusalén.

Y volviéndose a su poderoso suegro, zanjó rápidamente la incidencia llamando la atención general al nuevo asunto:

—He aquí el gran problema. ¿Quieres favorecernos con tu consejo?

Anás, con aire de modestia, empezó a discurrir sobre la cuestión que aparecía como esencial:

—Durante la Pascua será forzoso mantenernos en perfecta armonía con Herodes para obrar de consuno frente al Procurador romano. Comience el acuerdo por la condena de Jesús, que complacerá a la reina Herodías, por ser el falso profeta primo hermano de aquel Juan...

—¿Conque parientes, eh?

—¿Y ya está preso el regicida?

—No, todavía.

—Pero daremos la orden para que se le prenda sin dilación.

Caifás se puso impaciente, porque sin quererlo se volvía sobre Jesús. Anás le decía, hasta olvidándose de Herodes:

—Evitemos luchas y conflictos de jurisdicción. No sea en la ciudad, sino en descampado. Sé que asiste por las tardes a un huerto que pertenece a la familia del tal Lázaro. Acudamos a los guardias de Servio Próculo, que me custodia en Sión y fío de él.

Jochanán aprovechó aquello para congraciarse con Anás.

—¡Admiro tu prudencia!

—Tengo en casa a un cómplice de ese Jesús, hoy arrepentido de sus infamias. Dijo llamarse Judas de Keriot. Según nuestro tesorero, el gran rabino Elkías, se conforma con treinta monedas de plata para conducir en seguridad a quienes irán por el reo.

Caifás, dolido de la pena que leía en el noble rostro de Nicodemo, volvió a dirigirse a Anás:

—Ilustrísimo padre; quisiéramos oírte en la cuestión trascendental...

Anás se acomodó en su triclinio de oro y expuso sin ambages:

—La expiación del falso rey y profeta es apenas el preámbulo de graves decisiones, que necesitan adecuarse a la magnitud de los peligros que acechan a la nación y a la responsabilidad que nos incumbe. Antes de ofrecer la solución necesito preguntaros si sois todos dignos de Simón el Macabeo, de Juan Hircano, de Judas el Gaulonita, de cuantos héroes y santos combatieron por la libertad y la grandeza de nuestra raza elegida...

No pudo continuar. Hasta los más ancianos se pusieron en pie o golpearon en las mesas, arrebatados de pasión mística y patriótica. Nicodemo sintió sobre su cabeza el sacudimiento de muchas manos sarmentosas, pero frenéticas, entre el tumulto de las voces sin miedo ni decoro:

—¡Muera Roma!

—¡Sí, muera!

Anás volvió a apoderarse de la solicitud del auditorio, diciendo, muy emocionado:

—Tanto celo nos estimula para que asumamos, mi eminente hijo Caifás y yo, las contingencias de una acción oportuna y temeraria. Ni la pasible esperanza de un Simeón, ni la diligente mansedumbre de un Hillel sean nuestros modelos. Lo que exige Israel y especialmente Judá, es un golpe dramático...

El recuerdo de Jesús no se había esfumado, porque alguien interrogó:

—¿Contra los discípulos del apóstata?

Anás hizo un gesto despectivo.

—¿Esos? ¡Hasta los peores judíos serán arrastrados por el ardor de la multitud en cuanto asestemos el mazazo sobre Roma!

—¿Sobre Roma? —se aventuró otro.

—¡Sí, sobre Roma!

Los sanedristas miraban con sorpresa y gusto al terrible Anás, que blandía un atributo de marfil y oro, como transfigurado por aquella decisión heroica.

—¿Acaso esperábais que la espina de la fuerza ahondara inútilmente en la carne nacional? ¿Cómo el pueblo de Dios se aprestará a recibir al que llega con la espada en el puño? ¿Qué podrá encender su voluntad de combatir sino el ensayo del combate? ¿Quién, sino el Sanedrín, va a elegirle su enemigo? ¿Cuál es el enemigo?

—¡Roma!

—¡Muera Roma!

Anás parecía remozarse entre el coro de sus hijos varones, de duros torsos y mirar intrépido. En cuanto renació la serenidad, empezó a describir las grandes líneas de su táctica, militar y política:

—Jesús es más extranjero que muchos romanos. Con él está la hueste de los legionarios que lo escuchan, de los centuriones que lo siguen y aun el mismo Procurador, desde que Prócula, nada menos que su mujer, es discípula del insurgente. Un asalto audaz, no importa el resultado guerrero, sobre uno de los baluartes de Roma y en plena Pascua, pondrá en pie y unida a nuestra nación, aventará los menores atisbos contra el Talmud y reforzará al Sanedrín en su ministerio.

—¡Admirable!

—¿Y con qué fuerza?

—Con la de Herodes.

—El rey es débil.

—¿El servil de Tiberio César? ¡Temblará!

—Herodes, sí; pero no Herodías. Ella es intrépida, audaz y tiene grandes miras que nosotros conocemos. Está desesperada por atraerse la atención del César. Si erramos el golpe, ¿qué mejor embajadora para asegurarnos la impunidad y la tregua?

—¡Estupendo! ¡Formidable!

—¿Conformes? —interrogó Caifás, mirando a cada miembro de hito en hito, mientras llevando la mano al corazón, repetían:

—¡Conforme!

Con excepción de Nicodemo y José de Arimatea, a quienes nadie se dignó mirar, como si estuviesen ausentes de la histórica asamblea.

LÁZARO VE LLORAR A SU MAESTRO...

Era jueves 13.

Lázaro se torturaba de ansiedad, gozando y sufriendo a la vez, porque si bien tenía a Magdalena en su hogar y sentía el efluvio de sus encantos, no le era dado satisfacer el anhelo de verla, ya que la joven se guardaba oculta en el dormitorio de María.

Sufría las torturas de sus sentimientos en oposición. Si unos lo atraían apasionadamente, otros lo repulsaban de rencor. Para colmo de males, nada sabía de Jesús, bálsamo de sus angustias, porque la misma tarde del convite, su "divino Maestro", como gustaba llamarlo, se ausentó de Betania, porque dijo necesitar del sosiego del centenario Olivar.

Lo que más impresionó a Lázaro fué lo que le dijo el Rabí en el momento de su despedida, mientras lo acariciaba con su mano consoladora:

—¡Mi vida por tu vida!

—¿Qué quieres decir, amado Jesús?

—De ahora, cada paso que dé, me acercará a la muerte.

Y como el mancebo se echó a llorar, lo que también hizo el menor de los apóstoles, todos entristecieron. Entonces Jesús les suavizó la pena con una gran esperanza:

—No os aflijáis, que resucitaré al tercer día de entre los vivos y los muertos.

En todo aquello pensaba Lázaro ahora; y crecía su inquietud, porque le había dado por soñar, noche tras noche, que oía la frase con que Jesús lo levantara del sepulcro. De ahí que insistiera ante Simón:

—El Maestro me llama. Necesito ir sin dilación a él.

Simón lo entretenía con sus particulares argumentos:

—¿Cómo puedes suponer, hermanito, que el Galileo, tan bien rodeado por muchos hombres valientes y con armas, devotos y fuertes, que se harán destruir por defenderlo, te reclame a ti, adolescente y delicado? ¡Sofrena tu imaginación!

Pero tanto porfiaba el mozo y era tan profundo su desasosiego, que el primo concluyó por decirle:

—Debo ir al Olivar por nuestros intereses. ¿Deseas acompañarme?

—¡Oh, sí! ¡Ahora mismo!

Montaron pues; Simón en un caballo azulejo muy brioso y Lázaro en la borrica vieja de sus hermanas, y al ritmo canso de la jumenta blanca llegaron al monte a la caída de la tarde.

Cuando coronaban la cuesta que daba sobre el valle de Josafat, se encontraron con un noble anciano, a quien conducían varios servidores, cuyo decurión o mayordomo detuvo a los primos para interrogarlos.

—¿Conocéis el paraje exacto donde reposa Jesús de Galilea? ¿A quién debemos solicitar permiso para llegar hasta allí?

Cuando se enteraron con quiénes hablaban, descendió el sanedrista José de Arimatea de su litera, porque quería conocer a Lázaro, el famoso resucitado de Betania. Cuando supo que era el adolescente mostró gran contento, y juntos fueron hasta la gran casona, donde salieron a recibirles los encargados de la granja, Labán y Timna, con sus cabreros y labradores agrupados al término de la faena diaria. Todos quisieron ver al adolescente redivivo, que amaban desde la cuna. Y más que la visita del príncipe de Jerusalén, los impresionaba la presencia real del mozo cuya fama corría por la región, enlazada a la del prodigioso Nazareno. Porque Jesús y Lázaro empezaban a ser nombres-lábaros en la ardiente esperanza de los humildes.

Eso dijo, con inusitada desenvoltura, el más fuerte de los pastores, al saber que venían por Jesús. Se llamaba Simón el Cireneo. También expresó:

—Sé donde reposa el Hijo de David al regreso de la ciudad. Gústale ver la puesta del sol desde lo alto de la caverna. Me ofrezco para conduciros allá.

Labán hizo el elogio del Cireneo, en cuanto éste salió en busca de un caballo.

—Es un mozo muy servicial y siempre dispuesto a instruirse.

Mientras que aguardaban, José hizo confidencia a los primos de la misión que se impuso en bien de Jesús. Quería advertirle que esa misma noche irían por ahí los guardias de la ley con soldados de Servio Próculo, para prender al santo.

—¿Y os exponéis de este modo, reverendo príncipe?

—Creo en el Mesías y ante él todo es poco y nadie soy, nada valgo.

Para Simón aquello era admirable, pero absurdo. Se acordó de un relato de Peleo de Milo, acerca de la locura que se apoderaba de los griegos alrededor de los sofistas. Pero ya llegaba el musculoso Cireneo; y en seguida se pusieron en marcha.

Iban los caballeros escoltando la litera del sanedrista disidente. Mientras bajaban la cuesta, dejando atrás las extensas filas de añosos olivos, el dueño de la finca observaba a su tocayo oscuro, que iba adelante, guiando, al andar resuelto de un picazo que conducía con movimiento de muslos, ocupadas las manos en los primores de la zampoña, en un aire muy alegre. Mostraba las espaldas poderosas bajo una cabellera ensortijada y casi tan roja como la del rico Simón. Hubo un momento en que éste sintió vehementísimo deseo de preguntarle algo. Se adelantó y al apareársele, dijo:

—¿Por qué llamaste a Jesús "Hijo de David"?

El aludido volvió su rostro simpático, también cubierto con algunas pecas, y respondió mirando sus flautas:

—Porque nos deleita con la música de los consuelos y nos esperanza con otra aurora del mundo. Yo le oí dos tardes, nada más; pero ya busco sin cesar la ternura de sus palabras, más dulces que las notas de mi caramillo, que es de caña de miel...

Al decir esto, volvió a brincar hacia adelante, el primitivo instrumento entre los labios. Entonces Simón regresó al lado de su primo, que iba muy triste, pensando en el cercano peligro que, según José de Arimatea, amenazaba a Jesús.

—¡Su inmolación sería mi segunda muerte, ahora definitiva!

Por fin llegaron al borde de la pendiente que caía sobre el Cedrón; y en seguida divisaron a los galileos, que descansaban en pequeños grupos alrededor de una gran roca.

—Aquella es la gruta —dijo el Cireneo, deteniéndose y saltando a tierra, para tomar las bridas de los equinos de sus amos y que descabalgasen mejor.

Al acercarse más, en redor de José de Arimatea, vieron a Jesús sentado sobre la enorme piedra que se hendía por su base en forma de gruta, de la que surgía un hilo de agua. Se hallaba tan absorto a la vista de Jerusalén que no vió acercar a los recién llegados.

Lázaro fué a detenerse a pocos pasos del Nazareno, mientras que Simón y José eran rodeados por algunos apóstoles.

Lázaro ascendió todavía algunos codos, procurando adivinar las inquietudes que abismaban a su adorado Maestro. Desde aquel sitio dominante se veían a la perfección el Templo callado, la ciudad fría, el horizonte de piedra que limitaba a lo lejos la línea ondulante de la cintura opuesta, desde la Torre de Hierro a la colina del Gólgota, bajo una masa de nubes que semejaban legiones de arcángeles conteniendo desde el confín los oscuros designios de las sombras crecientes. Hacia el Cedrón, la ladera caía con un salto de buitre sobre los rebaños del estrecho valle, y de entre las rocas, por lo general resecas, escapaba la serpiente del último aguacero.

Cerca y en torno de la muralla, excavados en la roca viva, se divisaban numerosos sepulcros de sacerdotes y ciudadanos ricos, que abrumaban los ornamentos de burdas estilizaciones griegas y romanas, del dórico másculo al corintio afeminado, gustos que empezaban a primar también en los edificios de la urbe de Dios, ahora sometida al imperio de los césares. Toda la pompa de la vanidad parecía circuir especialmente al Templo, protegido o amenazado de varias fortalezas, como la Antonia y el Pretorio. Resaltaban en los pórticos las grandes columnas de mármol y en las cimeras, las planchas de oro, rematando en agujas centelleantes. Subyugaba el fastuoso conjunto un inmenso pilón que se erguía a cien codos, entre el atrio de los sacerdotes y el santuario de las reliquias. La vieja capital de los jebusitas, conquistada por David, ennoblecida por Salomón, tomada por los egipcios primero y los asirios después, asolada por sequías, terremotos, pestes y cien flagelos y calamidades mil, brotaba ahora más grande, más rica, más poderosa que nunca. El solio del Arca, hecho más de espíritu que de piedra, había desaparecido bajo la magnificencia del progreso material. Pronto Jerusalén parecería una segunda Roma...

Así pensaba Lázaro, juntando en aquella imagen los recuerdos de sus lecturas y las enseñanzas de sus preceptores, hasta Jesús.

Ahora Jesús miraba todo aquello en absoluto silencio, en la mayor inmovilidad. Por el sentido de sus pláticas en el hogar de la aldea y lo severo de su rostro en aquellos instantes, Lázaro pensó que Jesús sufría ante tan enormes y variadas riquezas sin contenido de amor, en medio de la aun visible muchedumbre paupérrima y

dolorosa, que oraba y gemía en redor de la opulencia indiferente y muda, como el oro de los ídolos en las horas malditas del pasado de Israel, que los mayores profetas habían execrado.

¿Qué podrían recibir allá los fatigados peregrinos, que se concitaban en tan alto número y desde tan lejos, para suplicar entre las piedras labradas y los metales preciosos? Lázaro se repetía ésa y otras expresiones del santo en sus confidencias colmadas de indignación por los ultrajes al sagrado lugar, que rebosaba especialmente esos días, de cuanto la codicia humana pudo haber imaginado para mercar: animales desde inmensos toros a silvestres palomas para ser inmolados en sacrificios inútiles; alimentos y bebidas que se apuraban groseramente, artículos de bazar mezclados con los negocios de joyeles y monedas; toda la baraúnda del mugido de las bestias, el clamor de los pregones, las risotadas de los insolentes; agregándose el hedor de los trastos y excrementos, las disputas de los sectarios, la fiebre de la multitud...

De golpe Lázaro tuvo intuición de que Jesús lloraba. Corrió a sus pies y ya el adolescente Juan hacía lo mismo desde el opuesto lado, y los dos, al sentir sobre sus cabezas la caricia del Nazareno, escucharon que decía:

—¡Padre! ¡Turbada está mi alma! ¡Sálvame de esta hora de horror!

Entonces el sol apenas sostenido por el extremo de un guijarro sobre la cima del Gólgota, cayó como un águila herida de muerte por tenebroso flechero; y el espacio se llenó de negras plumas y de graznidos extraños.

6

TRIBULACIÓN Y DESCONCIERTO...

Del jueves al sábado transcurrieron para las gentes de Betania y sobre todo para el hogar de Lázaro, horas de tremenda pesadilla.

Los acontecimientos se sucedieron de un modo fatal. Antes fué la prisión de Jesús por los guardias y enviados del sacerdocio. El joven profeta desoyendo el aviso de Nicodemo y José de Arimatea, se negó a huir del monte de los Olivos, mientras que los simpatizantes menos firmes se desgranaron entre las piedras con el áspero roce de las primeras sombras. Después se sucedieron las afrentosas escenas del terrible drama.

Simón había enviado al Cireneo hasta su hacienda del Olivar en busca de espadas y cuchillos. Mas no bien hubo regresado con Labán y tres mozos del labrantío, el Rabí vió las armas y agradeció las intenciones, pero desaprobó cualquier intento de violencia, movido del propósito de entregarse voluntariamente a su trágico destino.

En el momento en que Judas se acercó a dar a Jesús el ósculo de su traición, Lázaro ya no estaba allí, porque era de noche y Simón viéndolo desmayar de impotente dolor, lo condujo a la casa, sostenido por amoroso abrazo sobre el borrén de su cabalgadura. Apenas Tinna logró reanimarlo con fricciones y sorbos de hidromiel, quiso el mancebo retornar al monte, donde hallaron solo a Pedro, porque Jesús ya iba preso a Jerusalén, y hasta los más fieles discípulos y los mismos apóstoles habían huído, espantados por los mandobles de la milicia. El magullado Pedro yacía al pie de la gruta, la espada rota. Al ver a los amigos se sentó a sollozar, mesándose la barba y los cabellos.

Cuando los primos volvieron a Betania supieron que había llegado de Galilea otro grupo de peregrinos, entre los que venía la madre de Jesús, María de Nazaret, que fué alojada en la alcoba de Marta. Lázaro sintió una pena muy grande al verse ante la santa mujer en ocasión tan horrible, y permaneció muy quieto contra un

pilar del peristilo suspenso de las noticias que lograban obtener las humildes compañeras de la madre de Jesús, pagando por ellas duro precio de vejámenes de los rudos soldados que custodiaban las puertas de las prisiones y los palacios.

Todo el resto de esa noche y el amanecer del viernes, pasados en vela, Lázaro había sentido llorar a Magdalena, resaltando para él su voz del coro de los lamentos que venían de la sala principal. En cierto modo lo dulcificaba el lazo de aquel dolor común que lo unía a la jericosana, como el único consuelo que lo detenía al borde de la desesperación abismal.

Esa mañana supieron que el Consejo de los Sacerdotes había condenado a Jesús a la pena de muerte infamante, y que de la mansión del Sumo Pontífice lo habían llevado al Pretorio, y de éste al palacio de Herodes, siempre vejado por las turbas enardecidas por los fariseos. Entonces Lázaro, saliendo de su retiro, tomó ante la sorpresa de todos, la más firme resolución:

—Ocurra lo que ocurra, yo no abandonaré un instante más a mi divino Maestro. ¡Me voy a Jerusalén!

—¡Y yo contigo!—exclamo María.

—¡Y todos!—respondieron los demás.

¡HIJO MÍO!...

Cerca del medio día llegaron Lázaro y sus acompañantes al punto de Jerusalén donde se cruzan los caminos ante la gran fachada del palacio de Herodes.

A la cabeza del nutrido grupo iban Lázaro y Simón de Cirene, y lo cerraban Magdalena del brazo de su padre, más las dos hijas de Sara, sosteniendo a María de Nazaret. En el centro se mezclaron los vecinos de Betania con sus huéspedes de Galilea. Avanzaban en un silencio dramático.

Lázaro iba pensando que Magdalena era menos infeliz que él, porque de quererlo, podía mirarlo; mientras que el pobrecito no tenía razón para volverse, porque se la negaba una fuerza justa o injusta, que le superponía más aflicciones a su duelo por Jesús.

En eso vieron aparecer a la turbamulta, que se arremolinaba entre alaridos e insultos, hacia la torre Antonia. Escucharon un

toque de trompeta, a cuya señal avanzó, abriéndose paso con la masa de su oscuro corcel, un centurión romano, tan rígido que parecía una estatua de piedra sobre una proa de músculos. En el cauce que abría en la muchedumbre lo siguieron, como barcas espantosas, una en pos de la siguiente, tres figuras que se escoraban al arrastrar, como si fuesen mástiles, sus cruces de ignominia, azotadas por el huracán de un guardia feroz, que arrancaba truenos de su látigo. De una a otra orilla del gentío, obediente a los azuzadores, se alzaban mil gritos iracundos.

—¡A muerte!

Repentinamente un clamor terrible y desesperado sobrecogió a los más pérfidos y duros:

—¡Hijo mío!!

Era la madre de Jesús, que acababa de reconocer al condenado que venía adelante.

LÁZARO ¿QUÉ TIENES?...

Cuando Lázaro y los suyos regresaron al hogar era alta noche. Creyó que hallaría dormidos a cuantos se acogían allí a la pródiga hospitalidad de los frutos de Amasías; pero Simón y el griego velaban, aguardando intranquilos en la cámara mayor, equipada con muchos reclinatorios para huéspedes varones, ahora en su mayoría dispersos. Los dos hombres miraron con angustia la entrada del doncel, tan febril y tambaleante, que Simón se alarmó.

—¡Lázaro! ¿Qué tienes? ¿Qué ha ocurrido allá?

El joven demoró en reponerse un poco, terminando por aceptar la bebida reconfortante que le escanciaron. La noche era fresca en el exterior, pero el ambiente de las habitaciones resultaba tibio y agradable. Una brisa húmeda soplaba de occidente, agitando con medrosos dedos el cortinaje de las aberturas. aunque aquello no era bastante para justificarlo, Lázaro tiritaba, dando diente con diente; por lo cual Simón lo alzó en sus brazos como cuando era niño y, luego de extenderlo sobre el más rico acubitorio, lo arrebujó en una manta de suaves pieles, arrodillándose a la cabecera, frotándole brazos y piernas hasta que los espasmos que lo sacudían se fueron apagando y permaneció inmóvil, como imanadas en una re-

mota visión las grandes pupilas celestes en el fondo de sus cavidades de intenso color violeta.

Simón hizo ademán de cubrir esa mirada absorta con la palma de su diestra, para que no mortificase los enfermizos ojos la danzarina luz del candelabro, dolido de que su ruda mano no tuviese la blandura del plumón; pero se contuvo con rapidez y alarma, al advertir unas manchas en el cuenco, sobre la línea de la vida, de un color leonado y semejantes a otras que le habían aparecido en el pecho desde la tarde del viernes. El estigma mostraba la forma y el tinte de las monedas de cobre. Hizo un gesto de horror y sus manos cayeron como muertas, hasta golpear el piso.

Milo, sentado a los pies del lecho, todo lo adivinó sin atreverse a mirar, asaltado por el miedo de que la palabra maldita que le brotó inopinadamente, pudiese herir tanto como las jabalinas emponzoñadas de los bárbaros caduceos que acosaron la retirada de Jenofonte. Y se quedó como mudo.

De súbito Lázaro se incorporó.

—Debo ir —dijo.

—¿Dónde? ¿A esta hora? ¿Así? ¡Imposible, hermanito!

—Volveré al sepulcro.

—No es menester. En cuanto transcurran los últimos minutos del sábado vendrán amigos, e iré yo con ellos hasta el monte Gólgota. Tú duérmete, necesitas descanso, no puedes más, has hecho demasiado.

—No, Simón; debo ir.

—Pero, ¿de allá no vienes?

—De allá vengo, aunque obligado por el centurión. Ahora desespero de haberlo conocido.

—¿Se niega a descorrer la losa?

—No podría intentarlo... ¡Está sellada!

—¿Eso hicieron? ¿Quiénes?

—Los príncipes del sacerdocio por medio de su escriba. Sospechan que robaremos su cuerpo. ¡Qué absurdo!

Simón hizo un gesto de cólera y disgusto.

—¡Se adelantaron a mis planes! ¿Acaso hay más de un Judas?

El griego no pudo contenerse y sentenció:

—¡Lo han rematado!

Lázaro lo miró fijamente.

—¿Por qué?

—¿No dijo: "Resucitaré al tercer día"?

—¿Y bien?

—Apenas faltan unas horas para el amanecer del domingo...

—¡Mide tus palabras! —le previno Simón al griego, que se contuvo azorado.

Lázaro volvió a acostarse y cerró los ojos. Otra vez el hondo río del silencio separó a los amigos en sus islas espirituales, hasta que cayó, como un puente imprevisto, la palabra de Lázaro:

—Simón, tú acabas de decir: "Se adelantaron a mis planes".

—¿Eso dije?

—Justificas mis temores... ¡Pretendías robar el cadáver!

Simón explicó con lealtad:

—Confieso que accedí a las súplicas de algunos amigos. Pensábamos sepultar ocultamente el cuerpo de Jesús en un lugar digno del amor que le tenéis. Era un modo de evitaros a sus creyentes la dura evidencia de que no se alzaría; e impedir además el escarnio de sus enemigos.

El griego pensó en voz alta:

—Todo fué inútil. En cuanto amanezca, Betania, Jerusalén y el sitio más lejano sabrán que su cuerpo sin honra no se ha levantado de su rigidez.

—¡Era fatal! —se le soltó al primo como un eco.

Lázaro los miró con pena y lástima, y dijo muy despacio:

—¡Todavía la duda! ¡Siempre la duda!

Simón necesitaba que lo comprendiese:

—Sé razonable y justifícanos. Cualquier actitud, la misma violencia, todo sacrificio serían poca cosa cuando se trata de salvar la reputación de los seres que fueron amados de ti y de tus hermanas.

Lázaro dió fin a tan acerba plática suspirando:

—¡Hombres de poca fe!

Volvió a cerrar los ojos y, rendido de cansancio y sueño, no tardó en dormirse. Por largo rato Simón y Peleo de Milo no se atrevieron a ejecutar el menor movimiento, para no interrumpir el tranquilo respirar del adolescente. En su mutismo y abstracción les parecía que cobraban magnitud de reproche aquellas últimas y tristes palabras de Lázaro...

¿De Lázaro? A Simón le parecía que brotaban ahora de otros labios, en ocasión indefinible. Hasta que los arrancó de su cavilación un repiqueteo de cascos y el ladrar en el huerto. Pronto, una mano de inmaculada blancura levantó la cortina de la puerta interior y apareció la faz de Marta, interrogante y preocupada. Al ver que Lázaro dormía, hizo señas a Simón de que la siguiese y a Peleo para que permaneciera velando; y se volvió como vino y más silente que una sombra.

7

SIMÓN: ¡TÚ NO CREES!...

Marta y Simón recorrieron el largo pasadizo sobre el que se abrían las habitaciones de las mujeres, hasta llegar a la gran sala posterior, la que daba al huerto.

Aquél se detuvo a la entrada para observar a un grupo de jóvenes, judías y galileas, que rodeaban gimientes a la madre de Jesús, la que se destacaba laxo el cuerpo y erguida la cabeza sobre un túmulo de almohadones.

La pobre mujer había envejecido mucho en pocas horas. Mostraba el cuello ligeramente ceñido por los brazos de una desesperada creatura que al sollozar en su seno agitaba las ondas de su cabellera como si fuese un remolino de oro. Adivinó que era la dulce María, su prima, y suaves golpes de piedad resonaron contra el muro de su pecho de varón.

Marta le dijo:

—Temí mucho por Lázaro. Ahora estamos otra vez todos juntos. ¡Y tú sobre nosotros!

—Procuró, amorosa, tomarle una mano; pero el joven la retiró, escondiéndola bajo la capa. Al hacer esto, tuvo conciencia de que comenzaba para él otra vida, solitaria y tremenda. Ya nunca podría dar gusto a sus dedos ávidos de acariciar la piel de flores de la mujer querida. Y apretó los párpados, porque le faltaba quedar ciego y dejar de ver el rostro adorable, más puro que el de las diosas de alabastro que presidían el ara de los gentiles. Y sintió que un abismo de horror se abría bajo sus plantas.

—¡Simón! ¡Amigo! ¿Qué esperas?

No tocarla; no verla. Pero ¡oh atisbo de remota felicidad! aún en el desierto de los malditos, tras las murallas de los peores suburbios, en los escondrijos del erial, en medio del más trágico desamparo, donde se le obligaría a desaparecer en cuanto se descubriese la razón de aquellas manchas que comenzaban a macular su

piel, el recuerdo de mil palabras de amor sería como una suerte de presencia, para acompañarlo hasta el momento definitivo y tal vez siempre más allá...

—¡Simón! ¿Qué buscas?

—¡Acércate!

—¡Ven con nosotros!

Por fortuna se le aproximaron algunos mozos, separándolo de Marta. Creyeron que no atinaba a orientarse en el salón tan poco iluminado, entre tanta gente; y lo condujeron con gran solicitud hasta la mesa en cuyo redor se sentaban, en el ángulo opuesto al de las mujeres llorosas, ofreciéndole un banco y en el sitio mejor. Eran Ezequías, Hanán y Benjamín, huéspedes galileos, del concilio de los sesenta y dos hombres escogidos por Jesús para predicar en la Perea; más Elam, uno de los postulantes de la Samaria, admitido en el último viaje, el funesto. También estaban allí el rico y diminuto Zacheo, llegado de Jericó para acompañar a María de Nazaret en su última etapa, según le explicaron. Marta iba y venía solícita con todos. Por momentos, el importante recaudador jericosano se levantaba, iba al peristilo del huerto, daba voces o hacía señas entre las columnas animadas de sombras y susurros, y volvía a su lugar ante la mesa.

Sobre ésta, alrededor del candelabro, había copas de plata a medio escanciar, una larga bandeja conteniendo pasteles de miel, y el ánfora del vino, de delicada alfarería. Bajo la luz, en una pequeña vasija, agonizaban rosas níveas y áureas.

Desde su sitio, Simón pudo advertir a su padre que dormía sobre un escabel, apoyando la nuca contra el muro, cerca de las mujeres; y con espontáneo y amoroso gesto se quitó la capa y fué a cubrir a Zachú, volviendo a ocupar su banco. No teniendo ahora donde esconder las manos, las puso bajo la mesa, quedando en actitud embarazada, impropia de él.

Ezequías le dijo mientras le colmaba el vaso:

—Venimos del Gólgota, de cuidar a Lázaro, de acuerdo a tus instrucciones.

Agregó Elam:

—No nos vieron, ni él ni la guardia, que llegó al oscurecer, escoltando a un grupo de funcionarios del Templo, según vimos por sus ropas. Estos rondaron el sepulcro y se volvieron a la ciudad.

Zacheo, regresando del peristilo, completó el informe:

—Lázaro permaneció entre los soldados y, como los gestos eran amistosos, no hallamos motivos de inquietud. Es más: llegó a pasearse con el centurión mientras que los mílites se arrebujaban en sus mantos. Hasta hubo un momento en que se sentaron juntos a platicar ante la losa de la entrada.

Los demás agregaron:

—Estuvimos a cincuenta codos, ocultos por la maleza.

—La luna, saliendo después entre dos nubes, les dió de lleno.

—No sospecharon nuestra presencia.

—Por último, Lázaro se apartó del romano y lo seguimos en su regreso, sin que él lo notase.

—¡Iba tan absorto!

—Allá quedan todavía mi servidor; el osado Leví, con Cleofás y Lucas —expuso, mientras que se alzaba para salir de nuevo, el recaudador jericosano.

Ezequías puso el tilde sobre un hecho importante:

—Si los que permanecen allá de los nuestros, no han regresado, significa que la guardia no se ha movido del lugar. En consecuencia sólo quedan dos caminos para hacernos del cadáver: suplicar su entrega a los romanos o reducir a la impotencia a la confiada custodia...

—¡Armanos y condúcenos, Simón!

—¡Eres nuestro adalid!

—¡Opto por el combate!

Como a un golpe mágico aquellos varones se pusieron en pie alrededor del hijo de Zachú, decididos, brillantes los ojos, crispados los puños. El intrépido Elam, famoso por haber defendido y salvado a muchos mercaderes de entre las manos de los bandidos en las gargantas del Carmelo, en impulso violento hizo zigzaguear sobre la nube de su oscuro manto, la centella de una hoja de bronce. Hasta el anciano Zachú, que creían dormido, enderezó el busto y tanteando por su bordón, clavaba en el hijo una mirada resuelta y orgullosa. Marta, que iba consolante y solícita por entre los huéspedes, se detuvo de golpe. Las mujeres que lloraban se callaron atentas. Todos pendían del gesto de Simón, incomprensiblemente quieto en su banco. Quien habló fué Marta:

—¿Queréis guardarlo en secreto y hacer escándalo a la vez?

Zacheo, como si adivinase de qué se trataba, regresó presto para decir:

—¡Vaya un modo de probar su resurrección y justificarnos!

Como Marta sonrió también, los hombres se serenaron. Indudablemente las muchas e intensas emociones, el cansancio de la jornada febril, y ahora la vigilia forzoza los ofuscaba cuando era menester que pusiesen más cálculo y prudencia en todo. Los hombres se sentaron en actitud confusa. Zacheo les hizo ver una nueva fase de la cuestión que los torturaba.

—Lucas me ha enviado a Leví con la noticia de que el centurión, único romano que vela ante la losa, es un partidario reconocido de Jesús: ¡Marco Tulio Germánico!

—¡Aleluya! —saltó Ezequías, trocando su tensión en delirante contento, que compartían los amigos, levantando los vasos.

Fué cuando Simón se puso en pie con presteza:

—Admito que la guardia esté desprevenida, si queréis atacar; y que el centurión sea nuestro amigo hasta el punto de olvidar su deber, si preferís el ruego. Lo mismo da, porque todo es inútil. La losa no puede ser removida ni por nosotros ni por los romanos...

—¿Cómo?

—¡Explícate, por Jehová!

—Es claro y tremendo —siguió Simón—. Los doctores saduceos han sellado con el timbre del Sanedrín la gran piedra del sepulcro.

—¡Maldición!

—¿Quién los impùso de nuestros planes? ¿Quién?

—¡Lo ahogaré con estos puños!

La pesada mesa se sacudió con el ímpetu de los galileos indignados. Cayó el ánfora a medio llenar, partiéndose y rodando sus trozos por el piso. La bandeja de los dulces sonó como una campana herida. Rápida mano providencial logró cerrarse sobre el haz de las candelas, haciendo que danzaran grotescas sombras en redor de las paredes. Las rosas, al iniciar su danza fúnebre, desparramaron en el giro sus túnicas de plata y oro.

Restableció la calma, haciendo más viva la tensión, una voz pausada y enérgica que, partiendo del vértice que ocupaban las mujeres llorosas, vino a repercutir en los corazones más endurecidos:

—¡No creéis en Jesús!

Las caras se volvieron súbitas hacia la acerba frase. Ahí estaba María de Nazaret, dominándolos a todos con su mirada húmeda, firme y de maravillosa tristeza.

Al oír el nombre como mágico del mártir, en labios de su desesperada madre, las tiernas jóvenes volvieron a sus lágrimas. La hermanita de Lázaro, sin desprenderle los brazos del cuello, la miró con ansiedad. Y no obstante aquel coro de lamentos, la extraordinaria mujer se mantuvo serena, fortalecida e iluminada por una luz, un fuego tan evidente como incomprensible.

Simón la miró con deferencia y recogimiento. Era la primera vez que se fijaba en ella con cuidado. Su tipo mostraba a la perfección las características de las escrituras; esbelta y majestuosa como los juncos del Jordán y de una estirpe que aun en la mayor pobreza y tocada de humildad, infundía respeto e inspiraba homenaje. No había duda que, a igual que el hijo, su soberanía era procedente de un imperio muy singular: el del espíritu. Eso le pareció absoluto, innegable. Y se quedó perplejo, sin saber por qué, ni poder apartar sus ojos de ella.

Marta exclamó a su lado, en voz baja:

—¡Oh madre dolorosa!

Ningún nombre le pareció a Simón más justo, más expresivo que aquél. Era todavía muy bella, aunque proclamaban su madurez los bucles de hilos plateados entre las guedejas de oro. Siguiendo la misteriosa ley de que los varones heredan los rasgos de sus madres, ahora parecía más real y patética la acentuación de la fisonomía de Jesús, por la frente alta y espaciosa, la nariz recta y delicada, la boca breve y triste, los grandes ojos azules y enérgicos; y especialmente, en la forma y posición de ciertas arrugas faciales, que dibujaban un gesto a la vez dulce y amargo, un no se sabía qué de piedad y desilusión, que sugestionaba y conmovía. Y también, o sobre todo, un "algo", un poder incuestionable, indescriptible. Sin esfuerzo alguno, Simón se acordó de su madre, como si aquella mujer pudiese despertar en todos semejante pensamiento; como si fuese ella el símbolo supremo de la maternidad. Y repitió, con ternura, aunque sólo para su alma:

—¡Oh madre dolorosa!

Por unos instantes, penosos y lentos, nadie respondió al reproche de la grave forastera, que había hablado para todo el concurso, pero que tenía las miradas fijas en Simón, como si él fuese el centro de la duda. Marta quiso diluír la tenaz expectativa y rebuscaba el modo; cuando Magdalena atrajo sobre sí la atención general. Hasta entonces la hija de Jericó se había conservado inmóvil, casi estatuaria al lado de Zachú, desdibujándose su cuerpo entre un manchón de sombra, procurando pasar inadvertida. De modo inesperado pronunció, claras y seguras, estas dos palabras:

—Yo creo.

Y sin que nadie osara retenerla, la pecadora perdonada rompió a marchar, saliendo al peristilo, hundiéndose en las tinieblas que cubrían el huerto. Apenas si María, la hermana de Lázaro, le dirigió un fatigado suspiro por sobre los hombros de sus compañeras:

—¿A dónde vas?

Pero Magdalena ya se había perdido entre la noche. Nadie salió en su busca, unos por la laxitud del cansancio; otros, porque imaginaron que no pasaría del jardín.

Ni con eso hallaron alivio los ojos de Simón. El judío no tuvo más quitasol que su propio discurso.

—Santa y noble mujer —comenzó— tú honras la casa de mis primos, que es como mía. Sea para ti nuestro mejor tributo de sentimientos solidarios. Y porque compartimos tu aflicción, dígnate escucharnos con misericordia. Aunque nuestra conducta no te satisfaga, advierte en ella un modo particular de proteger la memoria de lo más tuyo de ti...

Los demás hombres, también en actitud embarazosa y como cogidos en falta, se sintieron reanimar ante aquel exordio, que prometía un desenlace feliz. Simón, animado por un gesto de Marta, continuó más seguro:

—No quisiera comentar versiones malévolas, ni apoyarme en sus desvíos. Mas hay ideas que se nos ocurren con recta intención y que no callaría la sinceridad de mi carácter. Así, durante el proceso de tu valiente hijo yo esperé, hasta con frenesí que me pareció locura, un testimonio salvante, decisivo. ¿Quién no reconoce que nos faltó su advenimiento? ¿Eso es pecado de fe?

Sus amigos asintieron:

—Yo también esperaba.

—¿No elevé mil preces, suplicando por un signo?

—¡Y yo!

Hasta María de Betania, incorporándose brevemente, le dijo a la madre lo que ninguno oyó, pero que Marta supo interpretar en voz alta:

—Simón es bueno y justo.

Zachú miró contento a su hijo, que prosiguió con dulzura:

—María de Nazaret; bien sabes que mientras los discípulos se alojaban en mi casa, Jesús prefería este hogar y sentarse en el sitio que tú ocupas, a la vista del huerto y los jardines, teniendo a Marta a su alrededor y a María y a Lázaro a sus pies. De verle amar por los que amo, me torturaba con mis sentimientos; y aun hoy me abruma la ignorancia de no saber por qué lo amo, o sólo me conduelo por mi amor a quienes sufren por él...

Sentía que se consolaba con aquella confesión imprevista, súbita. Nunca lo habían conocido tan razonador y locuaz. Hizo una pausa para ordenar sus ideas y continuó:

—La última vez que lo oí en intimidad, él describía a mis primos, los tres a sus plantas, el reino de Dios. Creyendo yo que no me advertía, permanecí en la oscuridad y cubierto por la cortina; no obstante lo cual me dirigió unas palabras como las tuyas y con acento semejante al de tu voz: "Simón, tú no crees"...

¿A qué venía aquello? El concurso se inquietaba, viéndolo ir por vericuetos, con la embarazosa actitud del niño cogido en falta, escondiendo las manos entre la túnica. Parecía otro, jamás él. Marta sufría, sabiendo que sus vacilaciones eran aun más profundas y sus diferencias más graves de lo que confesaba. El pobre Simón quiso dar término al giro de su discurrir y, evitando la mirada siempre abrasadora, se inclinó hacia sus amigos:

—Justificadme, os lo ruego. Alguien debe tomar sobre sí la misión de asegurar el cuerpo de Jesús en un sepulcro nuestro, cercano y decoroso. Queda un solo camino. Iré a ver al sanedrista Nicodemo, tan compasivo, para que ese deber se cumpla antes de la plena luz y con las debidas precauciones, pues sus enemigos acechan...

Nadie le contestaba ni se movía. Buscó un argumento, tan natural como terrible:

—¿No véis que estamos para el tercer día?

Le respondió un silencio y una quietud más hondos. La madre se limitó a decir:

—Los que confiáis en él, orad conmigo.

Había una fuerza tan subyugadora en esta invitación, que las mujeres empezaron a orar en alta voz, mientras que los varones sentados humillaban sus rostros en la mesa. Hasta Zachú ocultó el suyo entre las manos, en actitud implorante.

Simón ya salía, presuroso. Pero muy apenada al ver que nadie se fijaba en él, Marta empezó a suplicar de esta manera:

—¡Señor! ¡Haz que confíe!

A poco la escena cambió, con la llegada de una mujer de edad madura y rostro enérgico. Cada uno de sus brazos más que enlazar, impelía a dos mancebos muy avergonzados, que eran sus dos hijos. Cuantos se hallaban en el salón los recibieron con gusto.

—¡La mujer de Zebedeo!

—¡Juan!

—¡Santiago!

La recién llegada fué directamente hacia la madre de Jesús y gritó al mayor de sus atribulados renuevos:

—¡Oveja pavorida! ¡Ruega que te perdone la madre del pastor!

Ambos mozos se echaron por tierra y Juan, el más pequeño, rompió en gemidos al ver estallar el dolor de su hermano.

8

LÁZARO DESPIERTA ANTE EL CENTURIÓN ANONADADO...

Estaba el griego velando el sueño de Lázaro y sumido en inquietantes cavilaciones, mientras aguardaba el regreso de Simón, cuya tardanza le parecía un indicio más de sus funestos presagios. ¿Por qué Marta, al reclamar la salida del joven judío, hizo que él no se moviese de ahí? ¿Le querían evitar el conocimiento de una nueva desgracia? ¿Se trataba de Magdalena? Y excitado por la curiosidad pero sometido por la discreción, no atinaba a obrar ni a calmarse.

Sorpresivamente se halló pensando en un hecho tan curioso como efectivo. La muerte de Jesús abría a todos el camino de una existencia nueva. El mismo Peleo de Milo, se hallaba en trance de sufrir un cambio radical. Hacía apenas una hora, mientras aguardaban el regreso de Lázaro, Simón le concretó de repente la propuesta excepcional. Podía repetir aquellas nobles palabras:

—Oyeme bien, Peleo. Tú has servido los negocios de mi padre y los de Amasías con una honradez y solicitud que ellos te alabaron, pero que tu vida errante no les permitió retribuir como debían y lo quisieron. Te hallas en hora de reposar después de tantos sacrificios. Hónrame pues, aceptando para siempre nuestra casa, compartiendo el mismo afán, yo más bien sobre Lázaro y tú sobre Magdalena; fraternizando en un patrimonio que nos es común. No te pido la quietud perfecta, porque sería contrariar tu índole. ¡Gobernarás nuestros negocios! ¿Te resuelves, por fin?

La generosidad del ofrecimiento y la tristeza de la voz eran tan emocionantes, que él volvió el rostro para ocultar sus lágrimas; porque a veces la felicidad es tan insólita y fuerte como un duro castigo. Ahora, mientras vencía el sueño y sin que disminuyese su gratitud, pensaba:

—Debe hallarme muy viejo cuando tan hondo se apiadó de mí.

Era indudable que en ese último período Peleo había sufrido lo bastante para caducar como la hoja de la higuera con los pri-

meros rigores del invierno. Mas, recordando el gesto de Simón al ir a posar la diestra sobre la frente de Lázaro, creyó comprender la urgencia de otra causa terrible. Ahora...

—¡Por Júpiter! ¿Qué veo?

Algo impresionante. El dormido joven se doblaba por la cintura con una rigidez de tapadera sobre la bisagra. Los ojos los tenía muy abiertos y fijos.

—¡Lázaro! ¿Qué haces?

Lázaro le probó que no oía, ni reparaba en él. Erguido ya cuan alto era, rompió a andar, sin manto ni turbante. No había lugar a duda: caminaba en sueños.

El griego no se atrevió a llamar ni a impedirle la salida. Todos decían que despertar a un sonámbulo, aun causarle la menor violencia, significaba matarlo. Entonces, mejor que provocar alarma y desesperar a la familia, optó por seguirlo, confiando que como en otros casos en que fué testigo, el soñador volvería a su lecho y todo se resolvería en paz.

Iba a pocos pasos del mancebo, para cuidarlo y socorrerlo si era preciso. Y entre la impavidez del soñante y la vacilación del insomne fué corriendo el camino. No tardaron en hallarse fuera de Betania.

Hasta que no traspasaron la linde del Olivar, Milo creyó que la aventura terminaría en un triclinio de la mansión de campo. Pero el seguro y ligero andante bajó la cuesta del Cedrón, cruzó el puente de sillares y enderezó a Jerusalén por la puerta de Jericó, ante la que siguió de largo, por el sendero envolvente de los muros, en la indudable dirección del Gólgota.

Se hizo claro a Milo que Lázaro iba dispuesto a cumplir en trance inconsciente el poderoso deseo que manifestara a él y a Simón en estado de lucidez. Avanzaba con la tiesura y la rectitud de una flecha hacia el blanco.

¿Qué sucedería? Volvió a rechazar la idea de contenerlo, convencido de que no pararía hasta llegar al sepulcro de Jesús. No podía imaginar qué ocurriría con la guardia.

La noche era cada vez más oscura y tanta la densidad nubosa que el resplandor del plenilunio sólo aparecía a muy lejanos trechos.

La blanca túnica del joven le servía de referencia para no perderse de él y del camino. En algún instante temió desmayar de

fatiga. ¿Cómo el enfermizo Lázaro no daba señal de vacilación ni cansancio?

En época de apasionamiento místico y frecuentes alucinaciones, cualquier viajero nocturno hubiese tomado por un aparecido de otro mundo aquella figura clara y como flotante, que una sombra perseguía. Por eso no extrañó a Milo si unos bultos que debían ser hombres, apostados en el sendero al pie del Gólgota, ahogando gritos de pavura echaron a correr. Ahí dió Milo contra un seto, que el soñante salvara incólume. Al reponerse lo asaeteó la vislumbre de una hoguera en acecho. A contraluz de sus llamas iba y venía la figura corpulenta de un soldado, puño en lanza. Habían llegado al sitio de la sepultura.

El mílite, advirtiendo que alguien corría hacia él, adelantó el arma y disparó un grito:

—¿Quien va?

—¡Un griego, en son de paz!

Y buscando escurrir el cuerpo a la punta de bronce que se ajustaba a sus costillas, mientras que el fantasma se les venía presuroso, Peleo de Milo clamó:

—¡Piedad para Lázaro! ¡El pobre vaguea dormido!

Una voz acostumbrada al mando, breve y enérgica, se adueñó del instante, evitando un desatino. Por fortuna ya brotaba el cáliz lunar entre las altas y terrosas nubes.

—¡Atrás, soldados!

El griego reconoció a Marco Tulio Germánico, el centurión que estuvo ante Jesús en el convite de Betania. Rápidamente el capitán se acercó a Lázaro, que se detuvo ante una gran piedra casi tan blanca como su veste, para sentarse en el resalto, rígido el cuerpo y atónito el mirar, tocado de una impavidez estatuaria e impresionante. Los demás soldados de la guardia, arrancados del sopor de la vigilia, los seguían con callado asombro.

—¡Pobre doncel, sí! —se condolió Marco Tulio, con una piedad extraña en un varón de su clase. Después se dirigió al griego alzando el acento y exagerando su condición:

—Anciano; creo que te conozco. ¿No eres el tutor de esta infeliz creatura? ¿Y venís solos?

—Solos, sí. Llegué en su pos; porque hacerlo despertar, es matarlo.

—Entonces esperemos y siéntate conmigo, mientras que mis soldados reposan. Ya se despabilará por sí y podrás conducirlo a casa. ¡Cuidado! Parece ser mozo de poca salud.

Era indudable que quería justificar su condescendencia. Con tono paternal autorizó a la guardia:

—Descansad, que yo velo.

El gigante de la lanza se apartó con premura, urgido por el sueño, para envainarse en la maleza, junto a sus camaradas. Pronto se escuchó el apretujarse de los cuerpos, y todo se hizo tranquilidad.

Sentados ante la hoguera, que avivaba el centurión para entretenerse, el griego quiso romper el pesado mutismo.

—¿Esa es la tumba?

—Como ves, está sellada. No hay peligro de que nadie la fuerce.

Bajando cuanto pudo la voz, dijo confidencial:

—El pobrecito resucitado del divino Jesús ya estuvo aquí, suplicándome para que lo dejara asistir al milagro de que el sepulcro se abra solo. Yo le insté para que se fuese, porque tiene enemigos que en su ingenuidad ignora. Y si nos cercan por ahí los discípulos del santo, no podemos extrañar que también nos vigilen espías del Sanedrín. Tú eres griego y no me inspiras desconfianza. No obstante, aseguro que nos comprometes. En cuanto Lázaro se reponga, te lo llevarás, y bien ligero.

—Eso haré. Pero, ¿has visto cosa más extraña? Está por rayar el tercer día y el pobrecito, como bien le dices, aún dormido acude a la cita de su fe...

—¿Te inspiró mi asombro? ¡Eso mismo pensaba! No te oculto que yo, hombre más de hierro que de carne, estoy conmovido.

Al griego le pareció que, efectivamente, al rudo soldado le temblaban el timbre de la voz y el sarmiento que sostenía su mano. Por otra parte, él también, hombre sin remilgos, sentía una ansiedad imponderable, como un presentimiento de "algo" que su razón rechazaba, pero que iba a acaecer.

Para completar su angustia, un lamento horrible se alzó muy cerca, por el siniestro lado y hacia el monte. El centurión dijo:

—No te asustes. Es uno de los crucificados. Un tal Gestas, que agoniza. El otro acabó la noche del viernes. Según afirmara el oficial a quien relevé, le partieron mal sus muslos al arrancarlo del madero.

—¿Y a Jesús?

—No fué necesaria violencia alguna. Murió tan rápidamente que Pontius Pilatus no podía creerlo. De ahí que preste alguna atención a las intrigas del sacerdocio.

Volvieron a enmudecer. El silencio dolía como una llaga. Mas también la voz era insufrible. Oyeron por fin al gigante, parado ante los dos, del otro lado de la hoguera:

—Mi centurión: ¡va a amanecer!

Repitió estos tres últimos vocablos con lentitud tan recogida, que Peleo de Milo preguntó con sorpresa:

—¿También vosotros creéis?

Como el romano tardara en contestar, pensó que se había extralimitado: y quiso disculparse.

—Perdona si osé interrogarte; lo hice sin pensar.

El centurión le contestó de un modo bien expresivo:

—Si mandando a muchos acepté venir con tan pocos, ¿cuánto no desearía esta velada? ¿No es esto una confesión?

—Los griegos sufrimos la pasión de inquirir, inquirir siempre. Tu confianza me honra y estimula... ¿A qué tantos sellos, me digo, estando tú aquí?

—¿A qué? ¿Acaso ignoran los escribas de Judá cómo cumplen sus deberes los soldados de Roma? Si pidieron la garantía de mi guardia para esta noche, que yo acepté, es porque desean perderme. Ocurrirá de tal modo, que si Jesús no se levanta, seré el testigo obligado de su impostura; y si él sale de aquí... ¡pues yo he violado los sellos! ¿Comprendes mi situación?

—Yo, que tú...

No tuvo tiempo de decir más, porque lo contuvo la exclamación vehemente:

—¡Mira!

Se dieron vuelta para seguir el índice del gigante, que señalaba el sepulcro; y vieron que Lázaro se ponía en pie...

Súbito una ráfaga insólita lo sacudió todo, del aire a la roqueda. Vivísima y cegadora luz rasgó el velo de la noche y un rayo terrible vino a caer justamente sobre el peñón sepulcral.

A la repentina violencia del nublado, al imponente resplandor, al retumbar del trueno y al chasquido de la centella, los hombres se volvieron bajo sus mantos. Los más sencillos se arrojaron a tierra

con aprensión. Sólo, cuando el monte dejó de retumbar, levantaron la frente y se repusieron, para circuir al centurión, como en apresto de defensa. Pero los volvió a sobrecoger un grito extraño, mezcla de júbilo y pavor, al que hizo eco el último alarido que brotó de la colina infamante:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Era Lázaro.

Ahora estaba despierto y extendía los brazos al ritmo de aquel nombre, hacia la dirección opuesta a la del sepulcro.

Subyugados por tan dramática actitud, el centurión y Peleo saltaron al socorro del adolescente.

Al cesar la turbonada se pronunció el nuevo día.

Ya los soldados recobraban los dispersos avíos. Volvía la paz. En eso sintieron que los sacudía el grito del centurión.

—¿Dónde están los sellos?

Volvió a repetir varias veces esa frase, dando pasos inciertos, hasta apoyarse, para no caer, en el hombro del corpulento asistente.

Los demás miraron con estupor. La losa aparecía quebrada y removida por el ángulo externo. Las cintas habían saltado y no quedaba señal de lacre. Una enorme raya oscura, como un hachazo de fuego, se marcaba con nitidez sobre el musgo quemado de la grieta.

Al ímpetu de su presentimiento el centurión se lanzó por la hendidura. Los que miraban contuvieron el hálito, hasta que resonó en la caverna del sepulcro la tremenda confirmación:

—¡Vacío! ¡Está vacío!

9

SIMÓN EL POBRE CON SIMÓN EL RICO...

Al dejar la sala donde tanto lo hiciera sufrir la ortiga de sus dudas, Simón fué deslizándose con el menor ruido de sus sandalias a lo largo del corredor que conducía a la calle; y al pasar frente a la habitación de los hombres, la vió en tinieblas y silenciosa, pensando entonces que el griego había apagado las candelas para favorecer el sueño de Lázaro y reposar él, como falta le hacía.

No queriendo turbar el descanso de uno y otro, se encaminó a su hogar. Unos pocos huéspedes yacían en sus lechos. Dos mozos del servicio custodiaban las puertas y las lumbres. Simón se informó de que todo estaba en tranquilidad. Se puso una capa oscura y abrigada, se proveyó de un bolso con dinero, ajustó a la correa de su túnica una filosa daga que fué de Zachú y, rehusando la compañía que le ofreció su mayordomo, tomó el camino de Jerusalén.

Iba a grandes pasos, cuando la densa oscuridad y la mala ruta se lo permitían. No bien alcanzó la extremidad del huerto de Lázaro vió que un bulto se movía y enderezó a él.

—¿Quién va?

—Un pobre galileo. ¿Y tú?

Simón, el de estas casas.

—¡Ay de mí, noble Simón!

—¿Quién eres? ¿qué buscas?

—Soy Pedro; y busco a mis hermanos...

Simón poco veía, porque las nubes cerraban más y más el cielo. Pero terminó por reconocer la hermosa cabeza del primer apóstol.

—Estoy juntando el rebaño. Supe que Juan y Santiago volvían a Betania y ansío verlos.

—Están en el hogar de Lázaro.

—¡Se acerca la gran hora! ¿Sabes?

Simón, en vez de responderle sobre lo que no comprendía, lo que su mente rechazaba y que parecía seguirlo como sombra en la sombra, dijo:

—Entra en silencio, porque Lázaro duerme. Hallarás a los tuyos en el salón del jardín. Agrupaos después en mi casa, que el mayordomo os agasajará.

—Gracias, hermano, y salud.

—¡Salud!

Siguió de prisa el judío para reconquistar esos instantes; pero hubo de conformarse pronto a un ritmo natural y a veces lento, porque experimentaba una fatiga rara, que se unía a su tristeza. Los posibles peligros del trayecto no daban lugar a muchas reflexiones, pese a lo cual algunas ideas turbadoras lo perseguían obstinadas, y su espíritu tenaz combatía contra ellas.

Le costaba comprender la posición ilógica de sus amigos. Precisamente cuando más se acercaba al amanecer, tanto más apremiante se hacía la providencia de sepultar a Jesús con máximo decoro y en la linde del pueblo que lo amaba. Y eran los obligados a honrarle quienes se desentendían de responsabilidades y trabajos y en el momento decisivo. Le resultaba hasta absurdo que los tuviese que afrontar él, Simón, el menos adicto al desventurado iluso. Eso era: "el gran iluso". Ahora, ennoblecido por el tormento de la muerte, no se atrevía a dar al Nazareno un calificativo más ajustado a su convicción de ayer, que era la del paciente, más que de fantasía, de locura. En cuanto a la pena que lo embargaba, le pareció natural. Su actitud razonable equivalía a un delito para quienes confiaban en una resurrección que contradecían los vejámenes, las torturas, el aniquilamiento físico y moral del que les sostenía la fe. ¿Qué era todo eso, sino pesadilla y demencia? El no cejaría sólo para evitar a sus amados primos, con el venir del alba, que el sepulcro del Gólgota, que ya apestaría, fuese lugar de nuevos engorros y mayores escarnios... Apenas si procuraba cumplir un deber; pero si Jehová señalaba a un hombre sensato y recto en todo aquel mundo de extravíos, ese hombre era él.

Arguyendo de tal modo se sobrepuso a la postración, hasta que llegó a Jerusalén. Halló las puertas libres por el ir y venir incesante de los peregrinos. Se acercó a las torres de David mientras soplaba

repentino viento y los relámpagos prometían llover. Eso favoreció su entrada, evitándose molestos interrogatorios.

De las posadas y los negocios salía alguna luz. Tomó por la vía de Anathoth, subió por la de los mercaderes de paños y luego de cruzar la llamada Cripta de Jacob, se halló en la Plaza de las Abluciones, que marginaban algunos palacios, destacándose el de los Macabeos, próximo al cual se erguía el que buscaba.

Llamó al portal. Afortunadamente el piadoso señor de la casa velaba en oración y pudo informarse de su deseo cuando ya los servidores lo despedían sin misericordia, hasta el momento de las audiencias, que eran al anochecer.

—Has tenido suerte —díjole Nicodemo, mientras devolvía el saludo de Simón; porque según la costumbre, los ministros de mayor edad nos retiramos por la noche con licencia de reposo; tanto más justo cuando es sábado. No pude disfrutar del triste privilegio, porque sentí más gusto de orar que de entregarme al sueño. Y en eso me hallaste.

—Varón insigne; la gracia de Jehová se suspende de ti.

El anciano hizo brillar un fulgor entre las cenizas de sus ojos, agradeciendo la generosa pleitesía, y los bajó hasta sus pies. Se hallaba despojado de insignias y atributos, y humillaba en el frío mármol las plantas sarmentosas. Simón se hizo cargo de su delicada respuesta.

—Amigo de Betania; oraba por nuestro buen Jesús. Me alcanza el sufrimiento de ti y de los tuyos. ¡Créelo!

¡Creer! Simón no escuchaba aquella noche más que esa palabra, expuesta de cien modos, pero resaltando sobre todas las demás...

—¡Creer! ¡Creer! Ahora la pronunciaba un príncipe de la Ley, poderoso y venerable, y con tanta humildad que la barba se le estremecía al ritmo de su pecho.

—Perdona, anciano, mi desasosiego.

—¿Qué urgencia te trajo?

—¡Oh príncipe magnánimo! Eres miembro del Sanedrín y bienquerido de Caifás, el ilustre. ¿No agregarías otra merced a las muchas e invalorables que te debemos, mediando para que, desaparecida con el nuevo día la razón de precavernos de lo que tú sabes, y antes de que se haga burla y estrépito, se quiten las bandas que aseguran de violación el sepulcro de tu propiedad, se aparte la cus-

todia y nos entreguen el cadáver, que queremos honrar en un sitio más próximo a Betania?

—¿Ya apunta el día?

—Cantaron los gallos por tercera vez.

—Advierto que sus discípulos no esperáis el último milagro...

Simón se sintió subyugado por aquellos ojos grises, tan puros. El sanedrista lo conocía por los negocios del judío en Jerusalén, y como sabía que Jesús se albergaba entre las gentes del rico comerciante, supuso que lo aceptaba por maestro. Quedó perplejo, pues, cuando le oyó explicarse de este modo y con cierta brusquedad:

—Soy apenas amigo de sus discípulos. Pero soy judío hasta los tuétanos, de los que se ciñen al Talmud. No obstante, amo a mis primos, los Lázaro, que esperan la resurrección. Y ésa, oh noble Nicodemo, es mi tortura, porque siendo menester que alguien los socorra y proteja en estos días amargos, mi razonable diligencia me vale como culpa; al punto que cada paso que doy en provecho de Jesús y de los míos, me va apartando de éstos... ¡Oh príncipe! ¿Me escuchas? ¿Por qué me miras así?

Efectivamente, el doctor de la Ley, al quedar Simón iluminado por el haz de las candelas, lo miró con gesto de sorpresa y dolor. El anciano se repuso para responder, remitiéndose al problema que le traía:

—¿Y yo no soy judío de veras, cuando sostengo que el Mesías ya está entre nosotros? ¿Y José de Arimatea no lo es, cuando batalla por este pensamiento?

—¡Eso decís! ¿Y cómo reconocerlo en el que se afana, sufre y termina como el último mortal, vilipendiado y escarnecido como nunca lo fué otro? Yo el milagro lo esperé en su tormento, instante sobre instante, a lo largo de su tremenda pasión. ¿Y a qué seguir, a qué demorarte ahora, eminente señor, cuando llega el día en que, quienes esperaron, lloran?

—Estás urgido y conviene que pases la muralla antes que crezca la luz. Voy a casa de Caifás. Poco va a costarme satisfacer lo que me pides, desde que más grave pareció defenderle cuando el juicio.

—No lo olvidaremos nunca. Eso y la cesión del sepulcro y cien favores más...

Nicodemo había tirado de un cordel y ya entraba el criado.

—Samuel, que saquen mi litera. Tú corre adelante y dí al oficial de nuestra escolta que tenga a bien alistar su carro, para ir con un pliego a la guardia del Gólgota.

Salió el diligente con una reverencia. También Simón se aprestaba a partir.

—Gracias, príncipe Nicodemo. Has probado hasta el fin tu amor a los de Betania.

El anciano le puso la diestra en el hombro y lo despidió con apenado mirar.

—Consuela a los tuyos con mis mejores votos. José de Arimatea me prometió llevaros más noticias de nuestra solicitud. Si, como piensas, no se ha levantado el Nazareno, el gozo del Sanedrín hará a éste menos duro.

Ya estaba Simón en el umbral, cuando todavía lo detuvo para decirle:

—Jesús me aseguró cierta vez que "quien no renaciere, no entraría a los cielos". Yo, ignorante, le repliqué: —¿Acaso he de volver al vientre de mi madre? Entonces él, acercándose más, me dirigió estas palabras: —"Quién no renaciere a la vida del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios". ¡Grábalas! Ya sabrás por qué.

Salieron. La litera esperaba y el anciano se acomodó en ella con la ayuda de Simón. Antes de soltarle la mano y mirándolo fijamente, mientras que los portadores avanzaban, oyó aún su voz:

—¡No desesperes, que pronto renacerás!

El joven siguió su camino sin comprender, cuesta abajo, hasta llegar a la puerta bastionada. El jefe romano, un decurión, rondaba por ahí. Al mirar al judío a la luz del amanecer, saltó hacia atrás con horror, tapándose la boca con el brazo.

—¿Y no te cuelgas la campana?

—¿Desvarías, romano?

—¿Y no te vieron el rostro?

—¿Qué hallas en mí, por piedad?

—¡Véte, impuro, véte, antes que te descubran aquí!

Y volviéndose al centinela, con un escupitajo de repulsión, puso el acento en la terrible escena:

—¡Está pudriéndose en pie!

Salió el infeliz a paso vivo. Al cruzarse con un grupo de forasteros que entraban, éstos se le apartaron al grito de:

—¡Impuro! ¡Manchado! ¡Maldito!

—¡Sal fuera del poblado, como manda la Ley!

Entonces Simón, separándose del camino, echó a correr, cruzando el río sobre las rocas que afloraban y reptando por entre las breñas. No halló más que un sólo desenlace al dramático momento, y era dirigirse a la próxima hacienda del Olivar, en busca de ocultación y asilo. Ahora comprendía la pena con que Nicodemo lo remiraba, y también el sentido de algunas expresiones del anciano.

—Pero, se decía, ¿por qué sorprendente motivo se me manifestaron con tan espantosa rapidez los signos externos y monstruosos de mi mal, apenas advertidos hacía pocas horas?

Según los decretos que venían de Moisés, todo buen judío en ese trance, tenía que aceptar el abandono absoluto de sus bienes, su familia y sus compañeros, para sepultarse vivo en los lugares en desolación. Pero el joven tenía pendiente un deber que cumplir, lo que se proponía hacer moviendo a sus muchos servidores y poderosos medios, ahora desde el baluarte del Olivar.

Animado de resolución heroica se sobreponía a la extenuación física y al abatimiento moral, e iba con la cabeza gacha, arremetiendo como un toro herido. Así atravesó la senda que bordeaba el pie del monte, a la altura de la Puerta Dorada. Una voz amiga le salió al encuentro:

—¡Eh, mi señor y tocayo!

Era Simón de Cirene; pero el otro, sobresaltado, procuró eludirlo, torciendo hacia la dura cuesta, desfalleciente y tropezando aquí y allá.

—¡Deténte, mi señor! ¿Qué te ocurre?

El vigoroso cabrero estuvo sobre él en pocas zancadas, y logró sostenerlo mientras caía.

—¡Mi señor! ¡Basta ya de sufrir y esperar! ¡No más inquietudes y vacilaciones!

Simón de Betania, escondiendo la cabeza en el manto y sin volverse, exclamó:

—¿Qué dices?

—¡Jesús resucitó! ¡Ya es el Cristo!

El cuitado se dobló en la zanja, siempre con el rostro escondido, para exclamar al fin:

—¿Es posible? ¿Estás seguro? ¿No es todo esto una pesadilla?

—¡Estoy seguro! ¡Es lo más patente y maravilloso!

En tal punto y con la cabeza hundida entre dos peñas, Simón el Rico fué alzándose poco a poco. Tras él se hallaba el humilde Simón. Adelante, Jerusalén resplandecía al brío de la creciente luz. Por el ángulo del Templo, que dominaba aquella altura, alcanzó a divisar el triste, un carro de guerra que torcía hacia el Gólgota, cuya cima brillaba más lejos. La bigatriga se envolvió en una nube de polvo dorado. El Cireneo oyó que dijo:

—¡Es inútil! ¡Ya todo es inútil!

Le vino como un sacudimiento de todo su ser, y tan desesperado, que el Simón pobre supuso que el rico y afamado se había vuelto loco.

—¡Qué cosas dices! ¿No te alegras? ¿Por qué te acongojas y ocultas de mí?

El Cireneo deseaba verle el rostro, mas el desgraciado se lo hurtaba obstinadamente. Loco o enfermo, no era posible abandonarlo ahí.

Mientras que forcejeaban, el uno por socorrerlo y el otro por zafarse, llegó de la senda un alegre y femenino concento:

—¡Aleluya! ¡Resucitó! ¡Aleluya!

El pastor se contuvo para mirar al coro de presurosas mujeres que enderezaban hacia Jerusalén, y reconoció a la que iba adelante, enarbolando una gran tela blanca a modo de pendón.

—¡Si es Verónica!

El rico Simón quiso aprovechar aquel resuello para huír a la carrera, pero tropezó a los pocos pasos, cayendo de espaldas, el rostro a la luz. El de Cirene, inclinándose, le vió la cara cubierta de pústulas rojizas que exudaban con fetidez. Y él también se echó hacia atrás, en movimiento involuntario. Mas alcanzó a reprimir la repugnancia y el pánico, forzó una sonrisa y le salió una mueca; quiso consolar y no tuvo palabra, buscó moverse y se quedó clavado en su sitio. Ahora fué el leproso, quien, luego de espejarse en todos estos signos, habló, la garganta reseca, el mirar desorbitado.

—¿Me guardarás el horrible secreto?

—Lo juro por Alejandro y Rufo, mis hijos.

—Quiero que mi padre, Lázaro y todo Betania ignoren la causa de mi desaparición. ¿Me harás otra merced?

—Sabes que soy tuyo.

—Ve a mi hogar y habla a solas con un tal Peleo de Milo. Díle que lo espero en mi casa del Olivar a la caída de la tarde.

—Conozco a ese griego y haré lo que me pides.

—Ahora, déjame. Y que Jehová te pague el gran favor.

Se puso en pie, algo repuesto y hasta consolado. El de Cirene vió que el triste se marchaba y sintió algo así como el retozar de una bestia interior, gozosa de emprender la fuga, de alejarse del peligro. Pero la pudo amarrar en sus entrañas y avanzó hacia el huerto, ofreciendo compañía y sostén.

—¡Señor! ¡Señor! No hallarás quien te asista hasta llegar a la cúspide. Mi rebaño ha aprendido a esperarme. Voy contigo. ¿No soy tu hermano en Jesús?

¡Cuán bella le pareció esa frase al desdichado Simón! Atinó a mirarlo con intensa gratitud, pero rehusó la ayuda.

—¡Gracias! Déjame solo con mi cruz. Pudiste llevar la del Galileo porque era de palo; mas no puedes con la mía, que es de carroña.

Y sin más enderezó hacia el huerto.

El sol, con alas radiosas, se remontaba a la conquista del cenit.

Simón de Cirene, después de bajar pocos pasos en dirección al valle, donde pacía su rebaño, se volvió para mirar por última vez a Simón el Rico. Y vió que lo seguían las moscas.

10

MAGDALENA HABLA CON JESÚS RESUCITADO...

Magdalena cruzó los sosegados huertos y solitarios apriscos para llegar más pronto que por las vías transitadas, no exentas de peligro. Y aunque instintivamente se orientaba, tardó en llegar al Gólgota, tras forzosos desvíos y afortunados incidentes, salva de encuentros con transeúntes y pastores, aunque no sin sufrir varias caídas, llena de magulladuras y muy cansada.

Era la primera vez que se aventuraba en la soledad. Sentía en sus delicados miembros los mordiscos del dolor, desgarrada la primorosa veste y rotas las sandalias de seda. Pero no tuvo una vacilación en su inusitada osadía, y avanzaba con sorprendente voluntad, sin que la turbasen las amenazas del cielo, que se cargaba de nubes, aumentando la negrura de las cosas.

Al cabo, confiada siempre en una ayuda sobrehumana, se fué acercando en cauteloso reptar, sangrantes manos y rodillas, hasta venir a situarse frente a la roqueda sepulcral, del otro lado del camino que iluminaba mortecina hoguera y que iba a perderse entre un aplanamiento de las rocas.

En un hueco de piedras bajo un gran olivo se arrellanó con laxitud, apoyando la cabeza en el tronco, y ahí se mantuvo inmóvil, mirada y pensamiento fijos en el sepulcro, sobre cuya losa se proyectaba, agigantándose, la figura del corpulento centinela que iba y venía, el lanzón entre las manos.

Muchos detalles del lugar le eran conocidos, porque todo lo había remirado durante la breve ceremonia de la unción y el emparedamiento, en los que tuvo la parte principal, de dirección y solicitud. Y con la certidumbre de que asistiría a un prodigio concentró la idea de su advenimiento con las mayores fuerzas auxiliadoras del alma.

Durante la espera no le faltaron sucesos de alarma, que no alteraron el ápice de su ansiedad. Llegó a entender la causa de algunos, como el lamento del ladrón irredimible que agonizaba en abandono

sobre la cumbre, mas no pudo entender otros, tal el caso de aquella sombra que se precipitó entre el grupo de los soldados, provocando alarma, haciendo que ella quebrase con el susto alguna seca ramazón y poniéndola en trance de delatar su acecho.

Al volver la calma, Magdalena pudo entregarse a las evocaciones y los enternecimientos de la crucifixión. Vió de nuevo y muy patente la terrible escena. La joven había seguido, lo más cerca que pudo de Jesús, la horrenda marcha del cortejo desde que partió de la fortaleza Antonia, en la proximidad del Templo. Separándose un momento de sus amigos de Betania había corrido, con su padre en pos, para llevar dos palomas en holocausto, pidiendo a Jehová que ablandase el corazón de los jueces y los verdugos. Cuando volvieron, todo era confusión, violencia, mofa y hasta impudicia de las turbas sin freno, ávidas de sangre y deleite.

Encogida ahora en aquel frío rincón de piedras, sin apartar su mirada de la losa, creyó ver realmente a Jesús como en el instante en que apareció frente a la muchedumbre implacable, inclinado al peso de su oprobiosa viga, cegado el dulce mirar por las lágrimas de púrpura que lloraba por sus espinas, siguiendo al cruel centurión que montaba un corcel menos negro que su ánima.

Magdalena no supo explicarse cómo logró avanzar hasta verse en una fila con Jesús. Cierto era que le abrió camino una mujer de figura y energía extraordinarias, que le dijo llamarse Verónica.

Los primeros estadios fueron recorridos sobre pavimento de losas, cayendo el Rabí varias veces, de hinojos o de bruces, bajo el látigo del decurión, agotado el lirio de su cuerpo y por el mucho padecer de esos días. Ella y Verónica de un lado y las dos Marías del otro, se le acercaban consoladoras a ofrecerle la miel de sus consuelos. Mas el profeta seguía siempre callado y tan abatido como si soportase sobre sí todo el peso del mundo.

La última vez que cayó con la cruz, ya no se alzaba ni bajo el paroxismo del flagelador. Entonces un rudo mozo del campo corrió a quitarle el pesado madero y lo cargó a su espalda, en tanto que Magdalena y la madre sostenían a Jesús. Varias mujeres piadosas que alguna vez refrescaron la sed del corazón con el rocío de sus promesas, se interpusieron entre el Rabí y los otros dos condenados que lo seguían. Hacia esa corte de misericordia se volvió Jesús, que

venía arrastrando un raído manto de púrpura, igual a un rey vencido tras el casco de Roma. Y como vió que lloraban, les dijo:

—¡Hijas de Jerusalén! ¡No lloréis por mí, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos!

Aquello era terrible. Los fariseos, los escribas, los publicanos, los malhechores, cuantos Jesús fustigara en tres años de prédica por campos y sinagogas, del monte Hebrón al Egipto, ardiente el filo de la verdad en la espada divina de su boca, a igual que Elías y los antiguos vengadores de los mandamientos prostituídos, parecían haberse dado cita a lo largo del trayecto desde la torre del Pretorio y la puerta del Calvario, alzándole los puños, entre carcajadas y blasfemias.

Poco después Magdalena lo contempló clavado en la madera del tormento. Estaba unida al grupo que se obstinó en permanecer sobre el roquedal pelado, para presenciar la consumación de la sentencia ominosa, alzado entre ladrones, recortada la cerúlea y fina desnudez del varón angelical con un reborde de oro contra el añil de un cielo cargado de presagios.

Repartidas las ropas de los que iban a morir, los soldados endurecidos en el fragor de las campañas y los combates, se entretuvieron con sus dados mientras que bebían la "posca", ajenos a la piedad, en tanto que el centurión se gozaba en las pruebas de su caballo, al que colmaba de caricias. Y no bien el alguacil y los demás judíos adversos regresaron hacia Jerusalén urgidos por las ceremonias de la fiesta máxima, ella se acercó con su padre y gente de Betania hasta unos pocos pasos de las tres cruces. Sobre la cabeza de Jesús, caída sobre un hombro, se leía este sarcasmo:

"El Rey de los Judíos".

Sólo Magdalena y María de Betania se atrevieron a acercarse más. Quería fervientemente que Jesús la mirase, para que confirmara su fidelidad, su gratitud infinita por haberla hecho levantar del polvo delante del mundo. Mas el divino Maestro, como le decía Lázaro, entornaba los ojos y parecía no ver ni oír. Sin embargo, como en ese momento los soldados se cambiaban grandes insultos con el peor de los ladrones, que se preciaba de ser Gestas el Terrible, Jesús alzó las tristes pupilas y dijo claramente:

—Padre: ¡perdónalos, porque no saben lo que hacen!

Recordando ahora tales palabras ante la tumba del Nazareno, tan próxima a esos soldados que representaban el imperio de la tierra, le pareció que el Rabí no había hablado para éstos o aquellos seres, judíos, o romanos, sino para la suma de los hombres todos, la humanidad insensible y despiadada. Y también debió pensar así el ladrón a su diestra, que miraba a Jesús de un modo intenso y con simpatía creciente. Hubo un instante en que el tal Gestas, que llamara al otro Dimas, desafió a Jesús a que si era efectivamente el Cristo, lo probara desclavando a los tres con sus ejércitos de ángeles. Con gran sorpresa el desventurado Dimas clamó a grandes voces que, con o sin auxilio sobrenatural, aquél inocente era el Mesías. Entonces Jesús movió los labios y le aseguró con dulzura:

—Hoy entraremos juntos en el seno de Abrahán.

Supuso Magdalena que el infeliz que no acababa de expirar, lanzando ayes espantosos en el páramo de la altura, debía ser el blasfemo.

Ahora Magdalena se acordó especialmente de la madre de Jesús. La veía alcanzando la cumbre del Gólgota, de la que había querido mantenerla lejos el grupo que dirigía Simón. La desconsolada viuda de José de Nazaret, caía aquí y allá, como lo hiciera su pobre hijo, al peso de una cruz invisible pero abrumadora. La joven no se había atrevido a correr en su socorro porque le pareció que no era suficientemente pura para tan piadosa tarea. La santa mujer llegó al pie de la cruz donde agonizaba el profeta, sostenida por las manos puras del apóstol Juan y de María de Betania.

Como desmayado entre las rocas de la pendiente, más o menos en el sitio en que ahora se encontraba ella, asistido por Marta y Simón, había quedado el pobrecito Lázaro, por quien Magdalena suspiraba, como por un bien distante y para siempre perdido.

Recordar este nombre le ocasionó agudo sufrimiento. La hija de Jericó había sido perdonada por el ser más sublime. Pero suponía que era el regalo de su bondad ingénita, prodigiosa, infinita, de modo que ella seguía siendo irredimible en el concepto del mundo, y especialmente en el de Lázaro...

Así abstraída, en el alvéolo del pedregal y bajo el dosel del olivo alzado entre las grietas, no pudo advertir la irrupción del huracán sino cuando el arcángel celeste descargaba su espadón de centellas contra el peñasco del sepulcro.

Deslumbrada y pavorida, entre alucinaciones, sintiendo retemblar el suelo, salió de su sitio y echó a correr a campo traviesa hasta que rodó por el lecho musgoso de una zanja, donde halló amparo haciéndose un ovillo, llena de contrición y ansiedad, porque supuso que había enojado a Jesús, tan indigna como era, pretendiendo asistir al inefable advenimiento de su gloria.

Allí estaba, encogida y medrosa, cuando sintió que unos delicados pies rozaban la escondida hierba; que una suave mano venía a posarse en sus cabellos; que un efluvio de paz la circundaba. Su mente confusa pensó si sería un compasivo pastor del lugar, cuando oyó con el más dulce sobresalto la inconfundible voz que la nombraba:

—¡Magdalena!

—¡Rabí! ¡Mi adorado Jesús!

No osaba mirarlo, pero lo mismo lo veía, resplandeciendo a través de sus párpados. Sin saber qué hacía, se abrazó de sus pies y empezó a ungirlos con lágrimas y besos.

El le dijo con ternura:

—No, no me toques; que aún no fuí a mi Padre.

Entonces ella permaneció muda, inmóvil, como parecía estarlo todo cuanto la rodeaba. Jesús volvió a hablarle:

—Vé y dí a mis apóstoles que subo a Dios.

No obstante ese mandato, Magdalena permaneció en quietud por largo tiempo, acariciando la brazada de las silvestres hierbas en que se posaron las divinas plantas; queriendo retener con la imagen radiosa de sus pupilas, el calor de aquella mano que aún ardía por su llaga. La vino a sorprender y a reanimar una cordera perdida del hato, que se arrebujó blandamente contra su túnica, buscándole la tibieza del seno.

Al volver a la serenidad pensó en la importancia del mensaje que Jesús le había confiado, como a una elegida, y se estremeció de humildad, de gratitud, pero también de brío. Y partió presurosa, atravesando el valle, ascendiendo la otra ladera, como la portadora de un hachón llameante y vivo, de un testimonio hecho brasa y luz, que hacía muchos siglos esperaba la humanidad doliente para renacer a su mayor certeza y a su mejor esperanza.

El cielo se había despejado y el aire dormía en quietud. Arriba palpitaban las estrellas con el pulso acelerado de un corazón con-

movido e inmenso. Adelante fulguraba la majestad del lucero. Al fin, cada rato más altivo, parecía acercarse el gigantesco abedul sobre el ventanal del horizonte, descorrido el cortinado violeta por los dedos sonrosados del alba. Hasta que resplandeció el fanal que iluminaba a los forasteros las sendas que convergían hacia el más acogedor de los hogares de Betania.

ES OTRA MAGDALENA LA QUE VUELVE A BETANIA...

Cuando la vieron aparecer en el marco central del peristilo, todos leyeron lo extraordinario en las líneas enigmáticas de sus facciones y aguardaron en suspenso la confirmación ardientemente esperada.

Habían venido más discípulos y simpatizantes, hombres y mujeres. No bien los gallos anunciaron el nadir, en vez de orar muchos se revolvieron de impaciencia sobre bancos y cojines, o salían al huerto como si interrogasen las tinieblas. Los más ancianos se trasmitían en silencio sus intensas emociones.

La expectativa era tanta que los pechos conmovidos se agitaban a punto de estallar. Acababa de ocurrir algo insólito. María de Nazaret, que durante la última hora se estuvo muy quieta y con los ojos cerrados, lanzó, sin abrirlos, un llamamiento conmovedor:

—¡Hijo! ¿Eres tú?

Súbito escalofrío corrió de los talones a las nucas, y todos advirtieron como la presencia invisible y misteriosa del ser innominado. Después la madre se inclinó sobre María de Betania y le dijo en voz muy queda, pero que algunos recogieron:

—Lo ví... Me habló...

En seguida de este signo, las mujeres de la aldea excitadas por Verónica, quisieron lanzarse a la vía y en dirección al sepulcro. No obstante su ascendiente, a Pedro le costó persuadirlas, porque se negaban a esperar el amanecer. Habían regresado al huerto cuando una galilea las arengó en súbito arrebato:

—¡Al asalto del Gólgota!

Fué entonces cuando llegó Magdalena.

Parada en el umbral repitió, uno a uno, los vocablos de la madre:

—Lo vi... Me habló...

Ante tan decisivas palabras, los ánimos después de la tremenda suspensión, estallaron en estrépito y júbilo. Los seres más simples no se consolaban con sus alaridos de victoria, sino que reían y hasta danzaban con delirante gozo. Alguien golpeaba la mesa con los puños cerrados. La Verónica, ya sin obstáculo, se lanzó afuera seguida de las más briosas mujeres de Jericó y Betania. La certidumbre les sugería un objetivo más vasto:

—¡A Jerusalén! ¡A Jerusalén!

En el gran salón se formaron como dos piras humanas, una en torno de la madre y otra en redor de Pedro. Cuando éste pudo hacerse cargo del gran momento, volvió la atención general sobre la extática Magdalena. Dijo con energía:

—¡Miradla, hermanos! Primero fué María de Nazaret. Ahora es la hija de Jericó quien la confirma. ¡He aquí los primeros testimonios de la resurrección del Cristo!

El apóstol Mateo, que acababa de entrar, exclamó:

—¡El de la santa madre y el de la hija purificada!

Magdalena se estremeció recordando que fué precisamente ahí, en ese sitio, donde bajo la gracia de Jesús había renacido para la vida nueva; y le pareció que la palabra "hija" cobraba en ella su más verdadero sentido. Con rubor y embeleso comprendía la enorme, ilimitada responsabilidad de su mensaje. Una ola de inspiración le subía con la sangre desde el fondo del alma a la flor de los labios. Pedro se le acercó hasta tocarla.

—¡Anímate, dichosa criatura!

María de Nazaret y María de Betania la alentaron con sus sonrisas de amor. Juan extendió los brazos como si algo muy grande fuese a recibir en ellos. Varias mujeres, a ejemplo de Marta, se pusieron de hinojos para recibir mejor la palabra del cielo.

Entonces Magdalena, entrecerrando los ojos en la actitud del que revela una dulcísima visión, mientras que los demás los abrían en éxtasis, comenzó diciendo:

—Vi, primero, a un gran ángel de luz, que descendió como un rayo a posarse en el sepulcro del Divino Maestro...

11

LÁZARO APRECIA EL ESTUPOR DEL GRAN ESCRIBA...

Pasado el momento de estupor, el capitán Marco Tulio hizo ver a Lázaro y a Milo que era prudente se quitasen ambos de ahí y en seguida, porque lo acontecido entre ellos y junto a esa piedra no tenía semejante y su repercusión iba a comprometerlos injustamente. Si él y sus soldados estaban en absoluto ciertos que ni el joven de Betania ni su amigo tenían arte ni parte en la misteriosa desaparición del cuerpo de Jesús, no era legítimo que los involucrara la astucia o la malicia de los enemigos del profeta.

Pero mientras que se recobraban y despedían, asomó el carro de la guardia del Sanedrín, gobernado por un oficial de centuria y conduciendo al escriba principal, Onkelos. Huir en esa circunstancia hubiese provocado más sospechas.

Onkelos era un funcionario rígido y puntilloso. Venía rumiando su indignación. Tan luego a él, hombre sabio y de prestigio, se le encomendaba la tarea propia de cualquier alguacil, de sellar primero la tumba de un sedicioso vulgar como si se tratase de proteger un tesoro; y ahora se le arrancaba de su respetable descanso para deshacer, también en persona, la formalidad antes cumplida, y lo que era peor, a solicitud del tibio Nicodemo, dando en aquello y en esto oídos a locos, que no otra cosa podían ser quienes magnificaban la crucifixión del exaltado Galileo.

Así explicaba su malhumor al romano Servio Próculo, que lo venía incitando en el trayecto contra el centurión Marco Tulio Germánico, a quien envidiaba la predilección de Pontius Pilatus.

La noticia de la desaparición del cadáver sirvió para remover con más furia el acíbar del alma en uno y otro. El disgusto de Onkelos era creciente con la necesidad de no demostrarlo. Vino a caer en la sospecha de que el acontecimiento tenía insólita gravedad y rehizo en un instante la escena en el palacio de Anás, en Sión. Le parecía incuestionable que habría de quedar él atado a

una causa oscura y grave, tal vez de complicada solución. En cuanto a Servio Próculo, el placer de mirar a Marco Tulio en situación extraña y hasta ridícula, se le volvía angustia pensando que la suerte lo forzaba a ser testigo contra él, obstándole el derecho a suplantarlo, su máxima ambición.

Así, entre pasiones ocultas y perplejidades visibles, comenzaba la inspección. El escriba miraba y remiraba, entraba y salía, tocando aquí y allá. Los duros soldados de Roma mostraban su estupor en los broncíneos rostros, viendo cómo el doctor del Sanedrín trazaba curiosos signos en su rollo de piel.

Onkelos transpiraba, a pesar del frescor mañanero, pensando que cobraba enorme trascendencia lo que marcase su estilo; y en la insospechable gravedad de sus afirmaciones o lagunas; y todavía en que tamaña violencia en el sepulcro de un sectario podría volverlo a él, escriba principal, en reo de los príncipes de la ley. ¿Acaso no había sellado él esa tumba y con obligación, ahora comprensible, de que fuese por sus manos? Todas las argucias del oficio o ministerio, aplicadas desaprensivamente o según convenía en incontables casos y en lesión de lo ajeno, podían asomar contra él, bajo y entre los trazos de su propio estilo...

Lo cierto era que veía cada vez menos claro. Por grietas y alrededores del sepulcro iba enhebrando su defensiva relación, acompañada de algún diseño y comentario oportunos, pero en forma que lo pusiese a él a cubierto de burlas y venganzas. Hubo un instante en que lo sobrecogió el miedo, pensando más que en la cólera violenta de Caifás, en la tranquila e inmisericorde de Anás, el implacable. Y al revolverse por ahí, punzón en mano y rollo desenvuelto, dió en la pareja callada de Lázaro y el griego.

Como era natural, los abordó para interrogarlos. Gran sorpresa tuvo al saber que ese jovencito era el famoso Lázaro. El interés del centurión por ellos excitaba el suyo propio. No le extrañaba que estuviese cerca de ahí un amigo del crucificado, más no podía aceptar sin desconfianza que el capitán de Roma tratase a un judío con tan delicada solicitud. No obstante, concluyó también él por oírlos con simpatía, porque declararon en su provecho, dando fe de que los sellos estaban bien cintados, gruesos de lacre, notables de signo y en el mejor lugar. Y algo menos intranquilo por la no sospechada

ayuda que le venía de un partidario del tal Jesús, subió al carro con el oficial, volviéndose a Jerusalén a galope tendido.

En el trayecto le dijo Onkelos al romano:

—La cuestión no es tan extraña como lo pensé un instante.

Servio Próculo, que iba muy callado, contestó:

—¿Y cómo explicas que la tumba no oliera a cadáver, después de tres días?

Y viendo palidecer al gran escriba, él se estremeció. Era muy valiente, pero también supersticioso. Y no olvidaba que le había tocado mandar la custodia implacable en la crucifixión del desaparecido.

LÁZARO ASEGURA QUE AMA A MAGDALENA...

Lázaro, del brazo de Milo, volvía contento a Betania para dar a los suyos una relación precisa o suficiente del prodigio.

El griego lo sentía tan animoso, sobreponiéndose a su notoria debilidad y hasta con aire de sano, que le pareció muy oportuno hablarle en favor de su hija, y lo hizo con gran ternura, rogándole que fuese más caritativo con Magdalena.

—Oye, Lázaro mío. Esta dicha que te rebosa va a reflejarse en ella, que ama como tú y contigo la memoria de Jesús. Deja, pues, que te recuerde que aquél a quien tú llamaste "el divino Maestro", la levantó hasta sí y solemnemente. ¿No es ejemplo del discípulo la piedad del preceptor? ¡Mira, si me quieres en algo, que mi hijita es lo único que me ata a la vida!

El adolescente leyó tal angustia en el rostro y las palabras de su admirado amigo, que unió a su pena la de él, asegurándole que amaba a Magdalena más que nunca, y era precisamente la fuerza y calidad de ese amor la causa de su íntimo tormento.

—La adoro a ella como te venero a ti, porque eres el sostén de mis vacilaciones y no me guardas rencor por mi resentimiento. Comprendo la crueldad de mi caso, porque si las gentes la inculpan todavía, en obstinado y agresivo silencio, yo me paso al grupo de sus peores enemigos, queriéndola tanto como tú y más que mis hermanas. Y por lo mismo, creo que voy a enloquecer, pues si la justifico con mil razones que busco y rebusco, la rechazo con el frenesí

de una sola pasión, la más honda e insensata, de incredulidad y celos. ¡Ah!, si cerrando los ojos un ángel me la acerca, al abrirlos cien demonios me la quitan, me la arrebatan y se la llevan... ¿Ves qué horror?

—¡No! ¡No te dejes arrollar por exagerados pensamientos, indignos de tu nobleza! Apóyate en mi dolor, que es grande, y consuélate en él, como yo me desahogo con tus congojas.

Lázaro se acordó de la vergüenza y el suplicio que por culpa de Raquel sufría el pobre Milo y le remordió haberlos aumentado.

—¿Qué mayor alegría para mí, oh Milo, que poder llamarte "padre"? Si quiero llegar pronto a casa, ¿es sólo por dar fe de Jesús? ¿No es también por la dicha de ver el júbilo en Magdalena?

—¡Gracias, hijo mío!

—¡No las merezco! Que eso dije, y ya estoy horadando abismos en los que caen mis pasos... Quisiera, como en horas felices, tomar sus manos y adivinar sus sueños. Pero el temor de descubrir en sus pupilas imágenes odiosas, me martiriza al punto de lamentarme de no dormir entre los muertos... ¡Oh, ingrato de mí! ¿Me comprendes?

—Sí.

Siguieron callados, las cabezas gachas, y empezaron a sentir fatiga.

Entraban a la ruta de Betania cuando los contuvo lastimero vocear, que partía de un bulto que se agitaba contra un seto de grandes rosas blancas de Damasco.

—¡Ay de mí! —clamaba el caído.

Soltándose de Peleo, corrió Lázaro para asistir al desventurado.

—¿Qué ocurre, buen hombre? ¿Te han herido?

Ya había luz por doquiera, pero no podían reconocer al infeliz, puesto de cara contra el seto. Milo lo tomó por los hombros y Lázaro por los pies. El otro se resistía:

—¡No me toquéis! ¡Soy maldito!

Lo incorporaron cuanto pudieron y apareció un rostro tan lastimado y sangrante, que daba pavor. Una larga espina del pie silvestre le había vaciado el ojo izquierdo. El ardor debía ser espantoso, pero lejos de quitársela, se la hundía más con el envés de la diestra. Al abrir la otra pupila demostró reconocerlos.

—¡Lázaro! ¡El griego!

Forcejeando, mientras que Peleo lo sostenía, Lázaro le enjugó la sangre con el extremo del manto, y en seguida clamó:

—¡Eres Judas!

Lo soltaron, con más espontánea repulsión que si el convulso agonizara de peste.

Al cerciorarse de que era aún reconocible, el apóstata volvió con más horripilante saña a la obra de desfigurarse contra el agudo espinar, que le arrancaba tiras de piel y coágulos de sangre. Las rosas, de albura purísima, enrojecían de espanto y sus pétalos tejían en el polvo como la mortaja del que debía morir sin redención ni consuelo.

En contraste con los alaridos que daba el renegado, clamores de júbilo cruzaban en ese momento el Josafat:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Era un cortejo de mujeres con el corazón vestido de fiesta. Por ser domingo de Pascua, pensaron que las mozas irían temprano a ofrecer sus dádivas al Templo. Y apresuraron el retorno a Betania, para llegar antes que se dispersase el grupo de los amigos allá congregados.

MAGDALENA Y LÁZARO SE ABRAZAN...

Al llegar al extremo del corredor los contuvo el cálido acento de Magdalena.

Peleo de Milo, poniendo una mano en el hombro de Lázaro, apartó con la otra la cortina, para verla sin ser vistos.

Agotado el aceite de las candelas llenaba la sala una penumbra propicia a la ensoñación y el misterio.

La hermosa hija de Jericó, con el oriente a sus espaldas, parecía irradiar ella la luz por sus rizados cabellos y los contornos de la túnica. Sobre el manto azul caído a sus pies, ella se levantaba como una aparición desde una nube. De entre las rasgadas ropas asomaba la piel de nacarina albura. La expectación con que todos la miraban enaltecía su esbeltez. Las armoniosas líneas se dibujaban delicadamente en la marmórea plasticidad de las telas. La animaba el gracioso movimiento de sus brazos. Pero lo más fascinante resplandecía en el rostro, ennoblecido por el sufrimiento y

velado por el insomnio, en el que las pupilas oscuras, en contraste con el cabello dorado, parecían brillar más grandes por el asombro del prodigio que reavivaba la mente.

Apenas entreabría los labios para musitar sus revelaciones, acentuando el hilo de los silencios entre las perlas de las palabras, teñido en la púrpura de su sonrisa triste y engalanado por el camafeo del frecuente suspirar. Y cuando la emoción era más alta y la idea más profunda, las manos y sólo las manos, podían confesar lo inefable, con una elocuencia lánguida y tan evidente que el embelesado concilio la escuchaba mejor a través de los ojos que por los oídos...

Lázaro era poeta. La sugestión de tan graciosa hermosura, su actitud escultural, el melancólico acento, lo encantaban hasta el delirio, favoreciendo la obra de las sensaciones sobre la imaginación y la de ésta sobre el pensamiento. Al cabo descubría que también Magdalena estuvo presente en el supremo instante, aunque invisible para los muchos seres de la atestiguación; pero se le develaban exclusivamente por ella, notas y matices de extraordinaria trascendencia, que ninguno entre tantos hubiese podido captar y merecer, porque para conseguir el privilegio de la gracia era necesario poseer su exquisita sensibilidad y su comprensión maravillosa.

En sucesión de sorpresas, mientras sentía la noble presión del brazo de Peleo y feliz entre las sombras, Lázaro se preguntaba:

—¿Es ésta mi Magdalena? Siendo la joven más hermosa que he visto ¿puede algo misterioso, quizá la fuente de la belleza misma, hermosearla todavía más? Quien pudo resucitarme a mí ¿no la hizo renacer, tan inmaculada como los lirios del campo, que mucho él amó?

No bien Magdalena dió fin a su relato, cruzó las manos sobre el seno e inclinó la frente, como si su razón de vivir hubiese terminado con la última palabra.

Lázaro no se pudo contener ante ese gesto de resignación suprema. Entró con rapidez a la sala y el griego lo siguió. Los demás no se reponían de su sorpresa cuando lo oyeron exclamar:

—¡Todo fué como lo dijo Magdalena! ¡Mi salvador se ha levantado de la muerte! Peleo de Milo y yo venimos del sepulcro... ¡Está vacío!

Marta y María corrieron hacia el hermano y lo colmaron de caricias. El griego creyó oportuno agregar:

—Os digo en verdad que el centurión, los guardias y hasta el escriba de los sacerdotes, comprobaron lo que Lázaro asegura.

En el fondo de su alma Peleo quería decir:

—¡Creed a mi hija!

¿Acaso lo creía él? ¿Jesús podía haber resucitado sobre incrédulos, dubitativos y negadores? ¿En qué quedaban Epicuro y Zenón de Citium, materialistas sensuales o estoicos? ¿Podía existir "algo" más allá del elemento madre, del fuego creador? ¿Tendría fundamento aquella frase que un día le oyó a Jesús: "Yo soy la vida"? Su razón vacilaba. ¿Había bastado que un solo sentimiento profundo se interpusiera en auxilio de su hija, para que temblasen las altas fortalezas de los más grandes sabios y los más gloriosos siglos de su estirpe, la soberana cultural del mundo? ¡No! ¡No! Prefería creer que entraba, por fuerza de los hechos, en una conjuración de fanáticos. Verdad que ante la candidez insospechable de una Magdalena o un Lázaro, él era un farsante muy consciente... ¿Brillaba su convicción, tan absoluta como la de ellos? ¿Qué ocurría, por Júpiter!... Y al decir "Júpiter", Peleo de Milo no pudo reprimir una sonrisa melancólica.

De su perplejidad y contradicción vino a arrancarlo el gesto de Lázaro, quien se soltó de sus hermanas para dirigirse a Magdalena, superando la timidez con la ternura:

—¡Magdalena mía!

La joven se estremeció, alzando la mirada, pero sin moverse de su lugar, en silencio. Una onda de rubor le encendió las mejillas. Volvió a bajar los ojos e inclinó tanto la cabeza, como abrumada, que sus brillantes rizos se columpiaron sobre el pecho, que palpitaba con violencia.

—¡Magdalena! ¡Amor mío!

Quiso tomarle las manos, ahora caídas; pero se contuvo, porque el apóstol Pedro alzó la voz para decir:

—Dilecta de Jesús ¿lo oyes? Son muchos los testigos; pero sólo tu alma recibió su mensaje. Quien una vez te alzó sobre nosotros, te levanta otra vez y para siempre. No soy yo digno de tocar ni uno de tus cabellos, donde el Cristo reposó la llaga de su mano. Quien lo negó tres veces, se prosterna ante ti.

Magdalena corrió hacia el pescador de corazones y los dos se abrazaron de rodillas. Los rostros de los demás resplandecían de infinito contento. La hermanita de Lázaro fué en busca de su amiga y la condujo a María de Nazaret, que la estrechó con maternal transporte.

—¡Hija, querida hija!

Al incorporarse, se halló frente a Lázaro que la esperaba, y cayó en sus brazos.

Entonces, padres y madres, hermanos y hermanas, amigos y amigas, unieron sus manos y se besaban, en el ápice de la felicidad.

El griego, aunque hombre fuerte, al presenciar aquella sorprendente escena en redor de su hija, salió al jardín y lloró. De golpe perdonaba, él también, todos los trabajos y sufrimientos que había padecido.

Pedro, urgido por otros deberes, habló así a los hijos de Zebedeo:

—Hermanos: ya es pleno día. Id por doquiera; y con vosotros, los amigos que lo deseen, en busca de Andrés, y de Natanael, y de Felipe, Tomás, Jacobo, Simón y Tadeo; decidles que los aguardo en casa de nuestro generoso huésped, Simón el de Betania.

Al escuchar el nombre de su prometido esposo, Marta se sobresaltó, reprochándose que en medio de aquel concurso y de tanta alegría hubiese olvidado al buen Simón.

Fué a pedir a los que salían:

—Buscad también a mi Simón y rogadle que venga a compartir nuestro gozo.

Recobrada su habitual diligencia, reparó que el anciano Zachú yacía dormido contra el cántaro del agua; y con ayuda de las mujeres lo colocaron sobre una manta y, sin que se despertase, lo condujeron amorosamente a su hogar. Magdalena y María de Betania acompañaron a la madre de Jesús a su alcoba. Peleo y Lázaro se marcharon juntos a reposar de sus fatigas. Y solamente Marta siguió en pie, porque era hora de disponer lo necesario para la gran comida de la tarde.

DE PRONTO SE INTERPONE LA MUJER DEL GRIEGO...

Ya Lázaro dormía con placidez y Peleo se aprestaba a conciliar el sueño, cuando un mozo entró al aposento con un rollo para el griego.

Creyendo que fuese un aviso de Simón, hizo saltar el lacre y buscó la firma al pie. Con gran sorpresa y disgusto, Peleo leyó el nombre de su malvada mujer. El texto decía:

"Me hallarás en Jerusalén hasta el fin de la Pascua y en el palacio del rey Herodes. Ven. Lo exige la suerte de Magdalena. *Raquel*".

Entonces, negándose a responder, despidió al mensajero, ocultó el rollo en el pecho, se cubrió con el manto y no se encomendó a ninguna potestad del Olimpo, porque ahora estaba seguro de que habían muerto sus dioses.

12

"PIDE Y SE TE DARÁ"...

Simón el Cireneo se puso en camino, muy atribulado, hacia Betania, a cumplir la encomienda de su homónimo, desde ahora irredimible.

Rondó por la casa de Zachú, mas viendo la agitación de cuantos se hospedaban ahí, temió despertar sospechas y comprometer la discreción jurada; e iba y venía perplejo, porque si era pródigo en músculos y buena voluntad, no le sobraban fantasía y descaro.

Pasada era la media tarde cuando vió, por fin, que el griego a quien buscaba, salía de la casona de Lázaro y se encaminaba a la de Zachú.

Peleo de Milo dàba muestras de haber despertado apenas, porque se acercaba restregándose los ojos, y casi topa contra el pastor, quien atrayéndolo con vigorosa mano y sin previo saludo, tales eran su ofuscamiento y urgencia, lo sorprendió diciéndole:

—Traigo para ti grave noticia del rico Simón.

El talante del forastero, el tono de su voz y el sentido de la frase inquietaron al griego.

—¿Qué ocurre a nuestro amigo?

El de Cirene le contestó con otra pregunta:

—¿Puedo hablarte en secreto?

El intrigado Milo giró la mirada en derredor y rechazando la idea de acercarse a una u otra casas, señaló el próximo molino en construcción, hacia el que se encaminaron presurosos.

Una vez allí el Cireneo relató a Milo su extraño encuentro con el desesperado Simón, el doloroso forcejeo a que se vió obligado para socorrerlo y la dramática revelación de su enfermedad terrible.

El griego se sobresaltó al ver que se confirmaban sus sospechas.

—Anoche le adiviné el mal en sus manos... ¡Qué desgracia para todos! ¿Dónde está ahora?

—No se moverá de su huerto en el Olivar y allí te aguarda al anochecer. No quiere que nadie en Betania, salvo tú, conozca el padecimiento que lo devora en vida.

—No perderé un instante. Separémonos ahora, no sin que te ponga en relieve lo mucho que te debemos. Antes fué por Jesús; y hoy es por Simón; y aunque aquello se proclama y esto se callará, los dos nobles hechos te celebran en mi alma.

Simón el pobre contestó con hermosa simplicidad:

—¿A qué reconocerlo? Las estrellas brillan sin saber que las miramos, las flores perfuman sin sospechar que las olemos, los pájaros cantan sin advertir que los oímos... ¿Y ha de ser menos el hombre?

El griego no supo qué responder y sólo atinó a estrecharlo cálidamente. Y se separaron en opuestas direcciones.

Mientras entraba en casa de Zachú, Milo reflexionaba:

—Ahora que sé dónde y cómo se halla mi amigo ¿con qué piadoso engaño sostendré la espera de la familia, por lo menos hasta ver con Simón lo que conviene a su tremendo caso?

En el hogar halló reunidos a los discípulos principales y muy contentos porque a Lucas y Cleofás, siendo pasado el mediodía y hallándose fugitivos en el pueblo de Emaús, se les presentó el Maestro, partiendo con ellos el pan y consolándolos en sus aflicciones.

Marea alguna subía más pronto e iba más lejos que las voces fervientes que ya cubrían Judea y avanzaban hacia el mundo:

—¡Resucitó! ¡Resucitó!

Zachú seguía descansando tranquilamente y Simón había dejado cuantas instrucciones era menester para el agasajo de los huéspedes. De modo que el griego resolvió ponerse en marcha hacia el Olivar, en cuanto se hubiere cerciorado que también todo estaba en orden en la casona de Lázaro. Al enfrentarse al piadoso concilio oyó algo que lo contuvo. El apóstol Tomás decía:

—¡Quisiera tocarlo para creerlo!

Siguió un silencio hostil, hasta que habló Pedro:

—Si eso quieres, recuerda sus palabras: "Pide y se te dará".

EL GRIEGO VA EN BUSCA DEL RICO SIMÓN...

Lázaro acababa de levantarse y se acicalaba, como nunca lo hiciera con tanto primor, aguardando la hora de la comida principal. El griego lo saludó, abrazándolo.

—¡Albricias! Estás alegre y descansaste bien.

—Conoces la causa de mi contento. Dormí como pocas veces, con sueño grato y profundo, hasta que él me despertó...

—¿Quién?

—Mi divino Maestro y con su voz de siempre: "Levántate y anda".

—¿Qué dices? ¡Hijo no pienses sino en tu felicidad y la de Magdalena!

—¿Ha regresado nuestro buen Simón?

—Recibí noticias de tu primo. Si me acompañas donde tus hermanitas, os tranquilizaré en familia.

Las hallaron en compañía de varias mujeres que se albergaban ahí, preparando afanosas el convite bajo la égida de Marta, la que a todo el que llegaba pedía nuevas de Simón.

El griego dió la respuesta que había meditado.

—Conforme Simón supo, por los clamores circulantes, lo que tanto os alboroza, resolvió quedarse en Jerusalén, atento a un negocio importante que suspendiera el sábado. Según su bondad, necesita de mi consejo. Regresaremos esta noche o mañana, conforme el caso lo demande.

Toda inquietud de la familia se devaneció al punto. Entonces Peleo, rehusando la compañía que le ofreció Lázaro, salió por el huerto. Los enamorados lo despidieron bajo el naranjal en flor, en el extremo de una senda de gigantes aromos y viejos granados.

Las ideas del griego transitaban entre la torturante situación de su amigo y la felicidad de Magdalena, que quería asegurar sin dilaciones. Hubo un momento en que algo le recordó que llevaba en el seno la misiva de su condenable esposa. Y cuanto más firme parecía su obstinación en negar importancia al recado, mayor relieve iba cobrando el sibilino llamamiento. "Lo exige la suerte de Magdalena". ¿Qué peligro o amenaza cabía en esa frase?

Se prometió despreciar el reclamo, aunque aseguraría un cerco de precauciones en derredor de su hija y mientras que durase le estada de Herodes Antipas en la capital de Judea. Y cavilando así llegó al monte del Olivar, justamente a la hora del crepúsculo.

SIMÓN "EL RICO" ES "SIMÓN EL LEPROSO"...

El pobre Simón de Betania aguardaba a su amigo el griego con gran impaciencia. Tal fué lo que dijeron a éste la llorosa Tamma y el desconsolado Labán, únicos habitantes de la finca que habían podido hablar con el triste joven en la oscuridad de la oclusa habitación donde, entrado sin que se le viese llegar, se mantenía sordo a toda súplica, sin tomar alimento, como si hubiese enloquecido.

Lo informaron, además, que a eso del mediodía y convocados de urgencia por su señor, había sostenido éste larga consulta con el médico y el escriba familiares, aunque siempre entre tinieblas; y que los antiguos funcionarios que fueron de Amasías y de Zachú, abandonaron el huerto con grandes muestras de dolor; por lo que la fiel servidumbre, reunida en el lugar y lacerada por angustiosa sospecha, lloró amargamente, aun los varones, ya que Simón era tan respetado como querido y todos lo admiraban como el mejor sarmiento de la más generosa cepa de David.

Al entrar Peleo en el cuarto sombrío, adivinó el bulto del fraternal y desdichado amigo; y corría a abrazarlo cuando lo atajó su grito:

—¡Atrás! ¡Atrás!

El griego se contuvo. Un hedor singular vencía el perfume de la mirra y el áloe. Adivinó tal aguda sutileza en la percepción del enfermo, que el visitante creyó sentir que unas manos invisibles le palpaban el espanto.

—No te atormentes, querido Peleo. Apenas si te retendré lo más preciso.

Reaccionando a tan acerbas prevenciones, Peleo respondió con serenidad y firmeza:

—Insisto en querer abrazarte, para que no dudes de lo mucho que te amo.

—¿Abrazarme? A tu lado hay una "sella". Reposa y óyeme... Mas no sin antes darme noticias de mi genitor y mis hermanos.

—El noble Zachú dormía plácidamente cuando lo dejé.

—¡Pobre padre mío! ¿Y Lázaro?

—Muy repuesto, no obstante estas horas de inquietud y fatigas.

—¡Ay de Lázaro! ¡Ay de sus hermanitas! ¿Qué será de los tres, privados por siempre de mí?

—Hablas como si no estuvieses atado a nuestros corazones...

Ahora la voz se hizo más caliente y honda, como chorro de lava.

—¿Y Martita?

—No ha cesado de preguntar por ti. También María y Magdalena. Y los huéspedes. Y todos. En cuanto me llegó tu aviso, tuve que inventar un negocio, por el que me llamabas a Jerusalén. Sólo tal excusa los sostiene en paz. ¡Que los dioses dispensen mi mentira!

—¿Qué dioses? ¿Crees en ellos?

—A fuerza de ver, sospecho que no. Mas tú sí, te afirmas en ése, el tuyo.

—Procuro comportarme como buen judío. Creo en Jehová y en la palabra de los profetas. Respeto las leyes y sigo las costumbres de mi querida nación.

—Algunas son crueles y tal vez injustas...

—Te comprendo. Pero son mis leyes, nuestras costumbres. Tanto las que ayer sacrificaron a Jesús, como las que hoy me expulsan de la sociedad de los hombres. Ten por seguro que será por esa voluntad hasta feroz de nuestras instituciones y por su obediencia quizá intransigente, que venceremos sobre Roma hasta cubrir el mundo.

Peleo, con asombro admirativo, buscó el rostro del joven; pero sólo veía el relampagueo de una mirada dura, colérica, implacable.

¿Qué fundamento terrible sostenía en pie la columna de su voz? En unas pocas y dramáticas horas, su amigo parecía otro, tan atroz como el mal que lo estaba royendo.

—No te sorprenda, hermano, si al comprender que pierdo cuanto era mío o para mí, me abrace a un ideal, basado en la promesa antigua. De no guardar un sueño muy grande en mí ¿podría mantenerme vivo? Pensé morir de mi mano...

—¿Tal locura?

—¡Ya pasó! Me contuvo hasta el pensamiento de que Marta me contemplaría, yacente yo y sin poder huirle, un rostro indigno de sus miradas puras.

Y agregó, en tono confidencial y cariñoso:

—¿Sabes? Ansío que guarde de mí, no el recuerdo de una faz monstruosa que la conturbe para siempre, sino la imagen que supo despertar su amor; la de mi juventud admirada, poderosa y hasta temida... ¡Qué alegría irradiaba! ¡Qué gozo de vida! ¡Adiós, bienes inmensos y desde hoy perdidos! Porque, esta misma noche, me enterraré con vida en el peor de los desiertos. ¡Nadie sabrá dónde; ni siquiera tú!

Iba alzando y endureciendo la voz. El final anonadó a Peleo, como si hubiese recibido un mazazo. Quiso atajar, de algún modo, el desesperado propósito:

—¿Y por qué huir?

—¿Eso preguntas? ¿Quieres que perdure, según David lo admitiera, en despoblado; llevando al cuello una campana para que la gente me reconozca y huya? ¿Que si por azar alguien se cruza en mi senda, lo vea taparse la boca y retroceder exclamando: ¡Impuro! ¡Impuro! ¡Impuro! ¿Tal espanto me quieres? ¡No! ¡no! ¡jamás!

Luego de quemante pausa continuó el infortunado:

—Te he elegido de entre todos mis compañeros y sobre mis parientes, para confiarte los bienes que poseo. Tu alma es fuerte, limpia y hermosa. ¿Aceptas?

—¡Por el Olimpo! Aunque valgo mil veces menos de lo que supones, juro superarme para merecer ese favor.

—Lo que antes me propuse hacer para tu bien, debo cumplirlo desde luego y sin límites, pensando sólo en el bien de los míos... ¡Qué contraste!

—¡Mayor motivo para estimular mi empeño!

—Ya concerté lo necesario con el escriba familiar. Vas a regir como tutor la fortuna de mi casa y ocuparás mi sitio sobre la que fué de Amasías.

—¿Y no puede ser obra para Lázaro?

—¿Lázaro? ¿No debemos evitarle la más ínfima preocupación? ¿A qué condujo la primera y única prueba a que lo expuse? ¿No acabó de agotarlo el hechizo de Jesús? ¡Demasiado va a sufrir el pobrecito con la falta de mi brazo!

—Podrías mantenerte en un lugar oculto para todos, menos para tu nodriza y para mí; de tal manera que me guiaran tus consejos,

te confortases con nuestro amor y recibieras noticias de los seres que te preocupan.

—Vivir así es peor que desaparecer. Mi médico te convencerá de que mi desgracia es irremediable. Cambié de nombre. Soy Simón el Leproso... ¡Y eso apenas a unas horas de estar entre los que tiemblan!

—Y díme: ¿cómo pudo ser tan de repente?

—Según el físico, yo guardaba la podredumbre en latencia. Las convulsiones de estos días la hicieron aflorar... ¡Ya todo lo hemos dicho; y puedes irte, hermano!

Simón se alzó, resuelto; pero Milo no se decidía a marcharse, convencido como estaba de que nunca volvería a verlo. De repente se le abrió una esperanza.

—El apóstol Pedro conoce los sortilegios de que se valía Jesús. Según afirman, éste hizo ver a un ciego en las afueras de Betania, y marchar a un paralítico en el huerto de Cafarnaún, y desaparecer las costras a los leprosos de Samaria... ¿Lo hago venir?

—Es inútil. Ni tú ni yo creemos. No olvido la frase con que la nueva secta cura y perdona: "Tu fe te ha salvado"... ¡Yo estoy perdido! ¿Oyes? ¡Perdido!

No quedaba otro atajo que salir, abandonar al desdichado a su suerte. No obstante en la misma respuesta de Simón quiso ver un asidero.

—¿No crees? ¿Y cómo explicar entonces lo del sepulcro vacío?

—He meditado en eso. Tú eres griego y no te ofenderá mi sospecha.

—Díla. Hasta necesito que alguien a mi lado se explique cuerdamente.

—Pues bien. Ocurre que el centurión Marco Tulio Germánico es amigo de Prócula, mujer del procurador romano. He aquí la razón por la cual Pontius Pilatus quiso salvar a Jesús de la crucifixión...

—¿Hasta Prócula, discípula de Jesús? ¿Eso insinúas?

—Eso afirmo. Superado por el Sanedrín, el astuto romano fingió enviar torturadores al Gólgota, los que al primer desmayo del Galileo lo dieron por muerto. ¿No fué el único de los tres ajusticiados a quien no quebraron las piernas?

—¡Toma! ¡Es verdad!

—Hubo un largo momento, casi todo el día sábado, en que el sepulcro estuvo sin guardia. Y me digo: ¿no selló el Sanedrín lo que ya estaba vacío?

—¿Acaso Nicodemo?

—No él. Pero sí ciertos partidarios, con la pasión de un José, de un Zacheo...

—¿Y cómo Lázaro se levantó de la muerte?

Sólo estuvo aletargado.

—Lo pensé también yo. ¿Mas cómo ya hedía?

—Eran las muchas flores con que lo cubrieron.

—Pero se alzó al llamado de Jesús; ¿Sí o no?

—¡Basta! ¡no creo! ¡no creo!

Simón estaba tan excitado que el griego se impresionó, optando por callarse.

—¿Por qué me exaltas? ¡Véte ya, querido Peleo!

—¿Y qué diré a los nuestros?

—Desde mañana, la verdad. Lo que no quiero es ser visto y en consecuencia, hallado.

—¿Tengo valor para dejarte solo?

—Lo tengo yo... ¡que ya no tengo nada!

En su congoja, Peleo se acordó de la frase del primer apóstol:

—"Pide y se te dará".

—¿A quién, cuando Jehová me soltó de su mano?

—¿Y no me abrazas?

—¡Imposible!

Agotado todo recurso, exprimido todo argumento, fallida la menor esperanza, desgarrado el corazón, el griego se puso en pie y fué retrocediendo a breves y lentos pasos, bajo el horror de aquella mirada espantosa. Y cuando se halló fuera de la sombría habitación, echó a correr, sin hacer caso al grito de los servidores que ansiaban interrogarlo y consolarse.

No se detuvo hasta llegar al valle. Ese fué el único modo de conseguir sustraerse al vehementísimo deseo de volver por piedad a la sala tenebrosa.

13

EL GRIEGO CASTIGA AL AMANTE DE SU MUJER...

Regresaba Peleo de Milo del Olivar, muy apenado por los negros días que aguardaban a Simón en uno de los muchos páramos de este o aquel lado del Jordán y el Mar Muerto, donde la vida humana era penosa en extremo, entre piedras y espinos, teniendo para alimentarse, no más que langostas, miel silvestre, higos de tuna y alguna que otra alimaña; y como compañeros, unos pocos semejantes infelices y muchos leopardos, hienas, buitres y serpientes.

Esas pavorosas soledades eran cruzadas de tarde en tarde por camelleros valientes que, apremiados por el tiempo, se aventuraban a cortar camino. Casi nadie les salía al paso, porque los únicos seres humanos que se escondían en el erial preferían el olvido del mundo. Eran criminales en fuga, enfermos de las peores pestes, locos y embrujados, todos aborrecibles a la sociedad, perseguidos por las autoridades de Roma y de los sátrapas. También solía andar entre ellos algún anacoreta, santo o filósofo, que procuraba sobrevivir en el ejemplo de los antiguos augures.

En algunas ocasiones el griego había hallado a estos míseros vagabundos al atravesar con su caravana los antros de la desolación y el silencio, costándole no poco trabajo contener a los crueles conductores para que no disparasen sus arcos sobre los más audaces o desesperados, urgidos por el hambre y la sed, bajo el calor insoportable, expuestas sus lacras y desnudeces a las nubes de los peores insectos. Tales semihombres se precipitaban, con más ardor que las fieras, al asalto de un mendrugo, un jirón de tela y un trago de vino o aceite. Para ellos todo lo demás era vano, así llevasen lindas esclavas, piedras preciosas o caballos magníficos, ya que en aquella agonía los bienes materiales, fortuna y poder, sensualidad y belleza, juventud y amor, debían parecer absurdos y hasta despreciables.

Para que su mente olvidara esta visión del Erebo, Milo empezó a lamentarse de las consecuencias que el apartamiento de Simón ocasionaría a sus familiares de Betania.

Grave conmoción tenía que producir el suceso que él estaba obligado a comunicar. El anciano Zachú no podría resistir al infortunio de su hijo, peor que la muerte. La prometida esposa y el mancebo débil y sin voluntad caerían bajo el golpe, tal vez en la locura.

La diosa Fortuna lo venía a señalar a él, un extranjero y en permanente agitación, para que estuviese ahí, a tal hora, en circunstancias tan excepcionales, para sostener el desplome de dos viejas casonas unidas por años y años. La misión era tan ardua como ineludible. Debía mostrarse fuerte, aparecer digno. Además, lo ayudaría Magdalena. . .

¡Magdalena!

El dulce nombre de su hermosa hija, al fin reconquistada y ennoblecida, le trajo a la memoria la enigmática frase de Raquel:

"Por la suerte de Magdalena". Y resaltó una palabra: "Ven".

¿Ella también estaría en peligro?

No pudo evitar un sobresalto. Se hallaba en el sitio en que se cruzaban las dos sendas, una que salía de Jerusalén con otra que salía del Olivete. Ante sus ojos y por encima de la muralla se dominaba el Templo. Sobre sus láminas de oro alcanzó a divisar el coronamiento del palacio del rey Herodes Antipas, resaltando de las sombras. Se detuvo vacilante. ¿No sería prudente acercarse a aquella mansión, para develar el motivo del curioso llamado? Volvió a sentir impulsos de no dar importancia a lo que calificaba de intriga. Aún así ¿con qué objeto? ¿Qué intrigas y maldades se fraguaban contra su hija, que él no debía ignorar, sobre todo en el momento propicio de su felicidad completa y definitiva?

En un gesto inconsciente sacó el rollo de entre sus ropas. Apenas se veía. Volvió a deletrearlo de memoria y a cavilar, hasta reconocer que no quedaría tranquilo si dejaba sin aclarar ese punto, antes de dar satisfacción a las nuevas y muchas responsabilidades que por la desgracia de Simón había contraído. Hablaría entonces con la infiel, para volverse luego y sin más demora a Betania.

Andando por las calles de Jerusalén, a la que entró por la puerta de la Fontana, discurría sobre las asombrosas horas que se des-

arrollaban en el círculo de su existencia. ¡Qué sucesión de hechos, infaustos o felices; en orden, calidad y rapidez desconcertantes!

Simón le había explicado que su mal obedecía a una profunda y misteriosa convulsión de su sangre... ¿No se estaría produciendo en el cuerpo de la sociedad entera un trastorno semejante y de enorme trascendencia? Los síntomas de disolución, que ya afloraban a la piel ¿no descubrían la carcoma de sus entrañas? De ser así, lo más lamentable, era que a muchos inocentes alcanzaran la podredumbre y el aliento pestífero del mal. Pero él procuraría que por lo menos se salvasen Magdalena y Lázaro...

Pronto llegó al palacio del tetrarca. La servidumbre, los antiguos funcionarios y la misma princesa Salomé estimaban mucho al griego. Cuando la fundación de Tiberíades, magnífica y apresurada empresa del régulo para ganarse la voluntad del emperador romano, su inspiradora, Herodías, encargó a la diligencia y el buen gusto de Peleo de Milo, materiales preciosos y objetos artísticos, que él acopió en sucesivas expediciones a Persia, Egipto, Líbano y las costas del gran mar interior, del Ponto Euxino a las Columnas de Hércules. En el palacio a orillas del Genesaret, lago que dominaba la nueva capital, el propio Herodes solía interrogar al griego para informarse de reyes y generales; confiándole en esos días de su fortuna y renombre, algunos cometidos delicados que Peleo siempre cumplía con probidad y acierto, y que Herodes pagaba con elogios y largueza. De ese modo el griego llegó a envolverse en la tragicomedia del astuto pero débil monarca, en permanente conflicto entre sus deseos y su conducta, porque gustándole la existencia regalada y tranquila, era instado al movimiento y la lucha; porque repugnándole el dolor y la sangre, se veía impelido a decretar torturas y muertes; todo para satisfacer a su amante, la Hermosa Herodías, que no hallaba paz ni admitía obstáculos a su sueño de ir conquistando lo que ambicionó Herodes el Grande: el dominio de los hebreos sobre el mundo... ¡pero con ella en el pináculo y el César a sus pies!

Por el conocimiento o la sospecha de tales motivos, el griego juzgaba al infeliz tirano más digno de compasión que de repudio. Y con el transcurso del tiempo, mientras crecía el odio de los vasallos, Milo llegó a sentir piadosa simpatía por el títere de Roma, luego de haber advertido alguna relación entre las desventuras de

éste con las que él mismo padecía por culpa de Raquel. También el griego había colocado sobre la imagen de la esposa buena, el rostro de una pérfida. También la insensata pasión lo había impulsado a cometer errores que era forzoso expiar, aunque no acertaba por mandato de qué dios de su vacilante y desolado Olimpo. Un principio de justicia, con o sin divinidades, regía ciertamente el orden de la existencia. ¿Y por qué? ¿Con qué fin? Trató de pensar menos y observar mejor.

Era noche oscura. Se hallaba ante la gran vía de Josué, muy bien iluminada por altos fanales de aceite y hachones que ardían con esencias del lago Asfaltite. Por aquella zona residían los más ricos dignatarios. Según comidillas que cruzaron la Judea, el melancólico Galileo se había atrevido, pocos días antes de ser preso, a recorrer la aristocrática avenida en toda su extensión, llevado en triunfo sobre una graciosa borrica, bajo un palio de flores y palmas, arrullado por los himnos que entonaba una muchedumbre desposeída y mendicante que lo aclamaba como Hijo de David, ante las mirillas rencorosas de los escandalizados fariseos y magnates, avergonzados por la presencia de los muchos nobles huéspedes que se concertaban para la festividad suprema de la nación. Peleo de Milo alcanzaba a ver, al resplandor de las lámparas, los altos muros de aquellas mansiones recargadas de adornos en yeso y mica, sus escalonados jardines con plantas exóticas, las fontanas con raros peces que se asomaban a beber la luz, y por doquiera la estatuaria de Grecia y Roma, que daba a Jerusalén el aspecto de capital de los gentiles, más que urbe de Dios.

Sintió que lo llamaban afectuosamente. Era un guardia de la ronda. Se le había acercado con desconfianza y cautela, hasta reconocerlo al fin. En el cuerpo de guardia los viejos soldados lo hicieron objeto de atenciones; y vió más de un gesto de pena cuando les dijo que venía al llamado de Raquel, ahora la azafata de la reina Herodías. Entonces lo condujeron por una puerta lateral y hacia las habitaciones de los cortesanos importantes.

No obstante lo avanzado de la hora se mantenía en actividad esa parte del palacio, pues varias dependencias iniciaban los preparativos para el regreso de la corte a la ciudadela de Maqueronte, según le explicó al griego el árabe apostado al extremo del corredor, amigo que le debía ciertos favores generosamente olvidados.

Peleo rogó al árabe que lo anunciase a Raquel, lo que hizo por intermedio de una esclava nubia. Mientras que aguardaba, el antiguo camellero le explicó que Raquel era nada menos que la primera hurí, consejera en tocados y perfumes, quien desnudaba a la reina de vestidos y joyas, a reponer según el carácter de cada solemnidad, asistida de un séquito de otras cortesanas; siempre bajo la dominadora tutela de su madre, la hechicera Ruth.

La esclava acompañó al griego a una habitación de reducidas dimensiones, antesala de otra que cubría espeso cortinado. Ahí quedó solo, expectante.

No tardó en aparecer la cortesana, más hermosa que una visión de los jardínes Elíseos, suelta la cabellera empolvada de oro, exhalando perfumes incitantes; desnudada, más que vestida, por una suerte de clámide de finísima y transparente seda; calzando sandalias de púrpura con hilos áureos, sobre las que avanzó ondulante y con suavidad felina, clavando en los de Milo sus grandes ojos verdes y enigmáticos.

El griego se estremeció, no sabiendo si la aborrecía o la amaba siempre. Ella le dijo con sonrisa de hielo:

—¿Qué te trajo? ¿El gusto de verme a mí, o el interés por lo que atañe a Magdalena?

Esforzándose por mantenerse sereno, él replicó:

—Llego ante una tumba, rica y hermosa, si quieres, a escuchar el reclamo de una muerta, para saber qué áspid puede alzarse todavía de su losa de oro...

—Exprésate en voz baja; porque alguien, a quien no deseo despertar, reposa cerca.

—¡Tu amante!

—¿Celos?

—¡Me das asco!

—Advierto que tu pasión por mí está más viva que nunca, porque mi ausencia te ha envejecido mucho y mi persona te exalta hasta el exceso. Tal vez consigas algún favor y consuelo, siempre que me correspondas...

—Mucho me robaste y en cambio nada tienes que yo pueda codiciar.

—Eras un amador de la belleza. ¿Es ya cadáver lo mejor de ti? Has dicho que para tu amor he muerto; aunque me ves resplandecer de vida. Tú sí, ya estás agusanado en decrepitud e indiferencia.

—Sólo sé que entre nosotros no hay vínculo posible. ¡Desengáñate!

—¿Ni un pacto entre enemigos?

—Tendrás un interés que no es el mío.

—Ya te lo escribí; se trata de Magdalena...

Alguien escuchaba del otro lado de la cortina, pues se oyó su débil jadear y el rumor de sedas. En el penoso silencio, Raquel dió muestras de gran inquietud, pendiente de aquella persona invisible. Al fin, con gesto doloroso y hasta suplicante, expresó en un suspiro:

—¿Me devolverás a Magdalena?

—¡A mi hija! —rugió el padre.

—No grites, que me repugnan la violencia y el escándalo. Puedo quitártela sin explicaciones; y ya ves... ¡te ruego!

La que esto dijo no era la provocativa Raquel de hacía un momento. El influjo de aquel ser que se sentía y no se veía, la trastornaba. Copioso llanto empezó a rodar por sus mejillas, desluciendo el matiz de los afeites. Era indudable la sinceridad de ese dolor, vinculado a la presencia oculta tras el espeso telón, de la que pendía su alma con pérdida del más ingenuo ardid que disimulase su miedo y su congoja.

Esforzándose por dominar la emoción, Peleo quiso averiguar algo sobre qué vínculo podía existir entre su hija y el personaje que se escondía, y que tal dominio demostraba tener sobre Raquel. Entonces, con menos violencia y más astucia, exclamó:

—Explícate. ¿Por qué prefieres que Magdalena esté contigo y no con su padre? ¿No es lo único que me queda?

—Tu mundo es oscuro y el mío, brillante. No puedes sacrificarla a tu destino incierto.

—Te aclaro que si volvió a mí, fué horrorizada de esas glorias que juzga como miserias. Además, va a ser pronto la esposa de Lázaro, joven lleno de virtudes y no tan humilde como supones.

—¡Lázaro! ¿Ignoras que ese infeliz va a ser ultimado de veras, por loco o por farsante? Si tú, por interés, te has ligado a sus riquezas, no es justo que tu hija se precipite con él.

—Busca otro argumento. ¡Este es falso!

Del otro lado del tapiz el desconocido se agitaba con impaciencia. Raquel, apurando sus recursos, le señaló:

—Las horas de Lázaro no llegarán a un día. Tú mismo, huye de él y de su gente. Sé por los lindos labios de mi señora, que las supercherías y crímenes de sedición que clavaron al émulo del Bautista, colmaron la clemencia del sacerdocio con el fingimiento de una y otra resurrección. ¡Magdalena peligra a tu lado, entre vosotros!

A Peleo empezó a girarle el piso bajo los pies. Aquello sí podía ser cierto. Apoyándose en el marco de la puerta, atinó a gritar:

—¡Pérfida! ¡Maldita! ¡Ni así te la daré! ¿Pretendes que yo, su padre, la envilezca con tus ejemplos? ¿qué consigas hacer de Magdalena lo que ya eres tú?... ¡Ramera!

La reacción de Raquel a tales insultos fué de lo más inesperada. Se le arrojó a las plantas, repitiendo entre sollozos:

—¡Por piedad, Peleo! ¡Dámela!

La escena era desconcertante. ¿Qué ocurría?

Todo se aclaró de golpe. Una mano colérica levantó la cortina. En el centro del arco apareció un hombre joven y muy bello, en vaporosas y ricas vestiduras persas. Pero estaba tan saturado de licores, cuyo vaho lo seguía, que no pudo avanzar de ahí sosteniéndose con las manos asidas a las alas del tapiz, oscilante, como si danzara un aire grotesco sobre las piernas separadas e inseguras.

Al verlo Raquel lanzó un grito doliente.

—¡Nabarzane!

Peleo de Milo permaneció un instante quieto, paralizado de estupor. ¿Nabarzane? Ese nombre recordaba al gran teniente de Darío, nada menos que el vencedor de Alejandro en la famosa batalla de Isso, tres siglos atrás y a orillas del torrentoso Pinaros. Ahora decía el homónimo:

—¡Dadme pronto a Magdalena!

Le costaba al padre comprender el sentido de esas palabras; de aquella escena, tan absurda y sin embargo patética. Se le presentó a la mente la triste memoria del otro Nabarzane, traidor y verdugo de su rey en viéndolo derrotado. El genial discípulo de Aristóteles, el mayor guerrero de la antigüedad, voló con su casco de alas de oro hasta el fondo de la Persia, para castigar la felonía. Aquí, ahora, el puño de otro griego iba a dar su merecido a un malvado de

esa raza y ese nombre... ¿Pero cómo y nada menos que en el palacio de su jefe, el tetrarca?

Raquel, siempre de rodillas, clamaba entre sollozos:

—¡Nabarzane! ¡Compadécete de mí!

El borracho, festejando los efectos de su ocurrencia, en la desesperación de la mujer y la perplejidad del griego, reía a carcajadas.

Súbitamente reaccionó Peleo, prescindiendo de la más elemental prudencia. Con un pie arrojó de lado a la envilecida cómplice del satánico persa; y en un rapto incontenible de cólera, dió un brinco de fiera, para golpear al ebrio con iracundia tanta, que éste, asido del cortinaje, lo arrancó en el empellón y fué a caer contra el pedestal de una estatua obscena que dominaba la siguiente alcoba.

La mole de mármol se abatió con estrépito sobre el persa. Raquel se lanzó con un tremendo grito, para socorrer al amante, que quedó como muerto.

El guardia, atraído por el clamor y el lamento, sólo atinaba a dar ayuda a Raquel, quizás imaginando que se trataba de un accidente.

El griego aprovechó el tumulto para salir a la vía secundaria.

Escurridizo y veloz como un fantasma, pronto se perdió entre las sombras de aquella noche sin estrellas.

14

EN EL CORO DE LOS APÓSTOLES

Pasada la media noche del domingo de Pascua, entró Peleo de Milo a la aldea de Betania; y no bien se hubo cerciorado que todo era paz en la casona de Lázaro, fué a la de Simón, hallando despiertos a los apóstoles.

Allí faltaba Tomás, porque, según le dijeron, turbado por las muchas emociones e impaciente con los repetidos anuncios de la aparición de Jesús, se había echado a los caminos para confirmar el portento y calmar la desazón.

Los apacibles hijos de Galilea, aunque tendidos en sus lechos, parecían dispuestos a velar, colmados de alegría, porque no bien hubo salido Tomás, el Nazareno se les mostró a la sobremesa, adoctrinándolos con dulzura, para desaparecer tan misteriosamente como vino. Y ahí estaban ellos, evocándolo en su carne lacerada y su espíritu luminoso, alternando oraciones con pláticas sobre la conducta a seguir en adelante, para que se esparciese la semilla de la "Buena Nueva", como gustaron llamar a las enseñanzas de su divino Maestro.

El grave punto en que los sorprendió Peleo de Milo, era si la obra que podían cumplir se limitaría para ellos a los surcos de Judá y de Israel, o si estaba en la fuerza de sus manos esparcir la simiente por el mundo todo, en cuyo caso era menester que se pusieran de acuerdo para avanzar en abanico sobre la invicta Roma, hasta conquistarla con los ejércitos del bien.

En lo que unánimemente convenían era en partir cuanto antes de Betania con María de Galilea, en una sola caravana y con los partidarios de Jesús que quisieran seguirlos, y allá, desde la vieja casa del carpintero José, se apartarían, cada uno de su lado por las sendas principales del amor y del martirio...

Colmando así con suaves y pausadas voces los silencios de Milo, a la vez que dándole ocasión de reponerse de sus notorias fatiga y angustia, lo informaron que, entre las instrucciones dejadas a su

mayordomo por el bueno de Simón, figuraba un regalo general de túnicas, mantos, cofias, sandalias, bordones y hasta de sacos repletos de vitualla para los forasteros repartidos entre los hogares de Lázaro y Zachú. Como sabían ellos lo fiel que era Milo a tan pródigo señor, querían hacerlo confidente de la inmensa gratitud del concilio. Mas, no siéndoles posible hallar modo de retribuir tanta munificencia, pedían al ilustrado y elocuente amigo que los ayudase con su discurso en presencia de Simón el Rico.

Le habían preparado al griego un cómodo respaldar y en la mejor litera, rodeándolo con solicitud conmovedora. El resplandor de la luna los envolvía ahora con un velo de plata. Peleo sintió gran pena al declararles:

—Sabed, hermanos, que de hoy en adelante nuestro buen Simón el Rico tiene otro nombre, muy amargo, que él mismo me señaló...

—¿Cuál?

—Simón el Leproso.

Al fin comprendían la ausencia de Simón y la angustia de Milo. Alguna sospecha ellos ya tenían, por indicios que recordaron. Una centella de horror caía sobre los dos hogares unidos por amores e intereses.

Los diez apóstoles se condolieron mucho de aquella desgracia. Entonces el griego, confiándose más al comprensivo coro, les hizo una relación del encuentro de su amigo con el pastor de Cirene y de su entrevista con el desventurado en la hacienda del Olivar, para concluir con la dramática e irrevocable resolución del joven, quien a esa hora debía de hallarse en camino hacia uno de los muchos páramos que rodeaban la Judea, donde se hundiría para no volver jamás.

Cuando terminó esa parte, vino Pedro y acercó a sus resecos labios una copa de elixir hecho con jugo de uva y miel de abeja, que lo reanimó en el acto.

—Hermano de Milo: nos unimos a tu dolor. Las desventuras del noble Simón acongojan a cuantos conocen sus virtudes y gozan de su generosidad.

—Me abruman dos promesas que me arrancó mi amigo: que advierta a la familia de su desgracia y que ocupe, tan luego yo, su sitio en el hogar... ¿Os hacéis cargo de mis turbaciones?

—¿Pueden agobiarte la verdad y el bien?

—Sí; porque la verdad puede hacer morir a Zachú de repente y derrumbar a Lázaro, y enloquecer a Marta. Sí, porque el bien no sabré realizarlo en la forma que Simón espera de mí.

—Nos será imposible sobrellevar el cúmulo de consecuencias extraordinarias del martirio y la glorificación de Jesús, si no lo hacemos escudados de absoluta confianza.

—¿Qué tiene que ver el Galileo con el mal de Simón?

—Todo está unido.

El griego no creyó tal disparate; mas no osó replicar para no salirse de los hechos. Hizo una pausa, bebió lo que restaba en el vaso y dijo desolado:

—Aún me queda relataros lo ocurrido en el palacio de Antipas, o sea la segunda parte de mis tormentos de esta noche.

Y con nublados ojos, enronquecida voz y tinte de vergüenza, les hizo conocer cuanto le aconteciera en la alcoba de su vil mujer, más el grave incidente con el lascivo Nabarzane. Terminó diciendo:

—Como veis, son grandes y muchos los peligros que acechan a los partidarios de Jesús. Ellos van a desatarse, según Raquel lo asegura, dentro de pocas horas... Vosotros me comprendéis: ¡me toca a mí pararlos!

La perplejidad de Milo se pintó también en muchas otras caras. Juan pasó sus brazos por el cuello del primer apóstol y levantó interrogantes las ingenuas pupilas. Su hermano mayor Santiago, acordándose de las horas serenas en Genesareth, se fué a su lecho y se le oyó gemir. La ensortijada cabeza oscura del hijo de Zebedeo, agitándose por los sollozos entre las mantas policromas, parecía un cabrillo negro brincando entre flores.

Esos días era tanta la exaltación de los espíritus que sólo algunos caracteres muy enérgicos, como los de Andrés y Pedro, Felipe y Alfeo, se mantenían impávidos.

—Esperemos con fe.

Esta frase le pareció al griego más que absurda, ridícula. Las fuerzas del poderoso Herodes, las del tremendo Anás, las del trágico destino... ¿No se medían? ¿Cómo contrarrestarlas? Y en vez de ocultarse, de huir, de correr a las armas para morir combatiendo, aquel hombre tranquilo, grave y en nada loco, aconsejaba *esperar*... ¿Qué cosa esperar? Acaso los admirara como ejemplos, aunque inconscientes, de la escuela estoica. Pero no era posible ajustarlos a

ella por el sentido que adivinaba en el vocablo ilimitable... ¡Esperar!

En eso estaban cuando entró Tomás.

—¡Salud, hermano!

—¡Salud!

Venía cansado y afligido, porque su deambular de muchos estadios y en las direcciones de Jerusalén, Emaús, Belén y otros puntos, había resultado infructuosa. Por parte alguna, ni en soledad ni en poblado, pudo dar con el Maestro.

No faltó quien mirase al prójimo con infantil picardía. Por breve momento fueron olvidadas quejas y preocupaciones. Juan se volvió al recién llegado con graciosa sonrisa.

—No bien saliste, vino el que buscabas. Compartió con nosotros un pez asado y un panal maduro.

Tomás miró a su alrededor, incrédulo; pero Natanael agregó:

—Como al contemplarlo algunos de nosotros sentimos el temor que producen las apariciones de otro mundo, el Rabí nos tranquilizó exclamando: —"¿Por qué os turbáis? ¡Mirad mis manos y mis pies, que soy yo!"

Pero Tomás, siempre terco, insistía, igual que antes:

—¡Es inútil! Si yo no viere por mis ojos la hendidura de los clavos y metiere mi dedo en ellas, y mi puño por la llaga del costado, ¡no creeré!

Y fué a su camastro, a extenderse rígido, las pupilas muy abiertas.

Peleo se sintió solidario con esta actitud, adecuada en mucho a sus convicciones. Imaginó que lo ayudaba indirectamente si conseguía distraer el disgusto general. Alzó la voz para decir:

—Me confunde el hecho extraño de que la enfermedad de Simón se manifestase tan bruscamente. ¿Qué dices, Pedro?

—Lo que de súbito puede sanar al que afirma, ¿por qué también y de golpe no ha de enfermar al que niega? ¿No has oído de milagros? Si la doctrina del amado Jesús es de salvación, ¿no ha de ser de condena? Muchos se han curado por correr a él. ¿No han de enfermarse algunos por huirle?

Resultaba curioso. En vez de apartarlos del problema de Tomás, se hacía el instrumento de su relieve. Entonces tomó resuelto partido en la discrepancia.

—Lo reconozco; Simón no cree... ¡tampoco yo! ¿No es esto irremediable? Pero voy más lejos. ¿Es justo condenar al que no tiene fe?

—Ante todo, no hay mal irremediable, sino en trance de encontrar remedio. Nada nos desespere y todo nos esperance. Simón y tú tenéis el corazón tan limpio, que fácilmente ha de escribirse en el tuyo y el de Simón la respuesta que pedís.

Peleo miró al apóstol con fijeza. No parecía el hombre tosco de la víspera. Brotaba de él como el efluvio de una facultad nueva, que despertaba confianza, imponía sosiego y hasta sugería la certeza en "algo" o "alguien" que el griego no podía precisar. Lo indudable era el sentimiento de paz, de dicha, de consuelo, que emanaba de su voz, su gesto; todo natural, sencillo, convincente, irrebatible. Por primera vez el erudito, el filósofo, el esteta, comprendió lo que el pueblo quería decir al señalar a un "santo". Fué inútil que Peleo acudiese a la razón. Aquello no tenía otro testimonio de su realidad que ese sentimiento que lo embargaba con inefable deleite.

El imponente varón seguía discurriendo así:

—Para el mundo Simón acaba de morir. Pero, ¿has oído decir: "Quien no renaciere no entrará en la gloria"? Quien tal afirmó, ¿no hubo de padecer y agonizar? Todos cuantos ansiamos constituir un solo cuerpo con él, ¿no hemos de extinguirnos siquiera en lo que nos falta para renacer menos imperfectos o más a su imagen? ¡Hermano Peleo! ¡Hermanos míos! ¿No voy destruyendo en mí la negación, el engaño, la cobardía de ayer? ¿Veis a Tomás? Debe acabar en dudas para resucitar en certidumbre...

Del lecho que ocupaba se alzó el hondo suspiro del cuitado. Continuó Pedro:

—Todos sabemos que también Simón se agusanaba en dudas, a pesar de sus virtudes. Mas el espíritu que ya fué santificado por el testimonio de la divinidad, ése ya no necesita quedar en el mundo con la rémora del cuerpo.

Peleo dió un salto.

—¿Te refieres a mi hija, a Magdalena?

—¿Por qué me la nombraste?

—No lo sé...

—Tampoco yo comprendo de haber pensado en ella...

Se miraron con inquietud. Peleo se animó a decir después de algunas reflexiones:

—¡Oh, amigo! Todos te atribuyen, con acierto, la máxima autoridad. Me asegura Lázaro que lo que tú atas, atado queda para siempre entre los vuestros. Antes de partir, como lo anuncias, he de rogarte un inmenso favor.

—Dí.

—Consagra el matrimonio de Lázaro con Magdalena.

El concilio batió palmas. Pedro, siempre grave, preguntó solamente:

—¿Cuándo lo quieres?

—Mañana mismo.

—Te complaceré.

Milo se botó del lecho para dar rienda suelta a su gratitud y gozo. No atinaba con lo que podía hacer para retribuir los signos de felicidad y confianza que resplandecían en muchos de aquellos rostros venerables o angélicos; y optó por abrazarlos uno a uno, empezando por el mayor. Al fin estuvo ante Tomás, y viéndole los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló ante el camastro para secárselas con sus besos. Sorprendía y encantaba ese transporte de ternura en un varón entero como aquél.

Al regresar donde Pedro, dijo:

—¿Me harás otra gracia?

—¿Cuál?

—De un momento a otro debe llegar aquí mi caravana. Acepta la custodia de Selencio y cuantos recursos quedan a su cargo. Así me colmarás esta alegría.

—Se hará como lo quieres, ¡oh, generoso hermano! ¡Ahora, a descansar! Necesitamos reponer energías para la peregrinación de mañana.

—¿Cuál peregrinación?

—Sabe, noble Peleo, que ayer nos visitaron José de Arimatea y Zacheo de Jericó, en compañía de notables hijos de Jerusalén y peregrinos de influencia, todos partidarios de nuestra doctrina. Se convino que en adelante debemos mirar el sepulcro de Jesús como el sitio más sagrado de la tierra. Comprende entonces nuestro deseo de pasar ahí un momento de oración antes de separarnos de Judá para siempre.

El hijo de Milo reflexionó un instante y luego dijo:

—Supongo que Magdalena irá con vosotros.

—Tu hija y Lázaro quisieron atribuirse la dulce misión de embellecer el lugar desde la hora primera.

—Estaré allá con ellos.

—¿Nos darás ese contento?

—¡Oh, sí!

Cada uno fué a su lecho. Antes de dormirse, Peleo de Milo coordinó rápidamente un plan que salvaguardaría a tan buenas gentes de todo peligro. Y ya se deslizaba hacia el ensueño, cuando oyó a un apóstol decir a otro, en voz muy baja:

—¿Recuerdas a los dos condenados por hurto, que, según las mujeres, se insultaban en la cruz?

—Eso supe...

—Pues oye bien: hallaron sus cadáveres unidos en tan estrecho abrazo, que hubo que enterrarlos así...

15

AIRE DE TEMPESTAD...

Había salido el sol del lunes cuando Peleo de Milo, muy conforme de haber reposado unas horas entre los apóstoles, abandonó el hogar de Zachú, dejando plácidamente dormidos a cuantos en él se asilaban, con excepción de Juan, que se había desvelado y rondaba por el jardín, juntando flores para el sepulcro de su Maestro. Al ver al mancebo, le dijo:

—Voy a cumplir una diligencia en beneficio de quienes acudan al nicho donde sepultasteis a Jesús. Allá nos veremos.

Salió por detrás del molino, dando un buen rodeo que lo alejase del hogar de Lázaro, no fuera que lo viese Marta y le preguntase tan pronto por Simón.

A buen paso descendió el griego la cuesta de Betania, en dirección a la Puerta de la Fuente, para tomar después el sendero de la antigua ciudadela de David, y en seguida de atravesar Jerusalén por el camino más corto, dobló hacia el Fuerte de la Puerta de Hierro, que era su objetivo.

Se iba cruzando con grupos de peregrinos que se dirigían al Templo, luego de pernoctar por los aledaños, entre quienes halló a numerosos amigos, habitantes de lejanas aldeas que Peleo había frecuentado en sus viajes. No sin sorpresa notó que ya no era el mismo para esa gente, porque lo aludían como si de la noche a la mañana se hubiese transformado en un personaje de mucha importancia.

Esto lo alarmó, temiendo que hubiese trascendido el episodio de esa noche en la mansión de Herodes; y aunque se hallaba lejos del palacio real, bien podían sus guardias echarle mano rápida y atroz. Mas pronto supo de qué se trataba.

—Ahí va el padre de Magdalena, la del testimonio.

—¡Bendito sea el genitor de la santa!

Había quienes lo tomaban del brazo, para que oyese sus elogios y hasta recibiese sus caricias.

—¡Has dado al pueblo elegido, aquel ser que Abrahán señaló para confirmar al Mesías!

—¡Tardó tanto en venir!

También hubo ceños rencorosos y aun de cólera, encerrados en un silencio agresivo. No faltó quien le declarara sin ambages su indignación por el agravio al gran sacerdocio. Eran, estos últimos, jerosolimitanos a quienes un asirio sorprendió con cierta frase de extrema gravedad:

—El Mesías escogió, sabedlo, a los peregrinos; ¡y no a los de Judá!

Por estas y semejantes expresiones, dos grupos se fueron a las manos. Entonces Peleo de Milo, que ya estaba cerca de la muralla, apretó el paso.

* * *

Cuando llegó a la Puerta de Hierro entraba un importante contingente de forasteros que venía de la serranía de Ramath, abundando los de la nueva doctrina, que hablaron al griego con audaz alegría.

—Se afirma que los soldados que hirieron al Mesías, dijeron de él, cuando sus prodigios en el Gólgota: "Verdaderamente es el Hijo de Dios".

—¿Sabes que la lanza que lo abrió de costado, despide luz inextinguible?

—En el momento de morir Jesús, a muchos de la ciudad se les aparecieron los mayores profetas. ¿Por qué?

—¡Ah, tiembla, Jerusalén insensata!

—Los sacerdotes renovaron precipitadamente el velo del Templo, pues se rasgó de arriba abajo al expirar el Cristo.

—¿Quieres saber lo que respondió el Mesías a los galileos que lo lloraban sepulto?: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?"...

—Aquí va otra prueba de que era el Justo: el centurión Servio Próculo, que lo afrentó para la muerte, está enfermo de gravedad,

mientras que Tulio Germánico, que constató su gloria en el sepulcro, fué ascendido.

Empero no faltaron amigos de los doctores y escribas, quienes ponían entre estas afirmaciones ardientes, sus gélidas cuñas de negación:

—El sepulcro, ¿no estuvo sin custodia ni sellos toda la noche del viernes? Ahora: ¿quién prueba que no fué robado?

—Servio Próculo está sano y quedó como un puente entre Judá y Roma. ¿Hay para un romano, más alta dignidad?

—Cuando fué la custodia al sepulcro: ¿alguien miró adentro? ¿Por qué el aire no hedía?

El cariz de la controversia indujo al griego a enderezar sin demora hacia el fuerte, que se desprendía hacia el exterior de la ciudad por una cortina de muralla que, partiendo de la Puerta de Hierro, iba hasta la altura que dominaba el bastión de ese nombre.

En aquella última y solitaria parte de su trayecto, Peleo se dió a pensar en la luz y la sombra que, desde el alma de la nación hebrea, se proyectaban sobre la figura de su hija. Para el honrado criterio de aquel varón sin dioses ni prejuicios, Magdalena había padecido algo semejante a una visión. Un juez tan celoso de los fueros de Judá y el Templo, como el infortunado hijo de Zachú, podía obcecarse en apasionadas conjeturas; pero un partidario de la naciente secta, el reflexivo Tomás, ¿no confesaba sus dudas y hasta sus recelos a los mismos apóstoles de la discutida divinidad? Cierto que su deber de padre amoroso, era callar y aun sentirse feliz de aquel giro inesperado para la óptima reputación de Magdalena. Desde ese punto de vista sentía gratitud hacia el torturado Nazareno. No obstante, era imposible, en su intimidad, erigirlo sobre lo naturalmente humano. De ahí que, no teniendo más apoyo que el poder, visible y concreto de Roma, se apartara un momento de los apóstoles para procurarse en la guarnición de la fortaleza, el máximo escudo que podía ofrecerse a la vida y la felicidad de su Magdalena...

Si de lejos el fuerte imponía, de cerca amedrentaba. Después de la Fortaleza Antonia, aquél era el baluarte más poderoso de Roma en suelo de Judá.

Afortunadamente para el griego, mandaba ese día la guardia del enorme portal un decurión tan parecido al soldado que se arro-

dillara ante Jesús en el banquete de Betania, que lo tomó por él, diciéndole:

—¿No me recuerdas? Soy como padre de Lázaro, el discípulo del Galileo que tú amas. Te vi en el convite, acompañando al noble centurión.

—Me confundes con mi hermano gemelo, Milón, el ordenanza de mi jefe Marco Tulio Germánico. Yo soy Tanusio, el decurión que velaba la noche en que resucitó Jesús de entre los muertos.

—¡Norabuena! ¡Sois tan iguales!

—Tú eres el griego. Te reconocí a la distancia. Sólo por eso se te dejó acercar. ¿Qué te trae?

—Urge que hable al centurión. ¿Me ayudarás para que lo consiga?

—Yo mismo lo advertiré de tu presencia.

Cruzaron juntos el corredor de entrada, bajo una bóveda maciza, con aspilleras que la batían por los extremos. Al pie de la primera rampa se hallaba un grupo de soldados que volvían de una ronda. Tanusio, mientras contestaba al saludo, exclamó:

—He aquí a un amigo; nada menos que el buen griego que presenció el prodigio del sepulcro. Os lo confío.

Dicho esto, el decurión se fué por otro gran portal sobre el lado izquierdo de la muralla; mientras que los soldados, dando muestras de cariñoso respeto le hablaron a Milo de modo que le probaban la viva conmoción que entre aquella ruda, pero crédula gente había tenido el suceso que repercutía del Gólgota hacia el mundo.

Lo que para el griego era simple efecto de un rayo, inteligente violación de sellos, audaz robo de un cadáver que debieron custodiar mejor, se volvía para el romano dilema de la confirmación o el desprestigio. Y ahí, entre los mílites que antes lo hubieran molido a palos por atreverse a abordar su fortaleza y ahora le sonreían con una dulzura que nadie hubiese sospechado en su talante, se le mostraba a su lúcida razón de filósofo escéptico la consecuencia propiciatoria para Magdalena, pero llamada a convulsionar aquel nudo de tierra que ataba los hilos del universo. La guarnición en masa, afirmando lo sobreantural, salvaba a su querido centurión, justificaba a sus conmovidos compañeros y venía a terciar con su tremendo impulso en el pleito entre Jesús y el Sanedrín,

que antes había sido el del Bautista y Herodes. Al soplar ese aliento formidable sobre las cenizas del antiguo incendio entre Judá e Israel, atizaba los rencores de la orgullosa capital de Dios, como ella se decía, contra los humildes peregrinos que se repartían por los eriales...

Así el griego discurría mientras los guerreros, forrados de bronce, le nombraban a Jesús y sus discípulos, a Magdalena y a Lázaro, con una familiaridad que valía como si él no se hubiese movido de Betania.

Se sintió llamar:

—¡Peleo de Milo!

Era el gigante Milón, que descendía los últimos escaños de piedra, que el griego alcanzó a ver por la boca del portal que hacía un momento se tragara a Tanusio. Este no demoró en aparecer y dirigirse hacia el cuerpo de guardia.

El afectuoso ordenanza tomó a Milo de la mano y lo condujo a la escalera, remontándolo por su brío hasta la planta superior. Con dulce acento que contrastaba con su cuerpo de toro, le preguntó allá arriba:

—¿Por qué viniste sin Lázaro?

En el fondo de un largo pasillo estaba esperándolos el mismo Centurión, cuya gallarda figura cubría el angosto espacio.

—¡Salve, noble Peleo!

—¡Salve, primer centurión!

—¿Supiste de mi ascenso?

—Por tus soldados, que te adoran. Lo celebro porque eres justo y emplearás tus poderes para defender la virtud.

Con ese hábil giro el griego preparaba el campo que favorecía sus planes.

Suavizando el acento y la mirada, el curtido capitán de cien combates, dijo esto, que pareció inaudito sonando en el Fuerte de Hierro:

—Cuantos bienes estoy recogiendo son gracia de Jesús, el Cristo.

Peleo lo miró estupefacto, pero se rehizo con la alegría de hallar asidero en esa extraña confidencia. Notó que al lado de Marco Tulio experimentaba aquella dulce impresión de serenidad y confianza que había descubierto en la compañía de Pedro, acaso no tan viva, pero que sería del mismo orden dado su semejante efecto, tal

vez obedeciendo a igual motivo, quizá de un origen común. El hábito de entender, cifrándolo todo a la razón, ya iba a marearlo por vericuetos de inferencias, vigiladas por dudas para evitar el sofisma. Pero bajó del aire el grito de un centinela:

—¡Alerta está!

Eso bastó para que interrumpiese el discurrir en un punto. Aquel grito le advertía que ni el sentimiento de seguridad, ni la idea que lo justificara, eran suficientes para salvar la dicha de Magdalena y la vida de Lázaro. Sólo la fuerza material, contundente y violenta, decidiría el trance de peligro. La voz de la atalaya de Roma, el argumento del escudo y el gladio: tal lo indispensable en ese instante como en los mil siglos de la historia... No tenían sentido ni esperanza ni discurso.

Evitando pues, los circunloquios, le contó a qué iba. Lo impuso de su entrevista con Raquel en el palacio de Antipas; de cómo se enteró del peligro que corrían cuantos amaban a ese Jesús, de quien el centurión era devoto, y por último, lo que seguramente ocurriría esa misma mañana, de chocar en el Gólgota el cortejo de los apóstoles contra los partidarios del Sanedrín.

—Lealmente te declaro que, sin desentenderme de los demás de vuestra doctrina, mi mayor alarma brota por la suerte de los dos seres que más quiero y que son los señalados por Raquel: Magdalena, mi hija, y Lázaro, su prometido esposo. ¿No es natural que me desvele? ¿No es justo que recurra a ti?

—¿Qué me propones?

—Nada que no sea de tu deber. Roma tutela el orden. ¡Pues que Roma envíe una decuria al Gólgota, que sofrene la amenaza y asegure la paz!

—Quisiera ir yo mismo.

—Me conmueves, noble Marco.

—Sé que también te asombro, pues, como veterano que soy, nada tengo de cándido. No te confunda, como signo de debilidad, mi adhesión al Nazareno, a quien sigo desde Cafarnaún. Toda aquella guarnición lo veneraba por sus portentos, que la mente no sabría alcanzar. De tales hombres traje conmigo una centuria. Si no tomamos las armas, no fué por mengua del brío, sino porque Jesús nos lo prohibió.

—¿Es posible, Marco Tulio?

—Como lo oyes. Sabe lo ocurrido. Yo estuve en la entrevista de Jesús con Pontius, bajo el clamor de las turbas azuzadas por los sacerdotes, y sobre las que mis soldados iban a caer a la primera señal. Mas Jesús fué irreductible en querer entregarse al sacrificio por la causa del mundo. ¡Oyelo bien, que son sus palabras!: "Por la causa del mundo". Ni siquiera los sollozos de Prócula, aferrada a su túnica, lo hicieron retroceder o vacilar... ¿conoces algo más sublime?

Peleo no pudo contestar. Estaba muy conmovido. En labios de otro varón, hubiese vacilado en admitir como verdad tamaña escena del terrible drama. Pero, lo mismo que del primer apóstol, emanaba de Marco Tulio la certeza de la probidad. Se quedó perplejo.

Juntos descendieron a la plaza de armas. Luego de mirar el reloj de sol, dijo Marco Tulio:

—Quedan dos horas para el mediodía. Voy al Pretorio. Sepa nuestro general de esta y de otra conjura. No vaya a sorprenderlo la digna reacción de sus soldados. De regreso, iré contigo al sepulcro.

—¡Gracias!, ¡gracias!

El capitán montó a caballo y seguido de su asistente, partió al galope con rumbo a Jerusalén.

Tanusio, que tenía la orden de acompañar al griego, lo tomó afectuosamente de un brazo y se lo llevó al cuerpo de guardia.

—Me intriga tu nombre. ¿Es griego, como tú?

—¡Y tanto! Peleo fué un rey de Yolkos, ciudad de Tesalia, de la que partieron los argonautas a la conquista del vellocino de oro. Ese rey casó con Tetis, deidad marina según los poetas; y el fruto de tal unión fué nada menos que Aquiles, el famoso adalid de la guerra de Troya...

LÁZARO Y MAGDALENA SE JURAN ETERNO AMOR...

La hermosa Magdalena, seguida de Lázaro y María, los tres radiantes de felicidad, iban cortando rosas y más rosas en el jardín primoroso que era orgullo de Betania. Allí, en muchos arriates y canteros alejados de la sombra de naranjos, cipreses y aromos, lucían los famosos rosales traídos de Jericó y cuyas flores reinaban

sobre oleandros, anémonas, narcisos, ranúnculos, azafranes, gladiolos, amapolas y lirios.

La primavera se adelantaba majestuosamente. Las nubes se rasgaban a los besos del sol. El aire era tibio, transparente, sereno. Les pareció que era aquél el más dichoso día del mundo. La naturaleza palpitaba con los enamorados en el tranquilo vergel.

Cuando las cestas rebosaron, Magdalena fué a su habitación en busca del vaso de perfume, ahora regalo de Selencio, del mismo que tanto agradó a Jesús y que tenía reservado para ungir la tabla del sepulcro.

Cuando fueron a despedirse de Marta, los jóvenes la hallaron en compañía de la santa Madre, con Salomé de Zebedeo y otras huéspedes de gran estimación. Todas colmaron a los prometidos esposos de caricias y augurios espléndidos. María de Nazaret atrajo a Magdalena para decirle, besándola:

—¡Hoy es tu día de gloria!

Una peregrina galilea añadió con dulzura:

—Sé que Pedro os unirá esta tarde, antes de separarnos de Betania para siempre. ¡Sea fecundo vuestro amor!

Lázaro, que oía desde el peristilo, casi desmaya de dicha. Sus hermanas fueron a abrazarlo. Magdalena derramó algunas lágrimas de júbilo. Al despedirlos sobre la escala del huerto, les advirtió Marta:

—No olvidéis que antes del mediodía estarán con vosotros en el Gólgota la Madre y los apóstoles. Embellecedlo todo a maravilla, pues acudirán al sepulcro peregrinos de Jerusalén.

—¿Y tú no vienes?

—Debo aguardar aquí a Simón y disponer lo necesario para la comida de bodas.

Los jóvenes enrojecieron de rubor y gozo. Marta agregó para los tres:

—Vosotros, queridos hermanos, me representáis ante el concurso de los fieles.

Así partieron, cada cual con su cesta de rosas, tomadas las manos libres de Lázaro y Magdalena; y en su huella, porque el sendero era angosto, la graciosa María de Betania, que iba cargando, por su gusto, el vaso de la novia. Radiantes de juventud y alegría, y gloria de vivir los tres mozuelos bajo la caricia del sol, ahora

triunfante en un cielo soberanamente azul, andando por entre los primores del labrantío.

Las plantas y las bestias comunes les parecían matizadas de nuevos e imprevistos encantos. Hasta las cortaduras del terreno y los roquedales coronados de espinos, hacían resaltar la aventura del trayecto. Porque todo resultaba amigo: aquí el brusco arroyuelo que se vestía de cañas; enfrente el hirsuto collado de vid; más adelante, los abedules caídos bajo el hacha implacable...

Magdalena ansiaba recorrer la vereda que siguió la noche en que fué a esperar la resurrección que Jesús había prometido, y avanzaba reconociendo a plenas dicha y luz las cosas que hubo tocado o visto entonces con melancolía y al fulgor de la luna.

Sucesivamente se borraron tras ellos el caserío de Betania, la altura de las higueras, las filas de cipreses que circundaban el último huerto y hasta las ceremoniosas cinco palmas que parecían inclinarse al cruce de la gente por el camino al pontezuelo del Cedrón.

No entraron a la ciudad, sino que prefirieron seguir por el exterior del recinto hasta la gruta de Jeremías. Pronto se vieron ante el Gólgota, que cruzaron silenciosos y tristes por primera vez en esa espléndida mañana.

Una familia de pastores, cuyo zagal había servido en el cortijo de Lázaro, los volvió al contento mientras se cruzaban al pie del otero desolado.

—¡Salud a los romeros de las rosas!

—¡Sonad de júbilo, trompetas de querubes!

—¡Ha renacido el Salvador del Mundo!

Al fin entraron por la senda de cabras, llorada por la agonía de los reos al escalar ese último peldaño de sus suplicios.

A los pocos pasos Magdalena se detuvo para caer de bruces, diciendo trémula a María:

—¡Aquí fué!

Ahora no era Jesús, sino Lázaro quien le acariciaba los cabellos, hablándole con la más tierna emoción. Toda la alegría infantil del trayecto se trocó en gravedad, porque los poseía el sentimiento de lo sagrado. Prosiguieron la marcha y en el primer recodo dieron con el peñón del sepulcro, a la diestra del solitario camino.

Dejando las cestas floridas y el vaso de perfume junto a los tizones apagados de la hoguera, a cuyos reflejos vió Magdalena la

noche del sábado el mayor de los prodigios, fueron hacia la gran boca, que seguía abierta y conteniendo la voz de su misterio sublime.

En redor se esparcían los cuatro grandes trozos de losa, partida por la espada del cielo.

Siempre bajo su gran turbación cruzaron a reconocer el alvéolo donde Magdalena se había guarecido. Quedaron atónitos al descubrir que el centenario olivo que fué su respaldar, ocultaba otro sepulcro, también abierto y vacío.

Allí se sentaron los novios a descansar unos instantes; mientras que María, con la excusa de agregar a los ramos de rosas otro de campánulas de oro y púrpura que surgían entre las piedras, les concedió alguna libertad. La niña de Jericó volvió a recostarse en el añoso árbol y Lázaro se arrodilló ante ella, las manos en las manos, los ojos en los ojos, el pensamiento en el corazón...

—¡Amor mío! ¡esposa mía! Aquí, ante el primero y el mayor de nuestros altares, te digo y proclamo y juro que eres y serás mi única pasión en la tierra; tú, brotada de las primeras alegrías, sostenida por el tallo de las horas, bordada por mis mejores ensueños, ennoblecida por nuestros últimos dolores, santificada por la caridad de los que guían nuestros pasos. Mi amor, que levanto y ofrezco como un cáliz a la gracia de Jehová y de su hijo, Jesús, para que por siempre y doquiera yo vaya, vivos o muertos los dos, en el mundo o en el cielo, me conserve fiel y digno de ti y de esa pasión... ¡ah...! ¡la primera y la única!

—¡Lázaro del alma! Nuestro amor fué adornado de todas las pruebas. Sé que muchas cosas que ahora admiro y muchos seres que hoy palpitan, pasarán. Deben secarse mis pobres encantos y aun mis huesos terminarán en cenizas. Pero esta idea de que soy feliz, este júbilo de sentirme gloriada en tu pecho, tendrán, tienen sin duda un nido celeste en un árbol de música eterna, donde no alcanzan la destrucción ni el olvido. Y allá, en ese prado sin polvo, entre un suspirar sin aliento y un esplendor sin brasa, te guardaré de todo y sobre todo, porque acabo de ver, mientras que tú hablabas, el seno de los ángeles, el regazo de las estrellas, las palmas de las manos de Dios...

Lázaro, embriagado por la promesa de eternidad que oía, deseó estrechar a Magdalena contra su pecho encendido, mas se contuvo para exclamar, mirándola:

—Cuando niños, en el reposo de nuestros juegos, recuerdo que nos abrazábamos sin rubor, porque las más tiernas efusiones nos decían que éramos hermanos. Mas hoy, cuando te sé mi esposa, desfallezco del ansia y el miedo de morir entre tus brazos. ¡Deja, pues, que me consuele de esta sed de ti, besando apenas la punta de tus dedos y de tus rizos!

Le contestó Magdalena:

—Nos juntó en un solo ser el lazo que ata los colores del iris, los pétalos de la flor y las gotas de la nube. No deseo otro bien que mantenerme inseparable de ti, ser tu sombra cuando camines y tu sueño mientras reposes...

Del éxtasis de amor vino a despertarlos el acento de María y la zampoña del pastor.

—¡Hermanos! Ved que llegan los que cuidan este sitio.

Y acercándose, agregó:

—Vienen mandados por Nicodemo, el príncipe, para ayudarnos a poner decoro en el santo lugar. Esperan tus órdenes, Lázaro.

Al incorporarse vieron al grupo del pastor Leví, su mujer y tres vástagos, dos mozas y un mancebo, diligentes y garridos, todos los cuales se acercaron con la mejor sonrisa y ofrendas de queso de cabra y pan de trigo, que los jóvenes enamorados y María, por darles contento, no se atrevieron a rehusar. Y seguidamente, afanosos por cumplir su deber, los recién llegados se pusieron a limpiar el paraje de troncos sueltos, pedruzcos y malezas.

Mientras que Lázaro y Magdalena, seguidos de María, tomaban sus cestas, resolviéndose a penetrar en el santuario de la nueva doctrina, el atento Leví les explicaba:

—Ambas sepulturas fueron abiertas por un voto de misericordia de mi piadoso señor, el noble Nicodemo, pensando que ésta sería para él y la de enfrente, para Ester, su esposa, de tal manera que formarían sus cuerpos, a uno y otro lado de la senda de los que la ley envía al máximo suplicio, como las jambas de una puerta consolante. Las halláis a medio hacer, porque aguardaba mi señor a un artesano muy hábil en la talla de la piedra y en la fundición del bronce, venido de Egipto y ahora ocupado en las reparaciones del Templo.

Pasaron al vestíbulo y Leví les mostró que todo estaba pulcro. Y como oyeran un lejano coro, les informó que desde la mañana del domingo el lugar era muy visitado por grupos de hijos del país y aun por extranjeros, quienes manifestaban su reverencia por el santo vestigio del portento. No obstante lo cual, se habían producido, la tarde anterior, algunas reyertas de judíos contra galileos, aunque dominadas por los más prudentes o tolerantes.

Salió el pastor a informarse de las voces, mientras que los tres jóvenes penetraban con mucho respeto a la cámara abierta en roca viva, en cuyo fondo se alzaba el lecho sepulcral.

María dijo a Magdalena:

Primero tus rosas, después las de Lázaro, las últimas, las mías.

Las manos de los tres dieron principio a la delicada misión por la que se anticiparon a sus amigos de Betania. María alcanzaba las flores y Magdalena las iba disponiendo conforme a su inspiración sobre la tosca superficie; de modo que al intenso influjo del espíritu evocado, fué surgiendo la figura yacente de Jesús, hecha de rosas moradas. Ya el contorno de pétalos llegaba a la cintura, cuando los jóvenes miraron con profunda emoción. Allí, en el preciso lugar de la tremenda herida, había un coágulo de sangre... Y dejaron esa rosa, sin rosas.

Palpitaba en gran tensión de sus sentidos más hondos. Por una hendija, abierta quizá cuando tembló el monte, penetraba un rayo de sol que venía a incidir en una primorosa tela. La araña, como si fuese la más inquieta barquilla de aquel río de oro, danzaba sacudiendo su velamen de seda. Tales pequeñeces, en cualquier otro sitio y momento, inadvertidas o sin trascendencia, cobraban allí y ahora un significado maravilloso e inefable.

Completaron su piadosa tarea con las flores del cesto de María y comenzaron a cubrir el espacio libre desde el contorno al borde, con las rosas blancas de Lázaro, para impregnar, al fin, la estancia fúnebre con la esencia del riquísimo vaso.

Dijo el mancebo gentil:

—¡Detén tu mano, esposa mía! ¡te lo suplico! ¿Verdad, hermana, dulce María; verdad que esta rosa de Jericó, que ofrezco a Jesús sobre el plato de este lecho de piedra, es esa rosa que no pusimos en su lugar, único bálsamo para el ardor de su herida?... ¡Díle tú,

que tanta poesía recogiste de la que manaba por su lenguaje de miel, cosas más justas y bellas! ¿No ves que a mí, sólo de mirarla, se me deslíe la voz?... ¡Díle que su rostro es la rosa más linda del cielo, del color de la aurora y cuyas espinas son rayos de luz!

Los tres se sonreían, dichosos, cuando vino el pastor, para rogarles que saliesen, porque los esperaba una ronda de peregrinos. Y agregó Leví para Lázaro:

—Ya quitamos las malezas. Sólo nos falta recoger los guijarros.

Afuera los cegó la claridad. Los saludaba la aleluya del coro. Eran muchas mujeres, algunos niños y pocos hombres, en su mayoría ancianos. Uno de ellos, al que coronaba una notable cabeza patriarcal, se dirigió a los tres jóvenes parados ante la boca del sepulcro.

—¡Salud, niños míos! Somos gente de Belén. Hemos conocido la buena nueva y acudimos a honrar al Mesías, quien, según es voz que corre de su propia madre, nació en nuestra aldea.

Oyendo palmotear a los suyos, cobró fuerzas para seguir, pues venía fatigado.

—Nos explicaba el solícito pastor que sois los custodios del lugar y testigos del milagro. Os pedimos, entonces, que nos dejéis orar en este punto, que es el nuevo santuario, como nuestros padres oraron sobre otras piedras que les fué señalando la gracia de Jehová.

Volviéndose a los suyos, exclamó:

—Aquí levantarán vuestros hijos un templo más grande y precioso que el de Salomón, a la gloria del rey de los profetas.

Imponía lo solemne de la voz y el gesto, aumentando la majestad de su estampa. Lázaro, muy conmovido, no atinó a contestar. Magdalena dijo por él:

—Venerable abuelo. Todo lo que dices es verdad. Jesús nació en tus lares, resucitó aquí, y ahora pertenece al mundo.

La escena que siguió fué indescriptible. No osando nadie penetrar en la fosa, treparon a la peña para cubrirla con guirnaldas de silvestres flores y hojas del vecino palmar. En seguida entonaron un salmo de David, al son de rústicos laúdes, cayendo de hinojos sin reparar en los guijarros que les laceraban las rodillas, ante el gran viejo de la barba y los cabellos flotantes y blanquísimos.

LA TEMPESTAD SOBRE EL IDILIO...

De tan recogida actitud los arrancó la insólita llegada de un gran contingente que, por los ricos atavíos, las literas engalanadas, los servidores del séquito y otros claros signos, debía proceder de gente poderosa de Jerusalén. Venía adelante un hombre de edad madura, ojos muy azules y vivos, cabellos rojos, cubierto de un rico manto azul. Clamó iracundo:

—¡Apártese la chusma!

Al repentón del insulto los humildes cesaron de orar y volvieron las medrosas cabezas hacia el judío implacable.

Lázaro levantó los ojos hacia el cruel acento y pudo reconocer al escriba Onkelos, el que verificó el sellado de la losa. Supuso que algo sorprendente le ocurría, porque no estaba revestido de sus atributos oficiales.

El patriarca, incorporándose sobre su bordón, habló con firmeza al insolente.

—¿Quién blasfema, iracundos? ¡No profanéis este lugar, que aquí resucitó el Cristo!

El otro, con la ironía del habituado a enredar los conceptos, recalcó coercitivo:

—¿Quién osa afirmarlo?

Varios celadores del Templo, distinguidos por su uniforme, rodearon al docto, desnudos sus puñales, en actitud de irrumpir por la violencia. Los hijos de Belén y los pastores de Leví, al clamor de sus mujeres y al gemir de sus infantes, se replegaron hacia el sendero del Gólgota, llevándose al gran anciano que levantaba el puño. Ante el peñón sepulcral sólo quedaron los tres jóvenes venidos de Betania. El soberbioso repitió la pregunta, equivalente a una amenaza, ahora dirigida a ellos:

—¿Quién osa afirmarlo? ¿Quién?

—¡Yo! —dijo Lázaro, golpeándose el pecho, mientras que arrancaba un paso, para cubrir a Magdalena y a María.

La firmeza de la voz y la actitud del mancebo, desconocidas hasta entonces en él, contagió de confianza poderosa y total a los corazones queridos. Las amenazas se contuvieron un instante.

Entonces, de la más próxima litera, saltó una mujer de opulencia estatuaria, sueltos los empolvados cabellos y desceñidas las livianas ropas. Sus collares, brazaletes y ajorcas resonaban a los impulsos de su furia. Magdalena la reconoció:

—¡Raquel!

La madrastra, el índice iracundo, acusó a gritos:

—¡El es Lázaro! ¡Esa es Magdalena!

La calma de indecisión se transformó en mar rugiente. Magdalena se adelantó a la diestra de Lázaro y, abrazándose a él, clamó con todas sus fuerzas:

—¡Héme aquí! ¡Yo soy el testimonio! ¡Lo vi resucitar! ¡Habéis crucificado al Mesías!

La colérica mujer precipitó al punto el convenido ataque:

—¡Lapidad a los culpables de mi desgracia y la vuestra!

La masa clamó:

—¡A ellos!

Perdido el decoro, desencajadas las facciones, les arrojó el primer guijarro. Al gesto de Raquel siguió la más terrible lluvia de piedras.

Viendo caer a las tres criaturas en un solo montón y sin un grito, el anciano de las barbas proféticas, que había podido soltarse de sus hijas, se adelantó tambaleando a cubrirlas con su cuerpo, mientras pedía:

—¡Sacrificadme a mí con las palomas del Cristo!

En eso se oyó un gritar tremebundo. Unas eran voces de execración y otras, de pánico. Siguió un estrépido de lucha, con fragor de desbandada.

—¡Los romanos! ¡Los romanos!

Al mismo tiempo, los varones de Belén, aunque pocos, se abalanzaban al ejemplo de su anciano conductor.

Ya era tarde.

Cuando Lázaro, derribado por el bote de un raigón, se pudo incorporar sobre ambas rodillas, halló a María desmayada sobre uno de sus brazos. Con el otro apretaba a Magdalena, de cuya sien fluía un hilo de sangre.

MUERTE DE MAGDALENA...

Así los encontraron Peleo y el centurión Marco Tulio.

Pronto se reanimó a la magullada María.

Magdalena había perdido el habla, pero no la conciencia, y sonreía alternativamente al padre desesperado y a Lázaro enardecido.

No hallando de momento otro lugar mejor para asistirla, la entraron al sepulcro y la extendieron sobre el Jesús de rosas.

María abrió el vaso de perfume, empapó de él su cofia y delicadamente procuraba restañar la herida.

Al momento llegaron los apóstoles, entrando sólo Pedro con María de Nazaret.

Todo era silencio. Nadie lloraba. Porque eso les había encarecido Lázaro.

Así expiró Magdalena, sobre el mismo lecho que dió el postrer descanso al martirio de su salvador.

Antes, Pedro, en súbita inspiración, quiso unir a los prometidos esposos, juntándoles las manos y poniendo de testigos espirituales a María de Nazaret y al romano Marco Tulio.

El apóstol, para consagrar aquel acto, trazó un signo en el aire...

Por primera vez, en el Gólgota de las almas, alguien instituía la señal de la Cruz.

Magdalena, dichosa, no cesó de sonreír hasta el último aliento.

16

ALGO TRAMAN HERODÍAS Y ANÁS...

A la hora primera de la tarde de aquel lunes 17 de Nisan, en lo mejor del sueño y tras la bacanal de la noche, la amante de Antipas fué despertada por los gritos de la princesa Salomé, que irrumpió en la alcoba de la reina.

—¡Madre!, ¡madre! ¡Han muerto a mi mejor amiga, la dulce Magdalena!

Muy contrariada por el brusco despabilar, saltó Herodías del lecho, mostrándose iracunda. Apagado el instinto maternal hacia su fruto con el odiado Felipe, sea por la extraordinaria belleza o por el hondo misticismo que se acentuaban en la niña, no podía verla sin rencor y hasta celo.

Por fortuna corrió el aya Sira en pos de la princesa, también anegada en llanto, y se la llevó a sus habitaciones. Ninguna de las dos hubiese podido explicar la causa de tanto dolor, que no era sólo por la suerte de Magdalena. Y se llevaron, más en el corazón que en el oído, los denuestos de la exaltada Herodías.

Estaba visto que la reina no volvería aquella tarde a conciliar el sueño, porque oyó rugir las panteras favoritas que custodiaban su puerta y mostraban los dientes a la proximidad de los extraños. En seguida se le anunció a un mensajero del poderoso Anás, que le traía un rollo escrito de su mano.

Las relaciones de Herodías con el gran sacerdote no parecían ser cordiales. El viejo conductor miraba con malos ojos la conducta de Antipas, comprometiendo por una pasión incestuosa la alianza conveniente de hebreos y árabes. Mas, al morir el Bautista, se estableció algún nexo entre las dos potencias. Sobre todo ella necesitaba un entendimiento. Mientras no contase con el apoyo o la tolerancia de Anás, no habría solidez en su posición y prestigio. ¿Qué deseaba, ahora, el muy sagaz pontífice?

Ocultó su cuerpo entre preciosas mantas y recibió al emisario como si por él despertase. Era nada menos que Jaaziel, el nuevo escriba principal. De mucha trascendencia debía ser la misión confiada, por lo eminente del magistrado y la persona.

Luego de enterarse del deseo de Anás, la reina despidió a Jaaziel con estas palabras:

—Dí al sabio Gran Sacerdote que su voluntad es la mía, y ella ha de cumplirse en llegando la alta noche.

Sin pérdida de tiempo hizo llamar a dos súbditos con funciones muy especiales: a la azafata Ruth y al capitán Esaú.

UNA TIGRESA ENTRE DOS PANTERAS

Ruth, como era costumbre cuando la reina no compartía su lecho con Antipas, entró directamente con el séquito del servicio personal de Herodías, ocasión que aprovechaban las dos grandes panteras para correr a recibir de tan rara mujer, mimos y golosinas.

Luego de informarse de cómo la reina había reposado, Ruth dió comienzo a su delicada tarea, peinando los rubios cabellos de la hermosa; librándole la piel de unturas y cosméticos; enjuagando su linda boca con elixir de menta; haciéndole beber sales curativas; más otros ligeros preparativos del acto principal del tocado, que se desarrollaba en la piscina, verdadero templo de mármol erigido al culto de la belleza.

El rey Herodes gustaba asistir a estas ceremonias de hondo y refinado sensualismo, en que toda la solicitud y el primor se agitaban en la casi adoración de un cuerpo desnudo en la plenitud de sus encantos. ¡Cuántas locuras había cometido el tetrarca por aquellas gracias jóvenes, perfectas y de irresistible seducción! Pero esa noche la orgía había terminado en una de esas grandes disputas entre Herodes y Herodías que agitaban de temor a todo el mundo de palacio. Los cortesanos no recordaban otra igual, desde la producida al día siguiente del ajusticiamiento de Juan, cuando el rey despertó bruscamente de su embriaguez y entre gritos de terror, diciendo que acababa de aparecérsele la cabeza del santo y la suya, las dos decapitadas por un mismo alfanje, sobre un plato de arcilla resquebrajada... Y aunque hizo enterrar al Bautista a treinta

codos de hondura, las volvió a ver otras noches, como señal de un destino. Esta última vez los rasgos no eran los de Juan, sino los de aquel Jesús que Pontius le había enviado con esperanza de salvación, pero que él, Antipas, no había tenido el coraje de proteger, pese a estar convencido de su inocencia; porque la sanguinaria Herodías, para congraciarse con el alto sacerdocio, ridiculizó al reo haciéndolo vestir una clámide de absurdo rey, de modo que lo escarnecieran vasallos y muchedumbre. Los ojos claros, dulces, tristes del Galileo le habían parecido la noche del domingo, al recobrarse del sopor de los licores, mil veces más terribles que las pupilas oscuras y relampagueantes de Juan...

Ya se abandonaba Herodías, envuelta en una piel de abrigo, entre los cojines del sillón de manos en que era llevada al estanque para sumergirse en agua de rosas, como de tiempo inmemorial lo hacían las principales hijas de Jericó, cuando echó de menos a Raquel, y dijo a Ruth:

—No veo a tu hija. ¿Está enferma?

—Algo peor, reina mía. Padece, como sabes, esa desgracia de la mujer, que llaman amor y es locura. Anoche su mal hizo crisis...

—¿A qué se atrevió Nabarzane?

—No es lo que supones. El teniente del rey Antipas se halla moribundo.

—¡Albricias! ¿Volverá a pertenecerme Raquel?

Y para entretenerse agregó:

—¿Acaso una disputa por deudas de juego? ¿Quién se la cobró?

—Mi yerno, Peleo de Milo. En un descanso de tu festín se presentó ante Nabarzane y lo arrojó contra la "Venus Lujuriosa", que se le partió encima.

—Lo siento por la Venus. ¿Quién me hará otra, sino el mismo griego?

De súbito se acordó de lo mucho y bien que Peleo la había servido, y se alzó vivamente, luego de escanciar su hermosura en el ánfora de mármol:

—¿Está aquí mi proveedor de maravillas? ¡Guay del que me lo mate!

Golpeó con tal energía de su preciosa mano el líquido de oro, que sus gotas saltaron por doquiera. Las servidoras se sobrecogieron, Ruth la tranquilizó.

—El celoso de Milo desapareció ileso y tan misteriosamente como entró.

—Buscadle, y que se le respete. Nunca he necesitado tanto de él.

No se dijo más, dejando hacer a las expertas manos que se le tendían.

La vieja Ruth regulaba los menores detalles, para ella imperiosos como deber. Su alma, invulnerable a la ternura, toda sagacidad y cálculo bajo el exterior de bruja, guardaba un rescoldo intenso, no para Raquel, sino para Herodías. Sólo la reina había sabido descubrir la intensidad y provecho de aquel ardor, y la mantenía informada de sus deseos y ambiciones, en el sitial de la exclusiva confidente.

De rodillas al borde del primer escaño, pronta a envolverla en el más suave lienzo, la recibió Ruth entre sus brazos. Seis jóvenes esclavas del país de la Sulamita la llevaron a la mesa de las fricciones, dadas por manos expertas y con óleos perfumados, hasta que la poseía una laxitud deleitosa y general de sus miembros. También recibía prolijos cuidados en las orejas y los dedos, especialmente en las falanges de los pies, que eran pequeños y nacarados. Al fin, le gustaba que la llevasen desnuda y en vilo sobre los hombros robustos de los esclavos hasta la alcoba de su intimidad.

Acababan de extenderla ahí, en su lecho que parecía un trono, erigido en maderas preciosas y metales finos, sobre tres peldaños, bajo el dosel que le formaban los cien rayos de un sol de oro dominante del conjunto, suntuosamente decorado por artistas griegos. En el piso, donde a veces le placía yacer, se extendían ricas pieles de sus animales dilectos, las grandes y hermosas fieras de los bosques africanos.

Entró la dama de servicio para comunicarle con una reverencia:

—El capitán Esaú solicita la atención de mi reina.

Herodías se incorporó vivaz, diciendo:

—Que pase, salid todas, menos Ruth.

VENUS DESNUDA ANTE MARTE...

El capitán Esaú era el joven y gallardo jefe de las tropas dejadas a Herodes.

Valiente hasta la temeridad, austero y sobrio, acompañaba las virtudes del soldado con las del hombre digno. Hacía culto de las tradiciones de su pueblo y estaba henchido del ansia de sacrificarse por él y sus grandes causas.

Entró el guerrero. Al sentirlo llegar las fieras, celosas, empezaron a rugir, arrinconándose a la cabecera.

Los pasos resonaban a metal. Alta la noble cabeza, aquilino el ojo, recta la nariz, dura la boca, soberbia la estatura, enérgico el ademán. El vencedor de Haret, casco en mano, llevaba puesta la loriga de bronce y no traía más arma que un puñal al cinto.

Al ver a Herodías se detuvo y dobló una rodilla, aunque sin inclinar la frente. Creyó que hallaría a la reina en la *solia*, precioso asiento que regalara el emperador Marco Antonio a Herodes el Grande, y en cambio la veía en el lecho, reclinada entre almohadones, el brazo izquierdo alzado con gracia hasta perderse en la cabellera desplegada como un astro en bucles de oro y el brazo derecho bajando a acariciar el opulento muslo.

Herodías estaba poco menos que desnuda, porque vestía una corta túnica que bajaba de los senos a las rodillas, y de transparencia tal que bajo su tono amarillo se adivinaba lo rosado de la piel.

No era la suya una belleza estatuaria, artística, espiritual, sino que se exaltaba en líneas y combas de ampulosos énfasis, acentuando sus notas de sexualidad. Eso le daba un poder irresistible. Era un instrumento de seducción pulsado por un alma calculadora y perversa.

El capitán se turbó a la vista de aquella joya de los sentidos. El pecho que fué escudo sereno al espadón de los emires y a la flecha de los camelleros del desierto; que podía mostrar treinta grandes cicatrices decorando su musculatura heroica, palpitó con fuerza inusitada. Intuyendo un peligro superior a los habituales de su oficio, apretó el puño de la voluntad.

Herodías le dijo, melosa:

—¡Acércate, mi capitán!

Así gustaba llamarle, como si él y las tropas herodianas de su mando, le perteneciesen a ella en exclusividad; dilección que no sentía hacia la escolta personal del tetrarca, con muchos mercenarios y pocos judíos, a las órdenes del teniente Nabarzane.

—¡Salve, mi reina!

Esaú se aproximó hasta quedar al pie del lecho, siéndole posible admirar el esplendor de los móviles encantos expuestos sobre un estuche de púrpura. Las fieras se replegaron a gruñir. La vieja Ruth se mantenía en el rincón a sus espaldas, impasible como una estatua egipcia.

Treinta años tenía Esaú. Herodías, casada a los trece de edad, había cumplido veintinueve. El capitán entendió claramente que así lo esperaba para subyugarlo. Se prometió estar alerta. ¿Acaso no sabía la tetrarquesa que él amaba a su hija, a Salomé, con la ternura del primer amor, también así correspondido?

Curvando levemente en la dirección de Esaú el armonioso cuerpo, acentuando con ello la comba del vientre, la gracia de los senos, el relieve de las caderas y los muslos, sonrió al adivinarle el rendimiento de la atención y el frenesí de las arterias; aunque su instinto le decía que tal efecto era menor del que esperaba y quería. Entonces, levantando impúdica una pierna, para señalar con el dedo mayor del pie, radiante de una gran esmeralda, el único sitial puesto a su lado, le dijo:

—Siéntate, mi capitán.

Rápidamente el rostro de la hechicera actriz cobró una expresión muy grave. Pidió a Ruth que la cubriese en prolijo decoro. Extendió a la vista de Esaú el rollo de Anás, exclamando con firme y solemne acento:

—Según lees, la nación está en peligro y debemos salvarla. Te valoramos de gran hombre y fiamos en ti: Anás abriéndote su alma; yo, mostrándote mi cuerpo. ¿Quién ignora lo poderoso que es él? Y en cuanto a mí, ¿me crees inferior a la gran hija de Ptolomeo, la subyugadora del conquistador?

—Atento a la crónica, tú la aventajas en inteligencia y hermosura, aunque la igualas en valor.

—¡Pues ésas son mis armas! Ahora vayamos a las tuyas. ¿Estás dispuesto, como yo, al sacrificio?

—Reina; no me lo preguntes. ¡Manda!

—Está por hacer crisis un doble cisma, religioso y político. Los falsos profetas y los supuestos milagros, no sólo nos dividen ya, haciendo vacilar al rey y al sacerdote, sino que comulgan enemigos con hebreos, amenazando a la nación de muerte... ¡El momento es grave!

—¡Todo eso lo sé, lo deploro, lo sufro! Por los ejemplos de la historia, sé de una manera segura de unir a un pueblo, y es lanzarlo contra el enemigo común. Pero mi rey vacila...

—¡No yo!, ¡no Anás!, ¡no tú!

—Pues bien: ¿cuáles son las órdenes?

—Al amanecer de hoy atacarás el Fuerte de la Puerta de Hierro. Su centurión, Marco Tulio, esconde allí a un tal Lázaro, judío que persigue el Sanedrín. Si Lázaro estuviese suelto, poco nos interesaría. Pero es él la providencial excusa de Judá contra Roma. Si tú no vences, aparecerá como un acto de represalia. Mas si triunfas ¡toda la nación te seguirá! ¡Vivas o mueras, integrarás el coro de los inmortales, con Amós, Jeremías y cuantos héroes dió Jehová, hasta el último de los Macabeos!

—¡Atacaré!

El capitán se levantó con energía, las manos crispadas, los ojos encendidos de resolución inquebrantable.

—¿Tienes algo más que decirme?

Entonces la seductora volvió a descubrirse, y sentándose en el lecho, explicó lentamente:

—Si tus armas no bastasen, iré en persona a suplicar al emperador... ¿Has comprendido?

17

TODAS LAS DESGRACIAS JUNTAS SOBRE MARTA...

Marta esperaba con impaciencia el retorno de los que fueron al Gólgota.

Estaban servidos en las fuentes los manjares del agasajo. Hacía una hora que el mozo más ágil se mantenía avizor en el extremo de un alto ciprés convertido en atalaya. Grupos de niños apostados a la entrada de la aldea para recibir y acompañar con lluvia de pétalos el paso de los que iban a desposarse, se tendieron a descansar en el césped donde temblaban las primeras amapolas.

La hermana mayor de Lázaro también estaba inquieta por Simón. No se explicaba qué clase de negocio podía demorarlo así en la agitada ciudad, cuando más necesarios le eran su ayuda y su consejo. Y la precipitada boda no podría postergarse, desde que los ilustres huéspedes estaban por partir.

Iba y venía, en su afán de disponerlo todo con meticulosa diligencia, estimulando el celo de la servidumbre y acariciando la secreta esperanza de que la resolución de Lázaro decidiría seguramente a Simón a decidir su propia felicidad, tan al alcance de su mano...

Por fin le avisaron que venía el cortejo y aceleró los preparativos. Miróse a un espejo de bruñida plata para confirmar si estaría vistosa a los ojos de Simón, aguardando el dichoso instante en que su primo se adelantaría a los demás para besarle las manos y sonreírle con su ancho contento de varón fuerte, sano y puro.

Pero fué la desgracia lo que entró por el huerto.

Todo era llorar y lamentarse a gritos. María, avanzando penosamente, se arrojó en los brazos de su hermana, y tanta era su congoja que no podía hablar.

Marta fué mirando con estupor uno a uno a los que entraron. Pero nadie era Simón; ninguno era Lázaro ni Magdalena. Los otros

no atinaban a explicarse, ni ella osaba preguntar, prolongando la pesadilla por el pavor de una tremenda realidad.

Como si el golpe que esperaba recibir fuera contundente y físico, se apoyó en la mesa, dejando escurrir el cuerpo de María y, sin meditar las palabras que le brotaron, preguntó:

—¿Quien ha muerto?

Desde el suelo, María, volviéndole el rostro lleno de lágrimas, clamó:

—¡Magdalena!

—¡Dios mío! ¿Y Lázaro?

Peleo de Milo comprendió que tenía graves deberes que cumplir en esa casa y, esforzándose por parecer sereno, dijo:

—Lázaro quedó vivo; y fué prudente que lo amparase el buen centurión en el recinto de su fortaleza...

—¿Y Simón? —gritó la joven en un desgarramiento del alma.

Peleo demoró en contestar. Marta repitió la pregunta, con un clamor desesperado. El griego leyó en la mirada del primer apóstol el imperio de la verdad.

—Simón está vivo; sí, mas peor que si estuviese muerto.

—¡Pronto! ¿Qué es? ¿Qué?

—La lepra.

—¡Simón! ¡Simón! ¡Simón!

Marta se soltó de los brazos que la sostenían y salió al huerto, a todo correr, gritando, como si hubiese enloquecido. Nadie se movió, porque escuchaban a Pedro.

—Se ha salvado. Dejadla desfogar. Ahora vuelve.

En efecto; Marta entró, lenta, humilde, resignada. Apenas si dijo, encarándose al griego, pensando también en su terrible dolor:

—Perdóname, padre desventurado; pero díme dónde se hallan los que fueron para morir.

—Magdalena, lapidada, duerme en un sepulcro frente al de Jesús. Simón fiel y valiente, te recordará desde el desierto...

ODIOS Y AMBICIONES CIFRADOS A UN CAPITAN...

El gallardo Esaú era hijo de Manasés, prohombre del Sanedrín, muy amigo de Nicodemo, aunque disentían en ideas que no afectaban ese amor.

El príncipe de la ley palpitó de orgullo, al oír en la solemne reunión que tuvo lugar a la primera hora del lunes 17, el nombre de su famoso hijo, a quien signaba el máximo representante de Jehová como chispa del incendio libertador.

Provocó tan perentorio cónclave, la derrota que acababa de sufrir la gente del Templo, apartada con astucia de sus funciones para excitarlas a producir la conmoción. A ella se agregó tropa de Nabarzane, para unir la fuerza de Antipas a los planes de Anás. No quedaba más salida que una represalia militar a la victoria del romano ante el sepulcro. ¿Quién mejor, para cumplir la hazaña, que el capitán de Maqueronte, vencedor del Monte Nebo, pacificador de la Perea, los caminos del Mar Muerto y el Jordán?

Manasés, de regreso a su mansión, fué a encerrarse con su hijo, a quien tenía de huésped por la Pascua; prolongándose el coloquio hasta que llegó el mensaje de la reina Herodías. El viejo príncipe lo vió partir con íntima esperanza, diciéndose:

—¡Oh, mi Esaú! Herodes te teme, Pontius te respeta, Salomé te ama. Ahora te unirás a la suerte del Talmud, del sacerdocio y del pueblo de Dios... ¿A dónde llegarás, mi mozo, arrastrándome a mí?

JUDÁ CONTRA ROMA...

Con gran secreto, desde puntos distintos y usando de bien pensada estratagema, salieron de Jerusalén con las primeras sombras los soldados elegidos cuidadosamente por Esaú, disfrazados de peregrinos, en pequeños grupos, con la misión de concentrarse en la hacienda de Manasés, situada en la falda sur del monte Gennón, a cubierto de la fortaleza romana por la cima del Gólgota.

Ahí corría un hondo valle, que bajaba en busca del mar, desembocando cerca de Jamnia. En la dirección del campo enemigo avanzaba una senda entre añosos abetos, que aún en las noches más claras podía cubrir el movimiento de una tropa. Desde hacía algún tiempo almacenaban armas y equipos bélicos en las ocultas cavernas del paraje, a indicación del propio Esaú.

El contingente, bien alimentado, al abrigo y sobre lechos de paja, reposó hasta el amanecer, que es el momento de mayor can-

sancio para quienes velan los pertrechos y guarnecen los muros. Entonces rompieron la marcha hacia la Fortaleza de la Puerta de Hierro, para poder atacarla por el lado opuesto al recinto de Jerusalén, modo de no alertar a la guarnición del Pretorio, a ser abatida después, con ayuda de otra fuerza escondida en la ciudad.

Todo se presentó para el ataque bajo los mejores auspicios, porque soplaba fuerte viento cuyo fragor cubría los ruidos y el cielo estaba nuboso, de manera que la luna en el comienzo del menguante, se mostraba sólo de vez en cuando. Hasta el mismo fanal de la torre en la Fortaleza no lucía con el fulgor de costumbre, debido, según el oficial de arqueros Giddel, a que un gran pájaro había ido a morir contra la lumbre.

Para favorecer la unidad de cada pieza de su maniobra y estimularlos en la rivalidad del valor, Esaú dividió sus fuerzas en tres núcleos: el de los persas; el de los etíopes de Saba, a cargo de Nareb, de la estirpe de la famosa Belkis; y el de los judíos, varones temibles e implacables para tal empresa, a quienes incumbía la misión principal, que era dar muerte al centurión y apoderarse de Lázaro. Los persas, privados de Nabarzane, iban con Edom, compañero de infancia de Esaú, un fanático de la Ley y las tradiciones de su patria.

Habían llegado al término de la primera etapa, que era una línea de roquedal paralela a la del ataque y a unos cien pasos del fuerte. Estaban seguros de que nadie los sentía. Se distribuyeron generosos tragos de excitante licor. Con los cuerpos pegados al musgo de la piedra aguardaron que pasara la última ronda, la que penetró al recinto por la boca de una poterna, en cuyo lugar quedó sólo un lancero, que iba y venía, ajeno a la emboscada. Aquel era el instante ardientemente esperado.

Esaú llamó a sus oficiales, que llegaron arrastrándose, para impartirles sus decisiones. Edom apuñalaría al centinela en cuanto diese la espalda, momento en que los persas entrarían para sujetar a la tropa del cuerpo de guardia. Detrás iría Nareb con sus etíopes, a sorprender al grueso de la guarnición, dormida en la cuadra. De tal modo Esaú, extremo ejecutivo de esa cuña de seguridad, subiría a dar muerte a Marco Tulio en su propia habitación, bien señalada en el plano que le proporcionó el escriba del Templo.

Todo les parecía tan claro y seguro, que Edom, a quien llamaban "la fiera del Gemen", sin aguardar a que el romano se volviera, saltó como un tigre sobre él y, apretándole la boca con la mano, siniestra, lo degolló sin que se oyera un grito.

LÁZARO ASISTE A LA HECATOMBE...

Lázaro ocupaba el dormitorio principal. El buen centurión lo había instalado ahí, sin que valiese la protesta del mancebo renunciando a tal favor.

Marco Tulio Germánico tomó para sí la sala de los huéspedes, destinada a alguno que otro oficial que pasaba con órdenes o noticias de los generales del Imperio o del propio emperador. Ambas habitaciones se abrían en un ala del mismo corredor, encima del cuerpo de guardia y bajo la torre del vigía.

A Lázaro le costó poco dormirse, pues estaba rendido de fatiga y agotado de tormento moral. Pero despertó a la alta noche, siempre oyendo la misteriosa voz que lo arrancaba del lecho y le imponía el movimiento.

Como no sabía a donde ir y luego que se hubo vestido, avanzó hasta la gran escalera de anchas losas que desde el piso de la plaza de armas subía girando hasta la torre. Buscó por la mirilla algún motivo exterior que lo apartase de sus tristes recuerdos; pero nada podía distinguir entre el negror de tierra y cielo.

Afuera ululaba el aire frío. El corredor se extendía débilmente iluminado por un candil de grasa.

Una gran sombra se fué acercando sin que se la oyera. Como una aparición se detuvo ante Lázaro. Era el ordenanza de Marco Tulio, que al oír el delicado chirriar de la puerta que abrió el joven para salir, se incorporó del camastro. Creyendo que algo necesitaba el triste, se echó una piel sobre los hombros y fué en su busca.

Lo halló sentado en un nicho de piedra, en el ángulo que dominaba a la vez escalera y corredor, sitio donde la luz no alcanzaba.

—¿Eres Lázaro?

—Lázaro soy.

—¿Qué te ocurre?

Como el pobre no respondiese, Milón fué a sentarse en el primer escaño y dijo simplemente:

—¿Me reconoces?

—Sí. Estuviste en la fiesta por mi resurrección; después te vi al despertar en el venerado sepulcro; y ayer acompañabas al centurión a la hora de mi desgracia.

—Lo que más me importa que sepas es que soy el romano a quien Jesús salvó de morir en Cafarnaún.

Y haciendo una pausa se animó para agregar:

—Ya que adoramos al mismo Dios, ¿puedes confiar en mí? ¡Sufres mucho!

—Todos sufrimos.

—También el capitán. Anoche, mientras yo le desataba sus arreos, me decía que la obediencia del soldado a sus leyes, sobre todo en los peores trances y terribles extremos, es una forma de ofrenda y sacrificio, no menos sublime que el deber sacerdotal. Sin embargo, al apagarle su lámpara, exclamó: "¿Acaso mi conciencia se detiene en los códigos de Roma? ¡Esa duda me desvela!" Y dijo algo más: "El orden del mundo vacila bajo mis pies".

Lázaro, en vez de contestar, recogió las rodillas y se envolvió en el manto. Era la estatua del dolor impasible, adosada a su nicho de piedra.

Quedaron inmóviles, en silencio.

De pronto, sobre el fragor del aire, cayó un grito inesperado como un bólido en el mar:

—¡Al arma!

Milón se incorporó de un salto. Conocía lo tremendo de ese clamor, a un tiempo de alerta y de agonía. Mas Lázaro permaneció como insensible.

El grito dramático se repitió por todas las oquedades de la Fortaleza, seguido de choques de armas y maldiciones, que se fueron acercando a la escalera en caracol y empezaron a subir hacia la torre.

A la pálida luz que brotaba de la hornacina, Lázaro pudo ver ante sí a un Milón muy distinto del que acababa de hablarle con ternura. Ahora empuñaba su mano derecha la espada del tipo cartaginés, de corto fierro y doble filo, arrollando al brazo izquierdo

su piel de león. Por los ojos arrojaba chispas; y no tardaron en chocar contra él unas sombras ligeras que subieron.

Con la intuición del guerrero, en seguida de advertir a su querido jefe con un rugido, el fiel ordenanza había echado por delante las piezas de su camastro. Los primeros que llegaban para enredarse en ellas, fueron a caer sobre el arma terrible del romano, cuyo inmenso corpachón cubría el angosto pasillo, obligando al combate de frente, a sordos gruñidos, como una lucha entre fieras.

Alguno de los llegados después irrumpió en la alcoba más cercana y de adentro clamó:

—¡No está aquí!

Del fondo del corredor vió Lázaro aparecer la inconfundible silueta de Marco Tulio, relampagueantes la loriga de bronce y la temible espada de los galos, sin punta y de un solo filo, que se esgrimía como un hacha, y que Lázaro le admiró en el reconocimiento del sepulcro. Embrazaba su broquel triangular de cuero duro.

Al reconocer al centurión los del asalto lanzaron un alarido de alegría salvaje y arremetieron con más furor. El espacio era tan estrecho que los atacantes, lejos de favorecerse del número se estorbaban y herían.

Lázaro se extrañó de no sentir temor alguno. Dominaba desde el alvéolo en tinieblas el tremebundo combate, admirando la hazaña de los dos romanos, quienes lejos de ceder un paso, habían tendido a tres enemigos, que retorciéndose agonizantes les formaban como un parapeto a sus pies.

En eso un judío que se agitaba cerca de Lázaro sin sospechar de su presencia y que parecía vigilar la retaguardia, lanzó su jabalina, que fué certera a clavarse en el pecho de Milón. El gigante vaciló apenas, se la arrancó de sus carnes y la volvió con ímpetu. Nadie se pudo aprovechar del claro, porque el espadón de Marco Tulio arreciaba en sus mandobles.

Estaban así, cuando del pie de la escalera subió clara y prodigiosamente oportuna la gran voz de Tanusio:

—¡Hermano!

Le respondió su gemelo con grito algo débil, mas redoblando el brío:

—¡Aquí! ¡Al centurión!

Entonces los que venían al embate tuvieron que dividirse, para hacer frente a los que mandaba el decurión y que ascendían peleando. Pronto los de Tanusio arrollaban a sus oponentes, porque Lázaro los sentía subir, escalón sobre escalón, resonando sin cesar el acento de valor y esperanza:

—¡Milón! ¡Ya estoy aquí!

Desde el primer momento llamó la atención de Lázaro un atacante de porte magnífico, mucha agilidad y temible intrepidez. Era el que lanzó la jabalina para arremeter por la espalda, trabándose con el centurión en un duelo formidable, que se prolongaba por la habilidad de los contendientes y la resistencia de sus lorigas. Debía ser el jefe adversario, porque sintiendo a su espalda la cercanía de los defensores, procuró liberarse de la trampa en que podía caer:

—¡En retirada!

Al llegar el fragor junto a Lázaro se produjo una confusión espantosa de cuerpos y armas entre los dos grupos que bajaban y los dos que subían; hasta que, entre rodar de heridos, golpes iracundos y ayes de muerte, desaparecieron en una sola masa estremecida hacia la plaza de la Fortaleza, donde persistió el estrépito de la lucha sin cuartel.

El joven de Betania no se hubiera movido de su absorta actitud. Pero mientras a sus pies casi todos los caídos permanecían inmóviles, notó que un herido alentaba contra el muro, a su frente, con un gran tajo en la cabeza. Y como la sangre que le salía a chorros lo cegaba, el infeliz no podía acertar en el propósito de rasgarse sus ropas para contenerla. En impulso irreflexivo Lázaro saltó de su lugar seguro, se arrancó un trozo de la túnica, vendó al herido rápidamente y al limpiarle los ojos vió que el infeliz lo observaba con estupor.

—¡No eres de los nuestros! ¿Y a qué partido perteneces?

—Soy Lázaro, del partido de Jesús.

—¡Lázaro! Yo venía en tu busca... Soy Barrabás.

—¡Barrabás¡ ¿Es posible? Si Jesús murió en tu sitio, ¿cómo estás entre sus enemigos?

—¿Jesús? ¿De qué Jesús me hablas?

Lázaro se aprestaba a tomar al otro por los brazos, pero al oír aquello lo soltó pasmado. Barrabás era mucho peor que la duda, que la negación. Era la inconsciencia absoluta de la divinidad.

Sobreponiéndose a su disgusto, con fuerza insospechable, Lázaro alzó sobre sus espaldas al caído y fué descendiendo la escalera. Los pies laxos del criminal irredimible iban contando las contramarchas.

Cuando tuvo ante sí la plaza interior, Lázaro se dirigió a la cuadra, ahora desierta de hombres válidos, y acostó a Barrabás en una de las literas. De igual modo fué levantando a los demás heridos que halló. Sin demora iba y venía en busca de más yacentes y entre las armas de los que se ofendían en el paroxismo del furor. Nadie lo lastimaba ni entorpecía. Hasta que una mano cariñosa lo retuvo por el hombro.

—¡Lázaro! ¡Hijo mío! ¿Qué haces aquí?

—Atiendo a los que sufren.

—¿Sabes tú de eso?

—Haré cuanto pueda.

Era el centurión, que venía de definir el combate con el triunfo de sus soldados unidos.

La luz del fanal y pronto la de la nueva mañana, ponía relieve a las terribles escenas. Muchos romanos sorprendidos en el sueño, apenas se cubrían con la túnica interior y otros batallaban desnudos, embrazando sus rodelas contra el dardo de los etíopes sobrevivientes, ágiles y oscuros como demonios. Todo el que se rendía era degollado sobre el terreno, para lo cual, aplicándoles un rodillazo en los riñones, los volvían violentamente y les cortaban la yugular con el rápido hierro.

El joven de Betania sintió mucha piedad ante esos cuadros terribles y fué hacia Marco Tulio para suplicarle misericordia; pero lo halló otra vez desconocido, el rostro demudado, a la cabeza del último arresto. Su espada goteaba sangre. Vencidos los del asalto, apenas si junto al cuerpo de guardia se desvanecía la inútil resistencia. Allí los soldados formaban un semicírculo, puesta su atención en dos hombres heridos que terminaban un duelo singular. Uno era Milón, al que sostenía Tanusio. El otro yacía recostado contra el montante de una catapulta, tres pasos más atrás.

—¡Pronto! ¡Llamad al físico! —rugió Tanusio.

—El físico ha muerto —respondió alguien.

Entonces se acercó Lázaro. Venía con una vasija de agua y jirones de túnica en las manos. Mandó muy resuelto:

—Traed aguardiente.

Acercaron el candil de la guardia. Lázaro se inclinó a mirar la herida del romano. El hierro había entrado por entre dos costillas. Los veteranos movieron las cabezas en un gesto definitivo. Tanusio apretó los dientes y los puños, y se volvió hacia el rival de su hermano, trémulo de odio.

—¡Ah, perro judío!

Dejando a Milón en los brazos de Lázaro, corrió hacia el otro herido, y tirando de la espada, lo tomó de los cabellos con la mano siniestra, en actitud de degollarlo.

Pero ocurrió algo insólito para aquella gente y en aquel momento de horror.

Milón se incorporó cuanto pudo, y con un hálito de su postrera voluntad murmuró:

—¡No, Tanusio, no! ¡Perdónalo!

Y volviéndose a Lázaro, que le oprimía la sangre, le rogó:

—¡Cúralo a él!

El otro guerrero miró en torno suyo con extrañeza. Mas recobrándose de su rencor, los retó soberbioso:

—Soy el jefe del asalto. ¿Por qué no me ultimáis?

Quedaron en expectativa. El soldado que sostenía la antorcha la acercó más, y entonces Marco Tulio reconoció a su enemigo:

—¡Capitán Esaú!

Esaú insistió con más arrogancia:

—¿Por qué no me matáis?

Nadie se movió ni dijo nada. Sólo oía Esaú que de los labios del gigante moribundo salía una palabra que se dijera mágica, porque los romanos parecían contener el respirar, pendientes de su poderoso sentido.

El grave centurión se puso de hinojos para escucharla hasta el último instante:

—Jesús... Jesús... Jesús...

El titán dobló la frente sobre el pecho conmovido de Lázaro.

Era la primera vez que un romano moría repitiendo con amor el nombre de un judío.

18

LÁZARO ENTRE ROMA Y JUDÁ...

Luego de disponer el relevo de la guardia y el retiro de los cadáveres, el centurión se quiso cerciorar de que sus tropas estaban listas para hacer frente a lo que aún pudiera ocurrir. Hizo reforzar las rondas, mudó de consigna y dió orden para que se distribuyese una ración suplementaria de vino.

De Jerusalén no se escuchaba rumor que alarmase. Era necesario esperar que hubiera más luz para hacer señales a la Fortaleza Antonia.

Fué a reconocer a sus hombres, uno a uno, válidos, heridos graves y muertos. Iba seguido de sus dos tenientes. Su sola presencia infundía confianza. Aunque procurara esconder su ternura por la tropa, forzado como estaba a modelar sus sentimientos en la severa disciplina, el alma se le descubría en la parquedad de los castigos, la inclinación al consejo, la persistencia en cuidar la salud y el contento de todos, especialmente de los más humildes. Esa vez, con dolor que sólo los veteranos le advertían, iba sufriendo cada herida de sus mílites.

También él sangraba por las suyas, según Lázaro le mostró; pero quiso ser el último en curarse.

Al cruzar el cuerpo de guardia oyó que el decurión que relevara a Tanusio, decía:

—Os contaré una hazaña que conocen pocos. En la expedición de los cántabros, cuando Tigrano era rey, nuestro centurión, a la orden de Tiberio cónsul...

Aunque triste, fué su única sonrisa. Volvió a la cuadra por décima vez. El jefe de los servicios le señaló a Lázaro que se agitaba entre un coro de horribles contorsiones y apagados lamentos.

—Tu huésped, centurión, ha resultado ser un compañero admirable; aunque se empeña en no distinguir a amigos de enemigos.

Uno de los tenientes aclaró:

—Casi todos los muertos y heridos son persas y etíopes.

—¿Y los muchos judíos?

—Huyeron por las poternas.

—¡Entonces las conocían!

—Es evidente. Personajes de Jerusalén menudeaban sus visitas de agasajo mientras que nos regía el otro centurión...

Marco Tulio guardó silencio para no dar pie a murmuraciones, ni siquiera a comentarios de tan grave hecho. Sabía de las muchas tolerancias en beneficio de la cordialidad política, pero en menoscabo del interés militar. Se limitó a decir:

—¿Dónde se guarda el capitán Esaú?

Contestó Lázaro:

—En el lecho que me diste.

—¡Rayos! ¿En mi alcoba?

—¿Hice mal?

Se contuvo un instante y preguntó:

—¿Cómo se halla?

—Grave. Lo cuida otro prisionero, un teniente Edom, hábil en medicina.

Ya enderezaba Marco Tulio hacia la escalera cuando le avisaron que venía una fuerza amiga. Resultó ser media centuria pretoriana, al mando de un tercer centurión, que lo saludó así:

—¡Salve, valiente Marco Tulio Germánico! Nuestro jefe, el noble Pontius Pilatus te invita al Pretorio, pues quiere informarse por ti de la victoria. Te ofrezco mi carro y mis caballeros, porque manda el Procurador que te siga una escolta.

—Esperaba la luz para cumplir ese deber. ¿Pero cómo se informó tan pronto de lo que aquí ha ocurrido?

—Verás. Yo montaba la guardia del Pretorio cuando, hace una hora, poco más o menos, llegó una embajada de magistrados judíos con una nueva grave y urgente para el Procurador. Asistí a la entrevista. Los muy astutos declararon saber, por labios de fugitivos, que un contingente de fanáticos había atentado contra ti, y no contra Roma, por tu obstinada intromisión en sus luchas religiosas, y querían dejar a salvo su prescindencia oficial y la condenación a ese hecho, tanto de Herodes como del sumo sacerdocio.

—Te agradezco la información, que guardaré para mí.

Marco Tulio tomó una ligera ablución, se puso su mejor uniforme y montó a la biga de guerra, que salió a escape, seguida por una decuria a caballo.

Desde lo alto de la muralla lo despidió la tropa en línea, lanzando tres veces el grito de triunfo y alzando sus espadas al sol, que ya esplendía en el oriente.

OTRA VEZ PONTIUS PILATUS...

Al alcanzar Jerusalén el centurión se dió cuenta que el combate de la Fortaleza de la Puerta de Hierro había tenido una repercusión rápida e inmensa. Pero lejos de estar unidos los hebreos como en ocasiones parecidas, notó que grandes contingentes de peregrinos abandonaban la ciudad en silencio, con rumbo a sus aldeas y ciudades, según los hizo interrogar; mientras que grupos de exaltados, con la chusma de Jerusalén, hacían esfuerzos que resultaban inútiles, para dirigirlos en protección del Templo, que decían amenazado. Pudo también informarse de que corrían rumores de supuestas represalias. En varios sitios la multitud era tan nutrida que fué forzoso detenerse. Recibió muchas injurias y alguna que otra piedra, que dió contra el carro o las bestias. Al fin llegó a su destino.

Era el Pretorio un antiguo palacio de Herodes el Grande. La guarnición recibió a Marco Tulio con admirativo contento. Lo condujeron de inmediato a la presencia del Procurador, que lo esperaba impaciente en la sala magna, vistiendo la riquísima toga de magistrado supremo, blanca con orla de púrpura, esgrimiendo el "pilum" o dardo de honor y calzando sandalias guarnecidas de oro.

Desde la gran puerta de bronce Marco Tulio lo saludó como soldado:

—¡Salve, noble Pontius Pilatus, y a tu orden!

Pontius dejó al grupo de funcionarios palatinos, militares y civiles que lo rodeaban y avanzó al encuentro del centurión con viva cordialidad, reflejo del amor que sentía por él.

—¡Salud, primer centurión y caro amigo!

Lo abrazó; viéndole el brazo envuelto en vendas, se interesó por sus heridas. Después lo condujo al estrado, donde tenía su trono,

y le hizo poner una "sella" de honor, manteniendo a los demás en pie.

Cuando se informó de los detalles del asalto, sus principales incidencias, las bajas de ambas partes, el sitio de la infiltración y sorpresa, cuáles fueron las razas incursoras y quién su audaz conductor, dijo con enfado:

—¡Han querido engañarme! Aseguraron que lo suyo fué apenas un arresto más simbólico que efectivo. Pero otra vez seré duro, despiadado, inexorable! ¿Oís? ¡Inexorable! Empiezo por hacerte, centurión, el amo de tu famoso prisionero. ¡Haz de él lo que quieras! ¡Tu premio es la venganza!

Servio Próculo, el jefe de Sión, que condujo la embajada judía y estaba muy celoso por la ascensión de Marco Tulio al empleo de primer centurión, con envidia de su victoria, exclamó:

—El golpe de mano no fué contra Roma, sino contra ti, Marco Tulio.

Este miró al audaz de hito en hito, hasta obligarle a bajar la vista; y volviéndose a Pontius, explicó:

—¿Que fué contra mí, no contra Roma? Juzgad vosotros: ¿quién desconoce en Jerusalén que yo voy por doquiera sin más compañía que la obligatoria del ordenanza? ¿ A quién se le ocurre preferir el agravio a un jefe en su propia fortaleza, en vez de herirlo en campo abierto y a mansalva? ¡Responde, Servio Próculo!

El Procurador cerró tan ingrato capítulo, abriendo el que convenía:

—Has hecho tu deber: el fierro contra el bronce. Pero el mío es el gobierno. Se me impone la diplomacia contra la intriga. Acepto las excusas porque soy el vencedor. Me informan que toda la provincia se dispersa atemorizada por la nueva del desastre; y Jerusalén, replegando su odio indomeñable, se nos vino a humillar. . .

El centurión Marco Tulio contestó simplemente:

—Sabes, noble Procurador, que no formé hogar porque me di todo al ejército. Mi familia son mis soldados. Piensa en mi dolor por cada uno que ha muerto. No obstante, tu voluntad es la última. ¿Qué mandas ahora?

Se puso en pie, rígido, con gesto de soldado. En medio de la general expectativa el Procurador Pontius le ordenó pausadamente:

—Mando que salgas para Roma.

Hubo movimiento y murmullo. No pocos miraron al centurión con más envidia.

—¿A Roma?

Pontius, por única respuesta, dispuso con energía.

—Salid, capitanes y magistrados. ¡Dejadme solo con Marco Tulio!

Y deteniendo a un servidor:

—Ve a donde Prócula y díle que la aguardo.

Cuando estuvieron en intimidad el Procurador habló así al sorprendido primer centurión:

—Todo nos viene como dispuesto por un dios propicio. ¿Será obra del tuyo, ése que mi mujer, Prócula, llama *el Padre?* Por un lado me das ocasión de remitir al magno Tiberio, un rollo, informándole de los ocultos designios de Herodías y Anás, que son los que rigen a este mundo extraño. Por otro, sabrás que Prócula va a ser madre, y no deseo que mi hijo nazca en tan sórdido lugar. Tanto el secreto de estado como mi mujer no pueden confiarse sino a un alma como la tuya, Marco amigo...

Pontius y Marco Tulio se abrazaron. En ese momento entraba Prócula. El centurión, muy conmovido, corrió hacia la noble dama y reverente le besó las manos.

POR QUÉ PRÓCULA AMÓ A JESÚS...

Llevaban más de un lustro de matrimonio y Prócula desesperaba de no ser fecunda.

Una gran melancolía se apoderó de su ánimo y ese mal del espíritu parecía incurable en la inhóspita Judea.

Por consejo del físico de palacio, la sacaban por las tardes en su rica litera, para que se distrajese entre el gentío pintoresco que iba al mercado o transitaba por el barrio de las tiendas.

En una de tales ocasiones, cuando el cortejo de Prócula volvía al Pretorio, los sorprendió un gran tumulto sobre la vía principal del Templo. A la vista de la escolta romana que protegía la litera, el gentío se desgranó rápidamente.

Sólo quedó, en lo alto del pórtico, una figura majestuosa y revestida de blanco.

El gigante decurión que dirigía la patrulla, señalando a Prócula que asomaba el rostro por la cortina, aquel ser extraordinario, le explicó:

—Es Jesús de Nazaret, un profeta que mi hermano adora y mucha gente sigue. Aunque de raza enemiga no distingue al judío del romano, y te aseguro que habla como una divinidad. ¿Quieres oírlo?

Aconsejada por su enfermera, que veía en ello motivo de distracción cuando estaba más triste, descendió Prócula, y fué de su mano hasta el pie de la escalera que parecía de alabastro.

La escolta las acompañó. Viéndolos acercar, algunos que parecían amigos del santo, se escondieron aún más entre las columnas. Pero el llamado Jesús, muy sereno y con una dulce sonrisa, descendió hasta la mitad de los peldaños para preguntarle directamente a la matrona romana, con delicadeza y dulzura:

—Mujer, ¿qué me quieres?

—Quiero...

El rostro de Prócula se encendió como la grana y bajó la vista, sin atreverse a más. Era el suyo un sentimiento muy curioso: sentía vergüenza de los suyos y no de aquel extraño, del que fluía un tremendo poder de confianza, de certeza, de maravillosa claridad.

Jesús, sin dejar de sonreír, le dijo:

—Dios florecerá en ti.

Y como la importante matrona no supiese qué contestar ni hacer, inundada de súbita alegría, curada de todos sus males, el dulce Galileo agregó:

—Vete a esperar en paz.

Los portadores, como obedeciendo a un mandato, recogieron a Prócula, que no cesaba de reír y llorar a la vez, y se la llevaron al ilustre Pontius, que la recibió perplejo y feliz.

Desde entonces Prócula vivió como maravillada, porque sentía el sueño de un niño en la cuna de su sangre.

Cuando aprisionaron al Nazareno la dama estaba segura de que obtendría su salvación de Pontius Pilatus. Muchos guerreros a su alrededor, Marco Tulio el primero, tenían la mano sobre las armas a la espera de una señal.

No imaginaron que sería el mismo Jesús quien se opusiera, resuelto como estaba a morir en el altar de su misión irrenunciable.

Según el centurión decía, fué por someterse a la resolución de Jesús y no por doblegarse a la de Anás, que Pontius Pilatus se lavó las manos...

DE NUEVO ENTRE SOLDADOS...

Llegado a la Fortaleza, Marco Tulio hizo comparecer al decurión Tanusio para preguntarle:

—He perdido a mi hijo. ¿Quieres ocupar el sitio de tu hermano?

El gigante, por toda respuesta, se arrojó a los pies del capitán y no fué posible impedir que se los besara. En seguida corrió al patio, donde se velaban los muertos del combate y habló a Milón al oído...

En tanto el primer teniente, cumpliendo la voluntad del centurión, hizo formar a los hombres al pie de la muralla invicta. Los hombres del tercer centurión cerraron el solemne cuadro. Marco Tulio habló así:

—¡Soldados! El procónsul elogia vuestro valor, sufre vuestras heridas, llora a los muertos por la patria y, sin perjuicio de dádivas de oro, ofrendará una corona al águila de nuestro pendón. El duro castigo a los descontentos de Roma les impondrá una tregua que bien merecen vuestras fatigas. Yo parto a la metrópoli donde me espera otro destino. Sed siempre buenos, obedientes, sufridos, bajo el mando del tercer centurión que desde hoy me sustituye. Llevaré una escolta de pocos compañeros, a quienes sólo puedo ofrecer los trabajos y peligros de un viaje azaroso. Ya que no soy más vuestro jefe, ¡avance en libertad el que me siga!

La guarnición entera, con sus oficiales y hasta el tercer centurión, saltó hacia adelante.

Por un momento sólo se oía el grito bronco de los soldados y el golpe de las armas al resonar en los escudos.

¿EN QUE MUNDO ME ENCUENTRO?...

Al llegar a la que fué su alcoba, Marco Tulio halló a Lázaro cuidando a Esaú. Edom dormía.

Hizo que el joven se le acercara, y le habló quedamente:

—Lázaro, óyeme bien. Me han dado otro destino. Eso cambia también tu situación. Dí qué prefieres: si seguirme a Roma o guardarte en seguridad en el Pretorio.

—¡Gracias, noble centurión! Mas no te preocupes de mi suerte. Quiero servir a este herido hasta que cure.

Esaú tenía los ojos cerrados. Pero debió oír aquellas palabras, porque los abrió cuanto pudo, para mirar al joven con sorpresa. Entonces Marco Tulio se inclinó sobre el herido.

—¡Animo, capitán Esaú! Volverás con los tuyos... ¡Eres libre!

El guerrero judío trató de incorporarse, pero su cabeza cayó sobre los almohadones. Volvió a Lázaro y en seguida al centurión las pupilas veladas por la fiebre. Y sólo atinó a decir, con acento apenas perceptible:

—¡Romano! ¡Por Jehová! ¿En qué mundo me encuentro?

19

LOS PEREGRINOS SALEN DE BETANIA...

Esa tarde del martes regresaba Peleo de Milo a Betania. Venía de acompañar a Selencio y los amigos de Galilea, hasta el riacho que nacía en la región de Rama, donde se despidieron con efusión fraternal.

Desde hora temprana cruzaron la aldea grupos de peregrinos en fuga, que se volvían a sus lares llevando toda suerte de rumores, algunos inverosímiles. No obstante esa inquietud, Pedro y los suyos se marcharon poseídos de las mayores esperanzas. En cambio las hermanitas de Lázaro lloraron mucho, temiendo por las preciosas vidas de la Madre y los apóstoles.

Mientras que el de Milo se volvía al paso nervioso del caballo que montaba, que era el de Simón, rodeado de algunos servidores y vecinos de la aldea, pensaba que la suerte del ser más infeliz poseía alguna nota consoladora. La suya era Selencio. Entre las tinieblas en que se agitaban él y los familiares de Lázaro, el arribo a Betania del admirable camellero le había dado tal alivio como el que ofrece en mitad del desierto la sombra de una palma.

Selencio había realizado una gira breve y provechosa que culminaría en Jerusalén. Pero halló la capital bajo el miedo de su alarma y el furor de su despecho. Entonces creyó prudente regresar al paso del Cedrón, donde lo aguardaban los suyos con el grueso de la columna. Pero unos emisarios de Ruth, que buscaban a Peleo de Milo por voluntad de Herodías, lo reconocieron como mayordomo del bazar del griego, y se lo llevaron quieras que no quieras. El fiel Selencio había decidido morir sin hablar. Y grande fué su pasmo al verse ante la reina, cuyo júbilo contrastaba con el ceño de la multitud en la ciudad de Dios y cuyas palabras fueron lisonjas para su amo. Por ella se enteró del castigo a Nabarzane, que Herodías justificaba, poniendo a Milo bajo su protección. No exigía sino que el griego, en cuyo buen gusto fiaba, le trajese de la

Persia, el Egipto y otros refinados pueblos de su mundo comercial, regalos dignos de un Tiberio, que ella retribuiría con generosidad en su palacio de Jericó. También lo instaba a que se ingeniase para obtener los mejores recursos secretos de las reinas, en los países de paso, a fin de enriquecer su propio tocador. Y al despedirlo, Herodías volvió a proclamar ante los cortesanos, que el griego era el hombre de gusto más exquisito de las mansiones de Menfis a los jardines de Damasco...

Tan singular noticia alborozó a los amigos del griego; a pesar de lo cual éste quiso que la caravana no se detuviese en Betania más que lo necesario para el apresto de los huéspedes que debía conducir, porque la situación general era confusa, la represalia religiosa comenzaba violenta y el número de víctimas, creciendo por horas, volvían tan inseguras las promesas de Herodías como las que ofrecieron las naves de Sidón entre el incendio que devoraba la tierra.

EL BUEN CENTURIÓN VUELVE A CASA DE LÁZARO...

Cuando entró Peleo a Betania vió un carro militar detenido ante la casa de Lázaro.

Ya el corazón le saltaba en el pecho, mas un protegido de Simón el Leproso, como ahora lo llamaban, le aseguró que esa era la biga del "Buen Centurión", nombre con que Marco Tulio era popular en la aldea.

La gente se agolpaba ante la puerta, porque la huída de Simón al desierto y la viudez trágica de Lázaro conmovieron hasta en su raíz la paz idílica del caserío, y sus habitantes se lo pasaban en tensión junto a las dos nobles familias protectoras.

Los sencillos mozos y las cándidas mujeres hacían corro a Tanusio, que cuidaba de los briosos corceles. El decurión, al verse confundido con el hermano, contó la heroica muerte de Milón y eso lo condujo al relato del combate en la Fortaleza y al elogio de Lázaro, cuyo valor sereno y generoso admiró a los mismos veteranos de Roma. Los pastores y labriegos que conocían a Lázaro desde su cuna, se miraban con alegría y estupor.

Entrando a la casa, Peleo halló a Marco Tulio en el sitial de la sala, y a Marta y María llorosas y pendientes del relato del centurión.

Supo así que Lázaro no era más el débil y tímido doncel, sino un hombre madurado en el sufrimiento y revestido del metal de la fe. Como ajeno a la familia que lo adoraba, sólo se movía ahora por otro influjo, íntimo y tenaz. Antes de decirles adiós para siempre, el noble romano venía a suplicarles que tuviesen resignación hacia el alma nueva que al joven le había aparecido.

Con tal exordio consolante, Marco Tulio les contó la actitud de Lázaro ante el capitán de Herodes, asegurándoles, por último, que ahora se hallaba en el hogar de Manasés, príncipe del Sanedrín, velando al herido Esaú, de cuya insólita y voluntaria compañía nada ni nadie podría arrancarlo.

LÁZARO EN CASA DE SUS ENEMIGOS...

Esa noche Lázaro, rendido de fatiga y sueño, se acostó en un *lectus triclinaris* tallado en madera preciosa con incrustaciones de nácar y oro, sobre los ricos almohadones bordados que le puso Heliam, la encantadora hermana de Esaú, que se mostró maravillada de la triste belleza y la dulce piedad del joven.

Heliam, en cuanto vió a Lázaro vencido en su voluntad de no ceder al cansancio, fué sonriente a cubrirlo con una preciosa manta, que era primor de sus lindas manos.

El capitán herido, desde que llegó a su hogar, no había cesado en sus gritos de amenaza y coraje. Ahora ya no deliraba, sino que también dormía, con una placidez que el hijo de Betania pareció haberle contagiado.

Hasta Abigaíl, la desconsolada madre del guerrero, mirándole en esa tranquilidad, temblaba de esperanza.

Nicodemo y otros sanedristas, solidarizados con la pena de aquel ilustre hogar, rodeaban a Manasés en la sala vecina. A todos resultaba sorprendente que Lázaro, a quien habían condenado a morir con tormento, estuviese tan en sus manos, y tan seguro como sus propios hijos...

YA VOY...

Más asombroso fué, sin embargo, ver y oír que, al anunciarse el alba, el joven huésped abría los ojos, se ponía en pie y exclamaba:

—¡Ya voy!

—¿A dónde, pobrecito Lázaro?

—Lo ignoro; mas alguien, que sabe, me llevará a donde debo ir.

Unos y otros se interrogaban sin comprender. Nicodemo quiso justificarlo.

—Quien lo levantó de la muerte, dijo: "El que no renaciere..." Para mí fué una sola vez; para Lázaro es día a día.

El joven asintió, pero los demás entendían menos que antes. Manasés miró al físico y éste a Caifás, que entraba a informarse al amparo de la sombra y el embozo, y movieron las cabezas. ¿No se confirmaba la conjetura del sanedrista Aarón, según la cual Nicodemo había perdido el juicio? ¿O, como sostuvo Hobab, la nueva doctrina era una forma de locura? ¿No estaba ahí la prueba?

Manasés suspiró:

—¡Qué disgusto para Esaú cuando despierte!

Heliam y Abigaíl lloraban. Lázaro procuró consolarlos.

—Podré regresar mil veces; mas ahora no podría detenerme un instante. Diréis a Esaú que lo mejor de mí sigue a su lado, y que tampoco él me deja, porque el perfume de su espíritu me seguirá para siempre.

Nicodemo lo tomó de la mano.

—Ve a donde te llaman.

Entonces, viendo que era inútil querer retenerlo, Manasés hizo traer un cofre para probarle su gratitud.

—Te regalaré como mereces.

—Nada llevaré, lo tengo todo. ¡Gracias y adiós!

Heliam, desde la puerta, le recordó con dulzura:

—¡No nos olvides!

—¡Jamás!

No bien Lázaro salió, el dueño de casa dispuso que dos servidores lo siguiesen hasta más allá de las murallas, porque en la ciudad peligraría en cuanto fuese reconocido por los exaltados.

Cuando aquéllos regresaron, salía el sol de una mañana espléndida. El descanso de Esaú continuaba tan normal y tranquilo, que la familia dispuso lo necesario para que se cumpliesen sacrificios en el Templo por la misericordia de Jehová. Los nobles visitantes

habían regresado muy contentos a sus casas. Manasés interrogó a los servidores.

—¿Qué camino tomó Lázaro?

Heliam se interpuso para decir con ansiedad:

—¡Padre!, ¿cuál va a ser? ¡El de Betania!

Muy sorprendidos quedaron ellos y Abigaíl, cuando el de mayor edad contestó:

—Dejamos al joven a la altura de Rama y en la ruta de Jericó.

No les fué posible formular conjeturas. Porque en ese momento llegó al hogar de Manasés la más extraordinaria visita; la más dulce que podía anhelar Esaú.

Seguida de un séquito riquísimo, envuelta en muchos tules, apareció una niña de gran hermosura, que descubrió a Abigaíl un rostro lleno de lágrimas...

Era Salomé.

LÁZARO SALE POR SEGUNDA VEZ...

¡Engadi!

¿Por qué ese nombre se le había ocurrido a Lázaro en el instante en que se decidió por un camino, entre los muchos que irradiaban desde la puerta de Jerusalén?

Era el suyo un estado físico y espiritual sorprendente. Nunca había tenido conciencia más clara de sí y de todo, ni más energía para sus decisiones. Se sentía llevar por una certeza tan absoluta como la del instinto que orienta a las golondrinas y los albatros en medio de la tempestad. En su mente brillaba una lucidez perfecta; tan pasmosa que veía los menores detalles de lo que pensaba. Una de estas ideas lo sobrecogió.

Sobre toda ficción, ¿había algo más real que ese imponente acantilado erguido ante las pupilas de su alma? De una de sus cavernas surgía nada menos que su desventurado primo. Se cubría el rostro con las manos, pero él escuchaba al triste corazón asomado por entre los dedos leprosos, que le decía a gritos:

—¡Engadi!

Al repetir aquel nombre del terrible páramo, se le presentó la imagen del anciano boyero, igual que cuando le señalaba con tem-

bloroso índice la línea de sierras que bajaban a beber su desesperación en las ondas del Mar Muerto.

Entonces tomó sin vacilar el camino de Jericó.

SÓLO SÉ QUE ESTABA ENTRE LOS MUERTOS...

Andando, una idea de negación quiso recordarle los peligros, las dificultades y los padecimientos que podían asaltarlo en tan azarosa empresa como la que iba resuelto a cumplir, absolutamente solo y desprovisto. Alguien le murmuró, sin necesidad de acento, estas melancólicas palabras:

—¡Qué bien estarías, oh Lázaro, a la sombra del jardín de Esaú, curándote tus penas con los bálsamos de la cariciosa Heliam, a la que los poetas llaman la Encantadora!

En cuanto hubo rechazado esa tentación, le sobrevino una luz espiritual tan radiosa, que necesitó recostarse en una gran piedra para no caer.

La frase con que lo justificara Nicodemo ante la familia de Esaú, equivalía al rayo inicial de su deslumbramiento. Para el virtuoso sanedrista no se manifestaba totalmente la verdad y era sólo la punta del velo lo que su ingénita gracia le había levantado.

No era que todo hombre debía resucitar una vez y Lázaro todos los días; sino que para todos los hombres todos los días eran de renacimiento.

Veía patente la razón de la noche y el alba. El sueño era el testimonio de lo que debía morir y el despertar, de lo que podía nacer. Cierto que muchos hombres, la casi totalidad del género humano, en existencia semejante a la de la planta y la bestia, confundían *durar* con *vivir*. Quien se repite sobre un molde cristalizado y no se arriesga ni procura recrearse, muerto está.

Y seguía discurriendo sin aminorar el ritmo de su paso:

Esa consigna, que se le daba diariamente a él, debía ser la de todos: movimiento, cambio, aventura, peligro, superación, un *plus ultra* constante. Y el que no se sentía con ánimo de morir noche a noche, para resucitar aurora sobre aurora, en otro ser, más alto y en punto más lejos de lo que ya era, ése, cerraba con losa de mentida paz el sepulcro de su espíritu.

—¡Lázaro: sal fuera!

—¡Levántate y anda!

El privilegio que lo estremecía, ¿radicaba acaso en que, mientras la generalidad de los hombres recibía el mandamiento como impulso, a él le llegaba además como voz?

Quiso confirmar aquello en cuantos prójimos hallara antes de pisar el desierto. Fué preguntando a este pastor y a aquel caminante o labriego, hasta que concluyó por evidenciar —¡al fin!—, que en lo íntimo de todos los humanos la misma voz que él llegó a suponer, con miedo y con orgullo, que le era gracia exclusiva, resonaba diariamente en el pecho de todos, como reproche a la rutina, incitación a la mudanza, seña desde la altura. Los que iba interrogando, al sospechar en el joven a un discípulo de los profetas que ansiaba leer la verdad en el gran libro del mundo, no le negaban que ellos solían taparse los oídos del corazón para desobedecer el llamamiento, y que, si les convenía, hasta lo negaban...

Andando de esta suerte llegó a la soledad. Entró, con perfecta calma, en el desfiladero que iba a desembocar en el desierto. Cuando tuvo conciencia de la inmensidad, lo sacudió el gozo delirante de sentirse libre. Fueron despertando en él poderes que admiró en los apóstoles; la confianza en los recursos providentes y el interés por los sucesos imprevistos. Desde su partida de Jerusalén cabreros y labradores le habían ofrecido compañía en sus reposos, satisfacción a su hambre, ánimo firme y rumbo cierto. Las antiquísimas higueras, las humildes fuentes, las rocas ásperas, el mullido pasto, las fantasiosas nubes... todo tenía un rostro, un acento, un pulso original y bueno, que era apasionante descubrir y comprender. Bastaba que algo fuese visto con amor para que le ofreciese sus encantos, visibles o escondidos.

Se dió cuenta que iba por el rastro de su primera aventura. Allá, muy lejos, surgió la línea del edénico valle de la ciudad de las rosas, la cuna de Magdalena. La sugestión de su recuerdo fué tan viva que llegó a creer que eran sus pasos los que oía tras él; y anduvo largo trecho sin volverse, por temor a que la dulce esposa se desvaneciera en la estéril realidad. El sol, hacia el ocaso, proyectaba su sombra hacia adelante. No pudo más, y contuvo la marcha, para esperar a la otra sombra, que avanzó hasta juntarse a la suya...

—¡Lázaro!

Era Absalón.

Al volverse Lázaro, el joven beduino retrocedió involuntariamente, y lleno de emoción, dijo:

—¡Lázaro! ¿Eres en verdad tú mismo? ¿Resucitaste como asegura la palabra que corre por el desierto? ¿No me engaña un espejismo?

Hablaba más de lo que solía, para que le durase el ensueño. Pero la realidad le respondió:

—Sí, tu amigo soy.

El hijo del desierto no se movía por eso. Preguntó aún:

—¿Y cómo fué posible?

—Sólo sé, hermano Absalón, que estaba entre los muertos, pudriéndome en las tinieblas, inmóvil frente a la lucha, vacío de espíritu, insensible a los reclamos del mundo, incapaz de sufrir; y que una voz me sacó a la vida, diciéndome: "Levántate y anda".

—¡Pobre el Rabí! ¡Era más dulce que la miel de las abejas de Arabia!

En un impulso corrieron a abrazarse. Cuando se separaron, venía a la carrera el caballo de Absalón, en busca de su amo. Sobre un pedestal de piedras asomaron los demás señores del erial, deslumbrantes de blancor, en una línea majestuosa y atenta, como una gran nube rayada de relinchos.

—¿Y la hija del buen Selencio, tu Magdalena enamorada, tan rubia como la luz, que conocí en la caravana?

—Reposa para siempre en el pecho de Dios.

Absalón, muy conmovido, tomó entre sus manos la cabeza de Lázaro. Lo miró muy hondo y, palabra sobre palabra, exclamó:

—¿Y aún te faltaba lo de Simón?

—Te interrogo a mi vez: ¿qué sabes?

—Lo vió la atalaya del desfiladero. Como ahora a ti, lo he seguido por sus huellas, una tarde en que soplaba el Simún y la arena le roía las llagas. Me rechazó tres veces. Todavía ignora que los dátiles y los higos que come y otro desventurado le acerca, los recoge mi mano.

Hizo una seña. Voló la bandada de corceles. Al instante todos los beduinos de la escolta de Absalón rodeaban a Lázaro.

Como el hijo de Betania rehusase la montura que le ofreció su amigo, los caballeros se apearon para seguir el surco de los jóvenes.

Algo le dijeron los suyos al príncipe del aduar, porque éste murmuró al oído de Lázaro:

—Preguntan de dónde te han venido estas fuerzas; si te las dió el Rabí...

—¿Se admiran del poder que levantó mi cuerpo? Yo pregunto a mi vez: ¿y no se maravillan que avance con el espíritu? Pues, siendo el espíritu la vida verdadera, es lo que estuvo más muerto de mí.

MILAGRO DE AMOR...

Súbitamente, como si el hondo y reseco camino de guijarros que caían de las rocas desgastadas, fuese la hoja del hierro divino que apartó las tinieblas de la luz, del otro lado comenzó el más negro y terrible peñascal, inmensa desolación, masas yacentes del cementerio de los siglos.

Parado sobre una peña escudriñaba Lázaro el hosco panorama, suficiente para amedrentar tanto a hombres como a bestias.

Los hijos del desierto acamparon afuera por mandato de Absalón, a súplica de Lázaro, que quiso entrar solo y sin ayuda en aquel laberinto de tormentos; silencioso y seguro como la misma fatalidad.

Avanzó por entre los guijarros de un foso y empezó a remontar la huraña cuesta, donde sólo la flor del cacto daba una nota de color, belleza y vida. Frente a sus asombradas corolas, más grandes bajo la pupila lunar, pensó Lázaro que hasta en el mismo infierno debían florecer las lágrimas de pena que, por el horror a los eriales del corazón humano, caerían de los ojos celestes de Jesús...

Como lo confesara al angustiado Absalón, no sabía a ciencia cierta a dónde iba, ni a qué iba. Delante de sus pasos tres árboles secos y en línea sobre un peñón solitario, entre un mar de revueltos escondrijos de lagartos y víboras que reptaban, le parecieron los mástiles de un buque náufrago, desarbolado por las olas de inmóvil huracán. Empezó a oírse el ladrido de los chacales y la risa espantosa de las hienas.

Siguió avanzando por una línea sinuosa de hendiduras ariscas, abiertas en los peñascos por el escoplo de las centellas. Ya ascendía,

ora bajaba entre el dédalo inhospitalario, deteniéndose apenas lo preciso para atisbar por las cuevas en cuyo fondo las sombras se habían echado a dormir la eternidad.

Cerraban y confundían más el caos de la marcha, los matorrales de sedientas espinas que se inclinaban sobre los arroyos de piedra, agotado su caudal desde los días del Génesis. De tiempo en tiempo el grito espeluznante de algún pájaro extraño golpeaba el corazón como una amenaza del cielo. En lo alto de las agudas peñas, agresores invisibles entretenían su soledad apedreando a las azoradas tunas, que alzaban los brazos en actitud patética de huir. Hasta el mismo cenit, de un azul violado, estaba árido de nubes y parecía la gran boca de una caverna infernal.

A pesar de tales visiones, no dudaba Lázaro que las almas de sus muertos queridos lo seguían o se le anticipaban en su protección, desde el momento que su espíritu no temblaba ni su pie desfallecía. Empero Betania no lo hubiese reconocido en la naturalidad heroica de su movimiento hacia adelante. Se acordó que Jesús había vivido ahí durante cuarenta días de terribles pruebas, haciendo del averno ominoso de criminales huídos y confinados de peste, una venturosa comunidad de hermanos. Y discurriendo de ese bello modo miraba con ternura los lagartos atónitos que habían visto al Nazareno, las langostas que saltaban entre el zarzal y fueron su alimento, los monstruos de basalto que oteaban como centinelas sobre las pendientes iracundas y que en la fantasía del mayor de los poetas se habrían animado como personajes elocuentes, en aquel enorme anfiteatro de cíclopes...

Llegó a ser tan vivo el amado recuerdo que tardó en convencerse que no era el Galileo la esbelta y noble figura detenida, mirándole, en un recodo de las rocas. Un hombre cubierto de un lienzo burdo y blanco, le sonreía. Su voz grave le salió al encuentro como una mano piadosa.

—¡Salud, hermano!

—¡Salud!

—¿Vienes perdido o por tu voluntad?

—Me trajo el amor a un leproso.

—Jehová te bendiga. ¿Quieres reposar en mi refugio y compartir mi alimento?

—Eso quisiera; mas cada instante que pasa, lo pierde el otro a mis consuelos.

—Siquiera apaga tu sed.

En el hueco de una concha le trajo agua clara y fresca, que brotaba de un hilo muy delgado, oculto entre las breñas.

—Yo te conduciré al paraje donde los proscritos se agrupan para dormir.

Supo que era aquél un eremita, de la secta de los esenios, consagrados a la soledad, la oración y el éxtasis. Durante el camino partieron un panal de miel silvestre. El asceta le mostró unas sombras que empezaban a confluir delante de sus pasos.

—Van al acantilado de las águilas.

Tras el peñascal hirsuto que los venía encerrando, brotó como de un sueño la mole oscura de la barranca, en toda su imponente y sobrecogedora grandeza.

—¿Los ves?

Poco distinguía Lázaro, porque la luna estaba del otro lado de la cumbre. Pero fulgía una hoguera al pie del vertical despeñadero y varias figuras recortaban sus móviles perfiles con tijeras de luz roja.

De pronto los sacudió un grito terrible, mezcla de horror, de sorpresa y de júbilo:

—¡Lázaro!

Lázaro se soltó del santo y fué a tientas entre el humo del rescoldo. Al avanzar, interrogante e incierto, los más horribles seres humanos le volvían sus rostros para mirarle de soslayo y descubrir sus intenciones. Otros lo dejaron acercar, rígidos pero sin desconfianza, porque veían que el intruso era muy joven, llegaba inerme y con el asceta que los socorría. Algunos fingieron no percatarse de la insólita presencia, inclinados en su empeño de reanimar los tizones. Al fin saltó la llamarada y Lázaro se pudo acercar a reconocerlos de a uno. Eran toda la gama de la miseria y el espanto. Por último, dió con una sombra que le huía. La pared de roca formaba un entrante y por ahí se escurrió el bulto, hasta que se aplastó contra el fondo.

—¡Simón!

—¡Apártate!

—¡Hermano! ¡Hermano!

Por detrás de Lázaro alguien dió una orden inverosímil.

—¡Contened al forastero!

Entonces un haz de miembros flacos y malolientes se asió del joven y lo mantuvieron a distancia del infeliz Simón, que lo miraba y escondía la faz por momentos, en el gusto y el pánico de tan dichosa proximidad. Era un rostro barbudo, tumefacto, deforme, irreconocible, en el que brillaban los ojos llenos de lágrimas. La boca, por la inflamación de los labios, se le retorcía en un gesto de angustia. Por entre el manto hecho trizas le brotaban las manos en crispatura que respondía a los golpes del corazón. Los pobres pies sangraban contra la arena sedienta. Las palabras del eremita pusieron armonía en tanta confusión.

—¡Sed piadosos! ¿No advertís su juventud?

El monstruo que parecía ser el jefe de aquellos desahuciados del mundo, hizo una pregunta:

—¿Prometes no tocarlo, no causarle violencia?

Lázaro asintió con mucha pena, y girando sobre sí, fué a sentarse junto al fuego, ahora resplandeciente. El asceta se le paró atrás, como si fuese un ángel protector:

El leproso de Betania se quedó un momento en perfecta quietud, como si meditase; después se arrastró poco a poco, hasta quedar en el sitio opuesto al que ocupaba su primo, en la gran rueda de dramáticas figuras, más bien desvestidas que cubiertas de andrajos. El jefe y sus ayudantes empezaron a acercar a las primeras brasas los trofeos de la jornada: colas de lagarto, un cabrillo salvaje y los cuartos de alguna fiera desollada que el visitante no acertó a calificar. Un perro sarnoso, rengo y muy magro, vino a lamer la diestra del joven.

Por fin Simón, rompió el duro silencio:

—¿Cómo, hermano, viniste a mí? ¿Para qué?

—Dios me trajo.

—¿Para qué?

Lázaro iba a decirle: "Para llevarte a casa". Más presintió que, a pesar del fuerte dramatismo de la escena, los demás romperían en carcajadas. Precisamente el de más autoridad entre ellos, mientras que agregaba sarmientos a la hoguera, repitió:

—¿Para qué? ¡Responde!

Como Lázaro quedaba callado, Simón le dijo:

—¿Y Marta?

—Llora por ti.

—¿Y mi padre?

—Pasa los días y las noches con el rostro vuelto hacia el muro.

—¿Y María? ¿Y Magdalena?

—Mi esposa murió por atestiguar de Jesús...

—¡Maldición!

Y reponiéndose, agregó muy despacio, con extraña dulzura:

—¿Y todavía has tenido voluntad para llegar hasta mí?

—Y tú, ¿qué no hubieras hecho por Lázaro?

Los infelices ponían sus sentidos en aquel diálogo que les traía al infierno como un soplo dulce y palpitante de vida. Lázaro sintió sobre su hombro la mano ardiente del santo que le infundía valor. Tras otra pausa, el primo siguió inquiriendo:

—¿Dónde se hallan tus acompañantes?

—Vine sin servidores, despojado y a pie. Absalón y los suyos, que quisieron escudarme en el último trecho, me dejaron solo por mi voluntad.

—¿Es posible?

—Todo es posible con fe. ¿Y tú no la tienes?

—Tengo mi horror.

—El horror está en tu pensamiento, más que en tu carne. Te lo pruebe quien curó las llagas de tantos infelices que creyeron en él. Ahora está en mis labios. Jesús quiere besarte...

—¿Besarme? ¡A mí!

—Sí, besarte; y donde más te duela o martirice.

—¿Este rostro inmundo? ¿Esta carne podrida?

—¡Ahí te he de besar!

Aquella afirmación parecía cosa de otro mundo. El anacoreta miraba a Lázaro inclinándose sobre él, con una dulzura intensa y resplandeciente. Los demás se sobrecogieron como si un índice misterioso les impusiera atención. Un anciano con las órbitas opacas, se debatió, tanteando en el vacío las manos temblorosas y coléricas, gritando:

—¡Loco! ¡Está loco! ¡Alejadlo de aquí!

Los más cercanos a Lázaro y Simón, creyeron por un instante que el iracundo jefe mandaría sujetar al uno y proteger al otro, porque se empinó cuan horrible y alto era, con un tizón en la mano para servirse de él como antorcha. Sin embargo y con gran sorpresa de todos, clamó, dirigiéndose al joven visitante:

—¡Besarlo, dices! ¿Es bravata o verdad? ¡Pruébalo! ¡Pruébalo!

—¡Pruébalo! —rugió el coro, soltándose de su tensión.

Rápidamente diez brazos impidieron a Simón su resistencia desesperada. Un lienzo se le ajustó en torno de la cara para obligarlo a levantar el rostro. Iluminado por la hoguera, parecía más horrible, pustuloso, nauseabundo. Y todavía el hombrachón le aproximaba el fuego de la antorcha.

Entonces Lázaro corrió a arrodillarse frente a Simón; juntó las manos, alzó las pupilas y dijo estas palabras:

—¿Verdad, Jesús, que Simón está sano? ¿Verdad, Jesús, que su piel está más limpia que las rosas cuando florecen?

En seguida le fué besando las llagas, una a una...

La cara de Simón, insensible hasta aquel instante, empezó a palpitar bajo los labios que se posaban en las mejillas. Lo mismo ocurrió cuando los ósculos recorrieron su frente, sus manos y sus brazos. Era como si el amor fraternal se transformase en vida. Los músculos de Simón se fueron aflojando, hasta que le sobrevino una paz inmensa y deliciosa. Y cuando Lázaro lo hubo besado también en los pies, ambos quedaron frente a frente, mirándose sus almas y sonriéndose con infinita ternura.

El hombrón dejó caer el tizo para alzar otro, más grande y encendido, que revoló entre llamas y chispas. En redor de los primos hermanos las cabezas de muchos de aquellos miserables les formaron una trémula y maravillada corona.

En eso, el asceta dió un grito, que los demás repitieron:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Era desconcertante lo que veían.

Simón el Leproso recobraba rápidamente los signos de la salud.

Pero lo más patético ocurrió cuando el ciego embravecido, al inclinarse sobre Simón, en gesto inútil pero instintivo de confirmar una impostura, clamó súbitamente:

—¡Veo! ¡Veo!

20

SIMÓN Y MARTA UNIDOS POR LÁZARO...

Estaba Lázaro como ausente entre Zachú y María, ocupando el sitio principal en el festín de bodas que consagraba la unión de la hermana que le sirvió de madre, la hacendosa Marta, con el primo Simón.

El pueblo entero de Betania, olvidando penas y desatendiendo labores, colmaba las incontables mesas que se habían tendido generosas desde el intercolumnio a las extremidades del huerto.

Era el domingo 25 de Nisan.

La fiesta había tenido que apresurarse a ruego de Lázaro. Si bien ello complacía a Simón, desde que iba a la felicidad, se acercaba empero la hora de la despedida; porque Lázaro se había propuesto irrevocablemente empezar esa misma tarde una vida nueva y a imitación de la de Jesús.

En el nutrido concurso había gente que ocupaba en Jerusalén posición distinguida en la sociedad y los negocios, cuyo apego hacia los vecinos principales de Betania no se enfrió desde que se enteraron que gravitaba sobre Peleo de Milo el amparo oficial. Llegó a reconocerse en el griego cuanta calidad excepcional realmente poseía y otras, hijas de la imaginación o el interés, pero que contribuían a hacer de aquel sitio de su asiento, una ínsula de paz en el piélago de las pasiones desatadas.

Mientras se consumían los más ricos manjares y se escanciaban delicados vinos, un grupo de jóvenes de la serranía deleitaba a los comensales con sus zampoñas y sus cantos.

María dijo a Lázaro, que deshojaba una rosa:

—¿Sufres mucho?

— No puede ser dolor mi sentimiento, porque lastimaría la ventura de Marta, cuyo corazón es más delicado que la anémona. Lo que siento es una tibia, sosegada tristeza.

En ese momento callaron los músicos y un elocuente orador hizo la apología de las dos viejas estirpes que se ligaban de nuevo en tan memorable ceremonia, que consagrara el ilustre Nicodemo. Algunos ancianos fueron en seguida a abrazar a Zachú. Los vasos se alzaban en jubilosos brindis. Los espontáneos coros, ya litúrgicos o de inspiración popular, ponían cascabeles en las oriflamas del verdor. El perfume de los azahares con el de las flores y los frutos esparcidos sobre las mesas, se unía al grato olor de los corderos que se doraban al rescoldo.

Marta y Simón resplandecían bajo el intercolumnio, en la trinidad del amor, la juventud y la dicha.

Sólo a Lázaro se contemplaba en recogida actitud, como la imagen solemne de un poder oculto, probado con su muerte primero, su sacrificio después y, por último, con la curación del eminente leproso. Su presencia estremecía a algunos hasta el miedo. Sin embargo, aquella serenísima conformidad de su grandeza, más angustiosa que dulce, los atraía, al punto de volver a cada instante sus ojos hacia él, que los miraba en silencio.

LÁZARO Y MARÍA DEJAN BETANIA PARA SIEMPRE...

Al atardecer, dos cortejos bien distintos se pusieron en marcha.

Fué uno el de Herodes Antipas, por el camino de Jericó, con el atuendo real, seguido hasta los arrabales de Jerusalén por el alto sacerdocio y una escolta del Procurador, a quien el tetrarca había llenado de presentes, invitándolo a conocer la Perea y residir en sus mansiones. A la princesa Salomé le habían concedido la gracia de seguir en el palacio capitalino, cerca de la casa del valiente Esaú.

El otro fué el de Lázaro, y solamente hasta el monte de los Olivos, de acuerdo a la voluntad del joven.

Iba éste a pie desnudo. No llevaba dinero. Sus únicos bienes consistían en la túnica y el manto, burdos y níveos, más el zurrón de piel y el bordón del peregrino.

Todos los invitados al banquete lo siguieron hasta allá, donde esperaban Labán, Tamna y otros servidores ejemplares.

Cuando llegaron a la roca desde la cual Jesús solía contemplar Jerusalén, a esa misma hora del ocaso, el joven dijo:

—Es el momento.

Marta, Zachú, Peleo... ¡hasta Peleo!, todos lloraban. Pero no María; no Simón, quien había arrancado a su primo la promesa de que se verían de tiempo en tiempo en alguna ciudad que le anunciaría por conducto de los camelleros.

En cuanto a María, dijo simplemente:

—Voy contigo.

No hubo fuerza, razonamiento, súplica que la pudiese detener. Cuando Lázaro comenzó el descenso del Olivar, ella se desprendió del regazo de Marta y empezó a seguir los pasos de su hermano.

OTROS PERSONAJES DEL INMENSO DRAMA...

El destino de los personajes del inmenso drama, que duró pocos días y en reducido espacio, pero que abrazó después los siglos y la tierra, puede seguirse por los anales de la historia o los relatos de la leyenda.

De acuerdo a ellos, la pérfida Herodías, arrastrando en pos de sus ambiciones al débil tetrarca, fué a Roma, como lo había deseado ardientemente. Pero en vez de un Tiberio sensual y cándido, se halló ante Calígula, emperador de hierro, muy astuto y bien apercibido por sus procónsules del designio que abrigaba la seductora. Herodes Antipas fué destronado y escarnecido, corriendo de ciudad en ciudad, sin tener sosiego en ninguna, hasta que en España lo sorprendió la muerte.

Por fortuna para Prócula, Pontius Pilatus no tardó en ser depuesto. Fueron a vivir al centro de Europa, a orillas del Rhin, en feraces tierras que pertenecieron al padre de la noble matrona, general del Imperio, y a cuyo servicio estuviera el genitor de Marco Tulio Germánico. Precisamente el último nombre del centurión le venía de ese lugar, y recordaba haber tenido más de una vez a Prócula niña en los brazos. De acuerdo a un rollo encontrado en las Catacumbas romanas, el buen centurión consagrado en absoluto a la nueva doctrina, asiló allá a muchos cristianos durante las peores persecuciones.

Raquel, atada a la invalidez de Nabarzane como a la cadena de un muerto, vivía de limosnas en los suburbios de Jericó.

En cuanto a Salomé, abandonada de su madre, casó con Esaú, prontamente recobrado. Fueron a residir a la región de Nabatea, donde reinaba la Haretina, aquella virtuosa mujer que Herodes Antipas repudió por culpa de Herodías. De esta suerte fué sellada la paz entre árabes y judíos.

Absalón se enamoró de la hermosa hija de un emir jordano y por su matrimonio y felices alianzas fué rey de una comarca de pastores. Se sabe que era justo y que su pueblo fué feliz.

Simón y Peleo de Milo se retiraron de los negocios, regalando sus caravanas al imponderable Selencio. Al recrudecer las represalias sobre las familias de la "Buena Nueva", los bienes raíces que poseían pasaron por su voluntad a las gentes humildes de Betania, de modo que pudiesen vivir en segura comunidad de hermanos. Ellos se fueron a Tolemaida, un puerto de la Fenicia, sobre el Gran Mar, donde Simón se hizo naviero.

Cierta vez, al regresar de un viaje a Rhodas, de los muchos que hicieron para unirse a Lázaro y María, dijo Peleo a Simón:

—No tengo a quien dejar mis bienes. Tú no los necesitas. ¿No te parece hermoso levantar una gran casa donde se asilarían con amor y bienestar los marinos enfermos y los caminantes sin fortuna?

Marta y Simón aplaudieron la idea con mucho entusiasmo y se propusieron ampliarla a otros puertos y cruces de caminos. Cuando quisieron dar un nombre a la magna empresa de caridad que se instituía por doquiera, pensaron a una vez en Lázaro.

—Se llamarán "Lazaretos".

Y así fué.

EL SUEÑO DE UN NUEVO MUNDO...

Siguiendo la cordillera del Carmelo, desde lo alto del último monte, los unidos hermanos vieron un día la inmensidad del mar. De ahí recorrieron la Fenicia, de Tolemaida a Tiro y a Sidón, para bordear las costas del Líbano y dar comienzo a sus incursiones por las islas helénicas.

En todas aquellas comarcas se había apoderado de los marinos la fiebre de los descubrimientos, que favorecían el intercambio de los productos y la acumulación de la riqueza. El hallazgo de

mil nuevas cosas en lejanas tierras multiplicó, empero, los adornos y gustos de la carne.

La emulación de los armadores, de los que Simón era un adalid, botaba al piélago que parecía infinito, bajeles siempre más grandes y poderosos. Cada renovado Jasón era importante vocero de informes, que tentaban otras aventuras, en cualquier dirección y cada día más lejos. Casi todos los explorados eran países de niebla, aunque figuraban muy bien diseñados en la fantasía de los poetas y en los pergaminos de los navegantes.

Las ínsulas del ensueño tenían de solidez un nombre, que señalaba un propósito: "Tierra de Oro", "Costa del Marfil", "Reino de las Especias", "País de las Huríes"...

Muchos argonautas no volvieron jamás. Otros regresaban enfermos y vencidos de las olas y los combates. Pero la gente sólo recordaba a los pocos vencedores y a los muchos fantasiosos.

LÁZARO EN BUSCA DE "LA AMÓRICA"...

Fué en esas regiones marítimas donde Lázaro ahincó su prédica con notable fortuna.

También él hablaba a las multitudes ávidas, de una región maravillosa, distinta y superior a todas las habidas y las posibles de descubrir.

De las voces romanas *Amatio*, amor, y *Rigatrix*, que riega, el pueblo que lo seguía hizo pronto un vocablo expresivo y eufónico: *Amáriga*.

Cuando alguien preguntaba:

—¿Dónde se halla esa ínsula, "la que riega el amor"?

Lázaro, mirando al occidente, exclamaba:

—¡Allá!

Era el punto hacia el que navegaba diariamente la nave del sol, la Nueva Tierra de la Esperanza, ya que la otra, la prometida de Jehová, estaba ahora seca con la sal de las lágrimas y dura con los clavos de las cruces.

La palabra corría con el evangelio de su predicación, adelante y en torno de Lázaro, porque pertenecía a la desesperación de muchos y al espíritu aventurero de los demás.

Pilotos fenicios y griegos, cartagineses y romanos alzaban con suficiencia el índice para nombrar a ese Nuevo Mundo con un eco reflejado en Hispania:

—¡Amórica! ¡La rica de amor!

Con tal promesa, que encerraba la doctrina de su divino Maestro, anduvo muchos años.

Precisamente de Hispania le vino un amado compañero de sus últimos días en Betania, que lo llenó de júbilo y confianza. Era Santiago, el apóstol.

Se hallaron en Marsella. Fueron tan ardientes las instancias de los fieles para que Santiago proclamase a Lázaro obispo de la ciudad, que María lloraba viéndolo sufrir en confusión y humildad. Sólo después de un intenso y maravilloso diálogo con el apóstol, aceptó el cargo, por fin convencido que era el alma y no el cuerpo, la signada para la misión andante, ascendente, recreadora y aventurera de la vida.

HE AQUÍ MIS ARMAS...

Mas, obispo y todo, no lo pudieron sujetar por mucho tiempo. A cada despuntar del alba y al llamamiento constante de la voz que siempre oía, tomaba de la mano a su dulce hermana. Y en viendo a un grupo de caminantes en despoblado o al gentío en las aldeas, alzaba los brazos y el acento:

—¡Hermanos! ¡Oíd la Buena Nueva!

—¿Amigo o enemigo? —respondían quienes ignoraban de él, desconfiados en medio a la dramática confusión y lucha de razas, credos y opiniones.

—¡He aquí mis armas! —solía responder, abriendo sus brazos en cruz, en actitud de abrazar, de ofrecer el corazón.

La luz de un sol prodigioso le encendía la faz y la palabra. María, su sombra más dulce, se arrodillaba a sus pies. El pueblo lo escuchaba con atención, y él era feliz.

Quien otrora fué débil, enfermo, pobre de espíritu y, sobre todo, *un muerto*, caminó durante cuarenta años heroicos, predicando el fin de un mundo de miserias y el advenimiento de otro, todo verdad y amor.

Flaqueó alguna vez. Así, cuando se cruzó con Pedro, que avanzaba hacia Roma y evocaron el monte de los Olivos, concluyendo Lázaro por sollozar como un niño, de cara contra una piedra. Y otro día, cuando un viajero de Judá le confirmó que los hijos de Betania seguían llevando rosas a Magdalena, y se desvaneció en los brazos de su hermana, que tanto se parecía a la Rosa de Jericó.

UNA MAÑANA...

Una mañana, hallándose en la isla de Chipre, María se levantó sorprendida, porque el sol estaba alto y Lázaro continuaba dormido.

Ante la puerta de una humilde choza, refugio de caminantes, se había agrupado mucha gente que ansiaba escuchar al famoso predicador.

María lo velaba. Nadie se atrevió a hacer ruido.

Cuando despertó, ya tarde, dijo a su hermana:

—Hoy no oí la voz.

Ya no pudo moverse; ni habló más.

En los brazos del pueblo fué llevado hasta la próxima eminencia, donde el día anterior había hecho alzar una gran cruz de palo. Y con suave ternura lo recostaron de modo que la viese.

Por detrás de la cruz el sol caía sobre un horizonte de mar...

Así murió Lázaro, el hijo de Betania, de cara a la luz.

MARÍA...

María se fué de Chipre sólo después que sus amigos piadosos pudieron cumplir la voluntad de su hermano. Siempre le pedía que en su tumba se alzara una piedra con esta inscripción:

LAZARE, VENI FORAS

—Quiso con ello decir —explicaba a Marta—, que lo que allá dejó no tiene sentido. Porque su alma, lo verdadero de él, acudió obediente al llamado de otra y definitiva resurrección.

INDICE

Pág.

Confidencia al lector 11

1

Viene un griego a Betania 13
La casa de los Lázaro 14
Ya se nombra a Magdalena 15
Sólo falta Jesús 17
Lázaro dispone por primera vez 17
Simón mira a Jesús con resquemor 20
¿Qué podía unir a Jesús con Lázaro? 21
No creía el griego Milo en dios alguno 22

2

El viejo Zachú ofrece una idea 25
Magdalena se dejaba querer 26
Lázaro corre a su primera aventura 28
Aparece Jericó, ciudad de Herodes 29
Intrigas, perversidades y conflictos 34
Lázaro padece por Magdalena 37
Herodes y su corte vuelven a Jericó 39
Lázaro cae muerto en el palacio de Herodes 40

3

Simón regresa con el cuerpo de Lázaro 43
Los beduinos de Absalón 44
Lázaro yacente en la llorosa Betania 45
El cortejo de Jesús desafía al de Herodes 46
Magdalena se fuga de la corte real 49
Cómo Magdalena conoció a Jesús 50

4

Ya está Magdalena en la dulce Betania 53
Jesús va al sepulcro de Lázaro 54

Pág.

¡Lázaro: ven fuera!..... 55
Lázaro contempla a Magdalena arrodillada..... 57

5

Nicodemo se entera del juicio a Jesús..... 63
Condenados a la vez Jesús y Roma..... 65
Lázaro ve llorar a su Maestro..... 73

6

Tribulación y desconcierto..... 79
¡Hijo mío!..... 80
Lázaro: ¿que tienes?..... 81

7

Simón: ¡tú no crees!..... 85

8

Lázaro despierta ante el centurión anonadado..... 93

9

Simón el Pobre y Simón el Rico..... 99

10

Magdalena habla con Jesús resucitado..... 107
Es otra Magdalena la que vuelve a Betania..... 112

11

Lázaro aprecia el estupor del gran Escriba..... 115
Lázaro asegura que ama a Magdalena..... 117
Magdalena y Lázaro se abrazan..... 119
De pronto se interpone la mujer del griego..... 123

Pág.

12

"Pide y se te dará"..... 125
El griego va en busca del rico Simón..... 127
Simón el Rico es Simón el Leproso..... 128

13

El griego castiga al amante de su mujer..... 133

14

En el coro de los apóstoles..... 141

15

Aire de tempestad..... 149
Lázaro y Magdalena se juran eterno amor..... 155
La tempestad sobre el idilio..... 162
Muerte de Magdalena..... 164

16

Algo traman Herodías y Anás..... 165
Una tigresa entre dos panteras..... 166
Venus desnuda ante Marte..... 169

17

Todas las desgracias juntas sobre Marta..... 173
Odios y ambiciones cifrados a un capitán..... 174
Judá contra Roma..... 175
Lázaro asiste a la hecatombe..... 177

18

Lázaro entre Roma y Judá..... 185
Otra vez Pontius Pilatus..... 187
¿Por qué Prócula amó a Jesús?..... 189
De nuevo entre soldados..... 191
¿En qué mundo me encuentro?..... 191

Pág.

19

Los peregrinos salen de Betania..... 193
El buen centurión vuelve a casa de Lázaro..... 194
Lázaro en casa de sus enemigos..... 195
¡Ya voy!..... 195
Lázaro sale por segunda vez..... 197
Sólo sé que estaba entre los muertos..... 198

20

Milagro de amor..... 201
Simón y Marta unidos por Lázaro..... 207
Lázaro y María dejan Betania para siempre..... 208
Otros personajes del inmenso drama..... 209
El sueño de un nuevo mundo..... 210
Lázaro en busca de La Amórica..... 211
He aquí mis armas..... 212
Una mañana..... 213
María 213

Se terminó la primera edición de LÁZARO el día 9 de septiembre de 1955, en los talleres de la EDITORIAL STYLO, Durango 290, México, D. F.

OBRAS DEL AUTOR

Prosa:

El sentido del dolor.
Historia de Artigas.
Conferencias y discursos.
Filosofía de la guerra.
La Creación.
Lázaro.

Poesía lírica:

Besos, lágrimas y gritos.
El Tercio Azul.
El Vigía.
El Cazador Furtivo.
Aquél, tú y yo.

Poemas dramáticos:

La canción de la miseria.
Les poilus.

Epopeyas:

La Epopeya de América.
La Platania.
La Amazonia.
Los Mayas.
La Epopeya de Bolívar.
El Juicio Final.

En preparación:

Flamero (epopeya).
El Hijo del Sol (id).

PQ8519 .G33L43
Lazaro;
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00000 2982